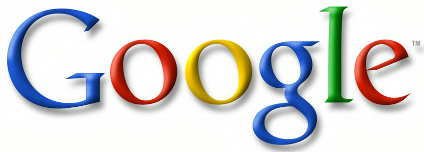
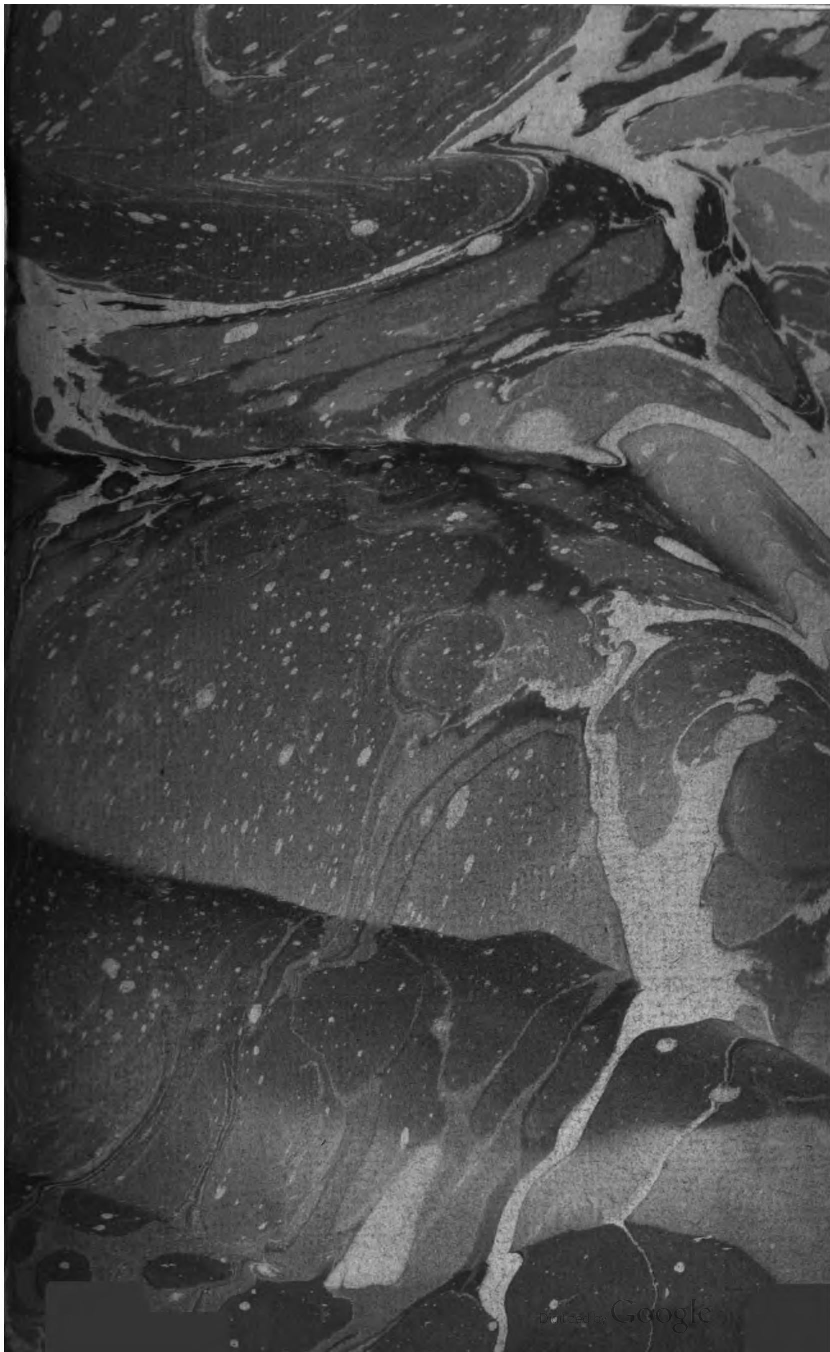








OBRAS

DE

VICTOR HUGO.

OBRAS

DE

VICTOR HUGO.

NOVELAS.

II.

HAN DE ISLANDIA.

TRADUCIDO AL CASTELLANO DE LA QUINTA EDICION FRANCESA

POR

D. Eugenio de Ochoa.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN,
1836.



Estas obras se hallarán de venta en la librería y almacen de papel de *D. Tomás Jordan*, Puerta del sol, acera de la Soledad, número 3, frente á la fuente, donde está abierta la suscricion.

25.

EL LEON.
Hoh!
TESEO.
Buen rujido, leon!
SHAKESPEARE. *El sueño de verano.*

El viajero que recorre en nuestros dias las montañas cubiertas de nieve que circundan el lago Smiasen como una corona blanca, no encuentra ya ningun vestijio de lo que los noruegos del siglo XVII llamaban la *Ruina de Arbar*. Nunca ha podido saberse de qué construccion humana, de qué especie de edificio provenia aquella *ruina*, si puede dársele este nombre. Saliendo del bosque que cubre la parte meridional del lago, despues de haber trepado por una cuesta salpicada, por decirlo así, de pedazos de pared y de restos de antiguas torres, se llega á una abertura en forma de bóveda que penetra en el interior de la montaña. Esta abertura, enteramente obstruida en el dia por los desmoronamientos del terreno, era la entrada de una especie de galería labrada en la misma roca, la cual cruzaba la montaña de parte á parte. Esta galería escasamen-

te alumbrada por estrechos respiraderos cónicos, abiertos en su bóveda de trecho en trecho, desembocaba en una especie de sala oblonga, en forma de óvalo, internada hasta su mitad en la peña y terminada en una mazonería ciclópea (1). Alrededor de esta sala, observábanse colocadas en profundos nichos, figuras de granito groseramente esculpidas. Algunos de estos misteriosos simulacros, derribados de sus pedestales, yacian amontonados sobre las losas con otros escombros informes cubiertos de musgo y yerbas, por entre los cuales serpeaban sapos y arañas, y todos los asquerosos insectos que nacen de la humedad entre las ruinas.

No penetraba la luz en aquel sitio mas que por una puerta frontera á la boca de la galería. Tenia esta puerta, vista de cierto lado, la forma ojiva, pero grosera, sin fecha ni época fija y dada evidentemente á aquella arquitectura por la casualidad. Con razon hubiera podido darse á aquella puerta, aunque llegaba hasta el suelo, el nombre de ventana, porque se abria sobre un inmenso precipicio; y nadie hubiera adivinado adonde podian conducir tres ó cuatro escalones de piedra suspendidos sobre el abismo, por fuera y al pie de aquella estraordinaria salida.

Era esta sala el interior de una especie de tor-

(1) Dáse este nombre á aquellas construcciones colosales que solian usar los antiguos, levantando el nivel del suelo para colocar las inmensas moles de que se componian. Esta clase de construcciones, ya del todo abandonadas, era muy comun en Ejipto. (*Nota del Trad.*)

reon gigantesco que, visto de lejos por el lado del precipicio, parecia uno de los picos de la montaña. Este torreon estaba aislado y, como ya hemos dicho, nadie sabia á qué edificio habia pertenecido; solo se veia debajo, sobre un plano inaccesible, al mas intrépido cazador, una mole que podia pasar á causa de la distancia, por una roca curva ó por fragmento de un arco colosal. —Este torreon y este arco derruido eran conocidos en toda la comarca bajo el nombre de las *Ruinas de Arbar*, ignorando todos así el oríjen del nombre como el oríjen del monumento.

Sobre una piedra situada en medio de esta sala elíptica, un hombre pequeño, vestido de pieles de animales, y á quien ya muchas veces hemos tenido ocasion de encontrar en el curso de esta obra, está sentado, vuelto de espaldas á la luz, ó por mejor decir, al vago crepúsculo que penetra en el sombrío torreon durante el ardiente sol de mediodia. Esta luz, la mas fuerte que puede alumbrar naturalmente el interior del torreon, no es bastante para que se pueda distinguir de qué naturaleza es el objeto sobre el cual inclina la espalda nuestro hombre; pero se oyen algunos jemidos sordos, y seria de creer que salen de aquel objeto, atendidos los lentos movimientos que hace al parecer de cuando en cuando. Algunas veces se incorpora el hombre de las pieles y lléva á sus labios una especie de copa, cuya forma parece ser la de un cráneo humano, llena de un licor humeante, cuyo color no se puede distinguir

bien, y que saborea con largos y frecuentes tragos.

—Oigo pasos en la galería, dijo levantándose repentinamente: si será ya el canciller de los dos reinos?

Siguió á estas palabras una carçajada horrible, terminada en áspero rujido, á que respondió inmediatamente un ahullido que salia de la inmediata galería.

—Oh! oh! repuso el huésped de la Ruina de Arbar, no es un hombre, pero es tambien un enemigo. Es un lobo.

En efecto, de debajo de la galería sale repentinamente un lobo enorme; párase un momento, y luego se acerca oblícuamente al hombre, rastreando y fijando en él dos ojos que relucen en la sombra. Este le mira inmóbil, en pié y con los brazos cruzados.

—¡ Aqui tenemos al famoso lobo gris, al lobo mas viejo de los bosques del Smiasen. Buenos dias, lobo; tus ojos brillan..... sin duda tienes hambre y te atrae el olor de los cadáveres. —Pronto atraerás tú tambien á los lobos hambrientos. —Bien venido, lobo del Smiasen; siempre he tenido deseos de encontrarme contigo. —Eres tan viejo que dicen que ya no puedes morir, pero yo te juro que no lo dirán mañana.

Respondió el animal con un ahullido espantoso, dió un brinco hácia atrás y se lanzó de golpe sobre el enano.

No retrocedió este ni siquiera un solo paso; veloz como el rayo, agarró con el brazo derecho por mitad del vientre al animal que en pié en frente de

él le habia echado las dos garras sobre los hombros; con la mano izquierda preservó su rostro de las abiertas fauces de su enemigo, agarrándole el pescuezo con tanta fuerza, que el lobo, echando atrás la cabeza, pudo apenas articular un grito de dolor.

--Lobo del Smiasen, dijo el hombre con tono de triunfo; desgarras mi ropilla, pero tu pellejo la reemplazará.

En el momento en que mezclaba á estas palabras de victoria algunas voces de un dialecto singular, un esfuerzo convulsivo del lobo en su agonía, hízole tropezar contra algunas piedras que habia en la estancia. Ambos cayeron al suelo, y los rujidos del hombre se confundieron con los ahullidos de la fiera.

Precisado en la caida á soltar la garganta del lobo, sentia ya el enano hundirse en su espalda los cortantes dientes del mónstruo, cuando, revolcándose el uno sobre el otro, los dos combatientes tropezaron con una enorme masa blanca y velluda que yacia en el rincon mas tenebroso de la sala.

Dormia en él un oso, que se despertó gruñendo de su pesado sueño.

Apenas abrió bastante sus perezosos ojos este nuevo personaje para poder distinguir la lucha, precipitóse con furor, no sobre el hombre, sino sobre el lobo que en aquel momento llevaba lo mejor de la pelea; cojióle con los dientes por el lomo y salvó de este modo al combatiente de semblante humano.

Este último, lejos de mostrarse agradecido á tamaño servicio, se levantó todo ensangrentado y lanzándose sobre el oso, dióle en el vientre un terrible puntapié, como un amo á su perro cuando ha cometido alguna desman.

—Friend! quién te llama? ¿Qué vienes á hacer tú aquí?

Iban estas palabras sazonadas de furibundas amenazas y de todas las muestras de la mas reconcentrada cólera.

—Vete! añadió lanzando un rujido.

El oso que habia recibido justamente una patada del hombre y una dentellada del lobo, exhaló una especie de murmullo lastimero; y luego, agachando su enorme cabeza, soltó al hambriento animal que se precipitó sobre el hombre con nueva rabia.

Mientras continuaba la lucha, volvió el oso rabo entre piernas al sitio en que antes dormia, sentóse gravemente dejando vagar sobre los dos furiosos enemigos una mirada indiferente, y guardó el mas profundo silencio, pasando alternativamente cada una de sus patas delanteras sobre la estremidad de su morro húmedo y blanco.

Pero el enano, cuando volvió á la carga el decano de los lobos del Smiasen, cojió el sangriento hocico de la fiera y luego, por un arranque inaudito de fuerza y de destreza, logró sujetarle ambas mandíbulas con la mano. Revolvíase el lobo con terribles sacudidas de rabia y de dolor; una espuma lívida

caia de sus labios comprimidos, y sus ojos, como hinchados por la cólera parecian salírsele de sus órbitas. De los dos combatientes, aquel cuyos huesos estaban atarazados por agudos dientes, cuyas carnes estaban desgarradas por abrasantes uñas, no era el hombre, sino la fiera; aquel cuyos ahullidos tenian un acento mas áspero, una espresion mas feroz, no era la fiera, sino el hombre.

Este por fin, echando el resto de sus fuerzas agotadas por la larga resistencia del lobo, apretóle con ambas manos el morro con tanto vigor que al punto brotó un arroyo de sangre de la nariz y de la boca del animal; sus ojos de llama se apagaron quedando entreabiertos; vaciló lentamente y cayó tendido á los pies de su vencedor. El movimiento débil y continuo de su cola y los temblores convulsivos é intermitentes que corrian por todo su cuerpo, eran los únicos indicios que anunciaban que aun no habia muerto enteramente.

De pronto, una convulsion general produjo en la fiera el último estremecimiento, y cesaron los síntomas de vida.

—Moriste en fin, lobo cerval! dijo el hombrecillo, dándole con el pie un desdeñoso empellon; ¿creías por ventura seguir envejeciendo despues de haberte encontrado conmigo? Ya no te deslizarás con sordos pasos sobre la nieve siguiendo el olor y las huellas de tu presa; ya no sirves mas que para pasto de los lobos ó de los buitres. Bastantes viajeros estraviados alrededor del Smiasen has devora-

do durante tu larga vida de sangre y carniceria: ahora mueres tú tambien, y ya no comerás mas carne de hombre..... ¡es lástima!

Armóse de una piedra cortante, agachóse sobre el cuerpo tibio y palpitante del lobo, rompió las junturas de los miembros, separó la cabeza de las espaldas, hendió la piel en toda su lonjitud sobre el vientre, levantóla como quien quita á otro una chaqueta puesta, y en un abrir y cerrar de ojos, solo quedó del formidable lobo del Smiasen un esqueleto desnudo y ensangrentado. Echóse sobre sus hombros atarazados de mordiscos la piel del animal, volviendo hácia fuera el lado desnudo de la piel húmeda y listada con largas venas de sangre.

—No hay mas remedio, dijo entre dientes, que cubrirse con la piel de los animales; la del hombre es demasiado sutil para los grandes frios.

Mientras de este modo hablaba consigo mismo aun mas horrible que antes bajo su horrible trofeo, el oso fatigado sin duda de su larga inaccion, habiase acercado furtivamente al otro objeto tendido en la sombra de que hablamos al principio de este capítulo, y pronto salió de aquella parte tenebrosa de la estancia un sonido de mandíbulas que se chocan entre sí mezclados con suspiros de agonía débiles y lastimeros.—El hombrecillo volvió la cara.

—Friend! gritó con voz amenazante, ah! miserable Friend!—Aquí! ven aquí!....

Y cojiendo una peña, arrojósela sobre la cabeza al oso que, aturdido del choque se arrancó lenta-

mente á su festin y fue relamiendo el colorado hocico y haciéndose el amable, á acurrucarse á los pies del hombre, hácia el cual elevaba su enorme cabeza encorvando la espina dorsal como para pedir merced de su indiscrecion.

Hubo entonces entre los dos mónstruos, porque bien puede darse este nombre al habitante de la *ruina de Arbar*, una correspondencia recíproca de muy elocuentes gruñidos. Los del hombre espresaban el poder y la cólera; los del oso la súplica y la sumision.

—Toma, dijo en fin el hombre señalando con su dedo retorcido el cadáver desollado del lobo, esa es tu presa; déjame á mí la mia.

El oso, despues de haber olfateado el cuerpo del lobo, meneó la cabeza con aire mohino y volvió la vista hácia el hombre que era, al parecer, su amo.

—Te comprendo, dijo este, comprendo lo que quieres decir; eso está ya demasiado muerto para tí, mientras que esto otro palpita todavía.—Eres refinado en tus gustos, Friend, tanto como un hombre; quieres que tu sustento viva todavía mientras le despedazas; te gusta sentir que la carne muere cuando la hincas el diente; no gozas si no haces sufrir... nos parecemos, porque yo no soy hombre, Friend, yo soy superior á esa especie miserable; yo soy una fiera como tú. Quisiera que pudieses hablar, compañero Friend, para que me dijeras si iguala á mi alegría, la alegría que hace palpitar

tus entrañas de oso, cuando devoras entrañas de hombre... pero no, no quisiera oirte hablar, porque tu voz me recordaria la voz humana. Sí, ruje á mis pies con ese rujido que hace estremecerse en la montaña al pastor estraviado, y que á mí me agrada como una voz amiga porque le anuncia un enemigo. Levanta, Friend, levanta la cabeza hácia mí; lame mis manos con esa lengua que ha bebido tantas veces la sangre humana. Tienes como yo los dientes blancos y sin embargo no es culpa nuestra si no estan colorados como una llaga reciente; pero la sangre lava la sangre. Yo he visto mas de una vez, desde el fondo de una negra caverna, á las doncellas de Kole ó de Oëlmœ, lavar sus pies desnudos en el agua de los torrentes, cantando con dulce voz; pero prefiero á aquellas voces melodiosas y á aquellos rostros de nieve y rosa, tu cabeza velluda y tus roncos gritos... porque aterran al hombre.

Mientras esto decia, sentóse en una piedra y abandonó su mano á las caricias del mónstruo que, revolcándose sobre la espalda á sus pies, se las prodigaba de mil maneras, como un falderillo que ostenta todas sus monadas sobre el sofá de su señora.

Era lo mas singular de aquella escena, la atencion inteligente con que escuchaba el oso al parecer las palabras de su dueño. Los estraños monosílabos con que este las interpolaba eran lo que mostraba comprender mejor, como lo espresaba levantando repentinamente la cabeza, ó rumiando algunos

confusos gruñidos en el fondo de su garganta.

—Los hombres dicen que huyo de ellos, repuso aquel personaje singular; pero ellos son los que huyen de mí, haciendo por cobardía lo que haria yo por odio..... Tú sabes sin embargo, que no me desagrada encontrar un hombre cuando tengo hambre ó sed.

Apenas acabó estas palabras, vió en el fondo de la galería despuntar y crecer por grados una luz rojiza, colorando lentamente las antiguas paredes húmedas de la estancia.

—Aqui viene uno justamente: cuando se habla del infierno, enseña los cuernos satanás (1). Ola, Friend, añadió dirijiéndose al oso; ola, levántate!

Obedeció el animal con una prontitud increible.

—Vamos, justo es recompensar tu obediencia, satisfaciendo tu apetito.

Diciendo estas palabras, inclinóse el hombre hácia el objeto que yacía por tierra: un momento despues, resonó en la estancia un crujido de huesos quebrantados por el hacha, pero á que no se mezclaban ya ni lamentos, ni suspiros.

—Parece, murmuró el hombrecillo, que ya no hay mas que dos vivos en esta sala de Arbar. — Toma, amigo Friend, acaba tu comenzado festin.

Arrojó entonces hácia la puerta esterior de que hemos hablado lo que habia arrancado del objeto tendido á sus pies. Precipitóse el oso sobre aquella

---

(1) Proverbio familiar que corresponde con corta diferencia al nuestro del *Ruin de Roma etc.* (*Nota del Traductor.*)

presa con tal ansia que la mas rápida ojeada no hubiera podido distinguir si aquel pedazo tenia ó no en efecto la forma de un brazo humano, cubierto de paño verde parecido al del uniforme de los arcabuceros de Munckholm.

—Ya se acerca, dijo el mónstruo, fijos los ojos en la luz que crecia y se acercaba mas y mas.—Compañero Friend, déjame solo un momento... Arre! Afuera!

El obediente animal se encaminó hácia la puerta, bajó andando hácia atras los escalones esteriores, y desapareció llevándose entre los dientes su asquerosa presa, con hondos bramidos de contento.

En el mismo instante, apareció un hombre bastante alto en la salida de la galería, cuyas profundas revueltas reflejaban todavía un esplendor moribundo. Estaba el recien venido embozado en una larga capa de color oscuro, y llevaba en la diestra una linterna sorda, cuya luz dirijió en línea recta hácia el rostro del otro habitante de la ruina de Arbar.

Este, sentado sobre su piedra y con los brazos cruzados, esclamó:

—Mal llegado seas, tú que vienes aqui traido por un pensamiento y no por un instinto.

El extranjero, sin responder, considerábale atentamente.

—Mírame, prosiguió levantando la cabeza, porque puede que dentro de una hora no tengas ni un soplo de vida para blasonar de haberme visto.

El recien llegado, paseando la luz de su linterna detenidamente sobre el hombre que tenia delante, estaba al parecer mas atónito aun que aterrado.

—Qué es eso? de que te admiras? repuso el enano con una risa semejante al crujido de un cráneo que se quiebra; yo tengo brazos y piernas como tú, con la sola diferencia de que mis miembros no serán en breve como los tuyos, pasto de los lobos y de los cuervos.

Respondió por fin el extranjero en voz baja pero enérgica, y como si solo temiera que le oyesen desde fuera.

—Escuchad, no vengo como enemigo sino como amigo.....

El otro le interrumpió:

—Pues entonces ¿por qué no te has despojado de tu forma de hombre?

—Estoy decidido á seros muy útil si sois el que busco.....

—Es decir, á que yo te lo sea á tí.—Hombre, todo cuanto me digas es en vano. Yo no puedo ser útil sino á los que estan cansados de vivir.

—En vuestras palabras, prosiguió el extranjero, creo reconocer al hombre que necesito; pero vuestra estatura..... Han de Islandia es un gigante..... no podeis ser vos.

—Esta es la primera vez que lo duda un hombre delante de mí.

—Cómo! será posible que seais vos!... y el ex-

tranjero se iba acercando hácia él. Me han asegurado sin embargo que Han de Islandia es de una estatura colosal.....

—Añade mi fama á mi estatura, y verásme mas alto que el Hecla.

—Con que en fin!.... Respondedme, yo os lo suplico; ¿es cierto que sois Han, natural de Klipstadur, en Islandia?

—Yo no respondo á esa pregunta con palabras, dijo el enano levantándose de su asiento de piedra; y la mirada que fulminó sobre el imprudente extranjero, hizo á este retroceder tres pasos.

—Básteos por amor de Dios resolverla con esa mirada, respondió este con voz casi suplicante, y echando hácia la entrada de la galería una ojeada en que se pintaba el arrepentimiento de haberla pasado. Lo único que me trae aquí es mi celo por vuestros intereses.

Como al entrar en la sala no habia hecho el recien venido mas que entrever al huesped de la ruina de Arbar, bien pudo conservar en el pecho toda su serenidad; pero luego que este se hubo puesto en pie con su cara de tigre, sus miembros fornidos, sus hombros ensangrentados, cubiertos apenas con una piel fresca todavía, sus enormes manos provistas de cortantes uñas, y su chispeante mirada, el aventuroso extranjero no pudo menos de estremecerse, como el ignorante viajero que cree acariciar á una anguila, y se siente morder por una bívora.

—Mis intereses! repuso el mónstruo. ¿Vienes acaso á darme parte de que hay algun manantial que envenenar, algun pueblo á que pegar fuego, algun arcabucero de Munckholm que asesinar?...

—Tal vez.—Prestadme atencion; los mineros de Noruega se han revelado, y bien sabeis cuantos desastres acarrea una rebelion.

—Sí: el asesinato, el estupro, el sacrilegio, el incendio, el saqueo.

—Todo eso os ofrezco yo.

El enano se echó á reir.

—No tengo yo necesidad de que me lo ofrezcas para tomarlo.

La espresion feroz de que iban acompañadas estas palabras, de nuevo hizo estremecerse al extranjero; sin embargo prosiguió:

—Yo os propongo en nombre de los mineros el mando en jefe de la insurreccion.

Quedó pensativo el enano por un momento, y luego repentinamente tomó su adusta fisonomía una espresion de malicia infernal.

—Me lo propones de veras en su nombre? dijo.

Turbó esta pregunta evidentemente al recien legado; pero seguro de no ser conocido por su temible interlocutor, no tardó en serenarse.

—Por qué se revelan los mineros? preguntó este.

—Para emanciparse de las cargas de la tutela r eal

—Para eso y nada mas? repuso el otro en el mismo tono burlon.

—Quieren tambien poner en libertad al prisionero de Munckholm.

—¿Y es ese el único objeto del movimiento? repitió el enano con aquel acento que confundia al extranjero.

—No sé que tenga otro, dijo con voz balbuciente.

—Ah! no sabes que tenga otro!

Fueron pronunciadas estas palabras en el mismo tono irónico, y tanto que el extranjero para disimular la turbacion que le causaban, se apresuró á sacar de debajo de su capa un bolson de dinero que arrojó á los pies del mónstruo.

—Esos son los emolumentos de vuestro empleo.

El enano dió un puntapié al bolson.

—No los quiero. ¿Te parece que si yo tuviera necesidad de tu oro ó de tu sangre, esperaría á que me dieses permiso para satisfacerla?

Hizo el extranjero un jesto de sorpresa y casi de espanto.

—Los mineros reales me habian encargado que os hiciera ese presente.

—Te digo que para nada lo quiero; el oro me es de todo punto inútil. Los hombres suelen vender su alma, pero no venden su vida, de modo que no le queda á uno mas remedio que el tomársela.

—¿Luego anunciaré á los jefes de los mineros que el formidable Han de Islandia se limita á aceptar su mando en jefe?.....

—Yo no le acepto.

Estas palabras, pronunciadas en tono seco y decisivo, hubieron de causar notable enojo al supuesto enviado de los mineros insurgentes.

—Como! dijo.

—No! repitió el otro.

—No quereis tomar parte en una espedicion que os ofrece tantas ventajas!.....

—No necesito yo de nadie para saquear los cortijos, talar los campos y aniquilar á los hombres.

—Pero tened presente que si aceptais la oferta de los mineros, se os asegura la impunidad.

—¿Me prometes tambien la impunidad en nombre de los mineros? preguntó el otro riendo.

—No os ocultaré, respondió el extranjero con aire misterioso, que lo hago en nombre de un poderoso señor que tiene interés en la insurreccion.

—Y ese señor tan poderoso está seguro de no ir á la horca?

—Si le conociérais, no diriais eso.

—Ola! Pues quién es?

—Eso es lo que no puedo deciros.

Acercóse el enano al extranjero y dióle un golpecito sobre el hombro, con su eterna risa sardónica.

—Quieres que yo te lo diga, dime?

No pudo el hombre de la capa reprimir un movimiento en que se pintaban juntamente el espanto y el orgullo ajado, como si no se esperara mas á la brusca interpelacion del mónstruo que á su agreste familiaridad.

—Me estoy burlando de tí, prosiguió este último. Tú ignoras que yo lo sé todo; ese poderoso señor es el gran canciller de Dinamarca y de Noruega, y el gran cancillller de Dinamarca y de Noruega eres tú.

El era en efecto. Luego que llegó á la ruina de Arbar, hácia la cual le dejamos viajando con Musdœmon, á nadie quiso fiar el cuidado de sobornar al bandido, de quien estaba muy lejos de creerse conocido y esperado. Jamás en lo sucesivo pudo el conde de Ahlefeld, á pesar de toda su sagacidad y de todo su poder, descubrir por qué medios habia logrado Han de Islandia tan buenos informes. Era por efecto de una traicion de Musdœmon? Verdad es qué Musdœmon habia insinuado al noble conde la idea de presentarse en persona al bandido; ¿pero que ventajas podia sacar de aquella perfidia?—Habia acaso el Islandés cojido á alguna de sus víctimas papeles relativos al proyecto del gran canciller? Federico de Ahlefeld era juntamente con Musdœmon, el único ser viviente que conocia los planes de su padre, y por mas frívolo que fuera aquel muchacho, no le creia bastante insensato para comprometer tan importante secreto; ademas, estaba de guarnicion en Munckholm.—Asi lo creia á lo menos el gran canciller.—Los que lean la continuacion de esta escena, sin poder mejor que el conde de Ahlefeld resolver este problema, verán las probabilidades que podian sacarse de esta última hipótesis.

Una de las calidades que en mas alto grado po-

sería el conde de Ahlefeld, era la presencia de ánimo. Cuando oyó salir su nombre tan inesperadamente de la boca del enano, no pudo reprimir una esclamacion de sorpresa; pero en un punto pasó su fisonomía pálida y altanera de la espresion del temor y del asombro á la de una serena dignidad.

—Pues bien, sí! dijo; quiero ser franco con vos; soy en efecto el canciller. Pero sed vos franco tambien.....

Interrumpióle una carcajada de su interlocutor.

—Me he hecho yo rogar por ventura para decirte mi nombre y para decirte el tuyo?

—Decidme con la misma sinceridad como habeis sabido quien yo era.

—No te han dicho que la vista de Han de Islandia atraviesa las montañas?

Quiso el conde insistir.—Ved en mi á un amigo......

—Dame tu mano, conde de Ahlefeld! dijo el enano brutalmente. Miró luego al ministro cara á cara y esclamó.—Si nuestras dos almas se desprendieran de nuestros cuerpos en este momento, creo que Satanás se vería apurado por decidir cual de las dos es la del mónstruo.

Mordióse los lábios el altivo magnate; pero colocado entre su temor al bandido y la necesidad de servirse de él, guardóse muy bien de mostrar su enojo.

—No descuideis vuestros intereses; aceptad el mando de la insurreccion y contad con mi gratitud.

—Canciller de Noruega!—Tú cuentas con el éxito de tus empresas, como una vieja que piensa en la saya que se va á hilar con cáñamo robado, mientras las zarpas del gato enredan los hilos de su rueca.

—Por última vez os lo digo.—Pensadlo bien antes de rehusar mis ofertas.

—Por última vez, yo, bandido, te digo á tí, gran canciller de los dos reinos: No.

—Otra respuesta esperaba, despues del eminente servicio que ya me habeis hecho.

—Que servicio? preguntó Han.

—Pues no habeis sido vos el asesino del capitan Dispolsen? respondió el canciller.

—Tal vez! conde de Ahlefeld;—no le conozco. Quien es ese hombre?

—Como! no ha caido por ventura en vuestras manos un cofrecillo de yierro de que era portador?

Esta pregunta dejó suspenso al bandido por un momento, como si despertára en él algun recuerdo.

—Sí,—dijo, sí; ahora me acuerdo en efecto de ese hombre y de ese cofrecillo.—En las playas de Urchtal le maté.

—A lo menos, repuso el canciller, si pudiérais entregarme esa caja, mi gratitud no tendría límites. Decidme, ¿en qué ha parado ese cofrecillo? porque estoy seguro de que se halla en vuestro poder...

Tanto insistió en este punto el noble ministro, que llamó sériamente la atencion del bandido.

—Con que, segun parece, esa caja de hierro es

de la mas alta importancia para tu gracia, canciller de Noruega.

—Sí.

—¿Cuál será mi recompensa si te digo dónde la hallarás?

—Todo lo que podais desear, amigo Han de Islandia.

—Con que sí?—Pues no te lo quiero decir.

—Vaya! y lo tomais á risa! Pensad en el servicio que podeis hacerme.....

—En eso pienso precisamente.

—Os haré dueño de una fortuna inmensa, —pediré vuestro indulto al Rey.

—Empieza por pedirme el tuyo! dijo el bandido.—Escúchame, gran canciller de Dinamarca; los tigres no devoran á las hienas. Voy á dejarte salir con vida de mi presencia, porque eres un perverso, y porque cada instante de tu vida, cada pensamiento de tu alma, produce una desgracia para los hombres, y un crímen para tí... Pero no vuelvas aquí, ó te haré saber que mi odio á nadie perdona, ni aun á los malvados. Por lo que hace á tu capitan, no creas que le he asesinado por tí; su uniforme es el que le ha perdido, como á ese otro miserable á quien tampoco he asesinado, yo te lo juro, por complacerte.

Esto diciendo, cojió del brazo al noble conde y se lo llevó hácia el cuerpo tendido en la sombra. En el mismo instante en que acabó sus protestas, cayó sobre el objeto la luz de la linterna sorda; era aquel

un cadáver mutilado y vestido en efecto con traje de oficial de los arcabuceros de Munckholm. Acercóse el canciller con un profundo sentimiento de horror; de repente, fijó su mirada en el rostro pálido, sangriento del muerto... y aquella boca azul y entreabierta, aquellos cabellos herizados, aquellas mejillas lívidas, aquellos ojos apagados no bastaron á impedir que le reconociese.... Lanzó el canciller un grito espantoso:

—Cielos! Federico! mi hijo!!!...

Oh! nadie lo dude: los corazones al parecer mas desecados y endurecidos, ocultan siempre en uno de sus mas recónditos pliegues algun afecto ignorado por ellos mismos, que se esconde entre pasiones y vicios como un testigo misterioso y un vengador futuro. No parece sino que está allí solo para hacer que algun dia conozca el crímen, que cosa es el dolor. Espera su hora en silencio; el hombre perverso le lleva en su seno y no le siente, porque ninguno de los afectos ordinarios es bastante enérgico para penetrar la ancha corteza de egoismo y de maldad que le rodea; pero si se presenta inesperado uno de los grandes y verdaderos dolores de la vida, penetrará en el abismo de aquella alma como una espada, y tocará hasta el fondo. Revélase entonces al criminal desgraciado, el afecto desconocido, tanto mas violento cuanto era mas ignorado, tanto mas doloroso cuanto era menos sensible; porque el aguijon del infortunio ha debido ajitar el corazon mucho mas profundamente para llegar hasta él. En-

tonces la naturaleza se despierta y se desencadena, y precipita al miserable en amarguras desconocidas en suplicios inauditos; y él siente reunidas en un instante todas las penas de que se habia burlado durante tantos años. Los mas encontrados tormentos le despedazan á la vez; su corazon, sobre el cual pesa un hondo estupor, se ajita, víctima de tormentos convulsivos. Parécele que acaba de entrever el infierno en su vida, y que se ha revelado á su mente algo mas terrible aun que la desesperacion.

El conde de Ahlefeld amaba á su hijo sin saberlo; y decimos su hijo, porque ignorando el adulterio de su esposa, la culpable Elfega, Federico, el heredero directo de su nombre, tenia este título á sus ojos. Como no creia que hubiese salido de Munchkolm, muy lejos estaba de esperar hallársele en la Ruina de Arbar y sobre todo de encontrarle muerto!... Y sin embargo estaba alli ensangrentado, descolorido.... él era, no podia dudarlo. Imajínese el lector lo que pasó en el corazon de aquel hombre, cuando penetró de súbito en su alma la certidumbre de amarle, con la certidumbre de haberle perdido. Todos los sentimientos que describen apenas estas dos pájinas, cayeron juntos sobre su corazon como otros tantos rayos; aniquilado, digámoslo así, por la sorpresa, el espanto y la desesperacion, cayó desplomado al suelo, retorciéndose los brazos en su agonía, y repitiendo con voz lamentable: —Mi hijo! mi hijo!...

Echóse á reir el bandido, y fué una cosa horrible, oir aquella risa bestial mezclándose á los jemidos de un padre delante del cadáver de su hijo.

—Por el alma de mi abuelo Ingolfo el Esterminador, te juro, conde de Ahlefeld, que puedes gritar cuanto quieras sin peligro de despertarle.

Un momento despues, anublóse su semblante, y esclamó con voz sombría:

—Llora á tu hijo,—yo vengo al mio!

Interumpió sus palabras un rumor de pasos precipitados en la galería; y en el momento en que volvia la cabeza con sorpresa, penetraron en la estancia con sable en mano, cuatro hombres de alta estatura; otro, pequeño y grueso, los seguia llevando en la mano izquierda una hacha encendida y una espada desenvainada en la derecha. Iba embozado en una capa de color oscuro, parecida á la del gran canciller.

—Señor! esclamó; os hemos oido, y acudimos en vuestra ayuda.

Sin duda ha reconocido ya el lector en los cinco recien venidos á Musdœmon y á los cuatro criados armados que componian la comitiva del conde.

Cuando la luz de la tea llenó la estancia con su vivo esplendor, paráronse horrorizados los cinco recien venidos; y era en efecto un espectáculo horrible el que tenian delante. A un lado, los restos ensangrentados del lobo; á otro el cadáver mutilado del jóven oficial; luego aquel padre con sus ojos desencajados, con sus gritos lastimeros y junto á él,

aquel espantoso bandido, volviendo hácia sus enemigos un semblante horrible, en que se pintaba un asombro impávido.

Al ver aquel inesperado refuerzo, la idea de la venganza se apoderó del conde, y le hizo pasar de la desesperacion á la rabia.

—Muerte á ese bandido! esclamó en pié, desenvainando el acero.... ¡Ha asesinado á mi hijo! —Muera! muera!!..

—Ha asesinado al señor Federico? dijó Musdœmon, y la tea que llevaba en la mano no alumbró la menor alteracion en su semblante.

—Muera! muera! repitió el conde enfurecido y los seis se lanzaron juntos sobre el enano. Este sorprendido de aquel brusco ataque, retrocedió hácia la abertura que daba sobre el precipicio con un rujido feroz que mas anunciaba la cólera que el temor.

Seis espadas estaban dirijidas contra él, y sus ojos estaban mas inflamados, y sus facciones eran mas amenazantes que todas las de sus adversarios. Cojió su hacha de piedra, y reducido por el número de sus enemigos á limitarse á la defensiva, háciála jirar en su mano con tal rapidez, que el círculo de rotacion le cubria como un escudo. Brotaban infinitas chispas con un ruido claro de las puntas de las espadas, en su choque con el filó de la hacha; pero ninguna hoja alcanzaba á su cuerpo. Sin embargo, cansado de su precedente combate con el lobo, perdia terreno insensiblemente, y

pronto se vió en el mismo dintel de la puerta abierta sobre el abismo.

—Amigos mios! esclamó el conde,—valor ¡arrojemos al mónstruo al precipicio!

—Antes de que yo caiga, caerán en él las estrellas, replicó el bandido.

Aumentaron el valor y la audacia de los agresores al ver al enano precisado á bajar un escalon de la escalera suspendida sobre el abismo.

—Adelante, adelante! añadió el gran canciller;—él tendrá que caer,—un esfuerzo mas!—Miserable! has cometido tu último crímen,—Animo, compañeros!

Mientras que con la mano derecha continuaba las terribles evoluciones de su hacha, el bandido sin responder palabra, cojió con la izquierda una trompa de cuerno que llevaba suspendida al cinto, y llevándola á sus lábios, produjo varios sonidos roncos y prolongados, á que respondió inmediatamente un rujido que salia del abismo.

Pocos instantes despues, en el momento en que el conde y sus satélites, dando mucho que hacer al enanillo, se congratulaban de haberle hecho bajar el segundo escalon, la enorme cabeza de un oso blanco apareció en la estremidad superior de la es calera. Retrocedieron los agresores, llenos de una admiracion mezclada de espanto.

Acabó el oso de subir la escalera con tardos pasos, presentándoles sus sangrientas fauces y sus acerados dientes.

—Gracias, amigo Friend! gritó el bandido; y aprovechándose de la sorpresa de sus agresores, montó en la espalda de su oso que empezó á bajar hácia atrás, presentando siempre su cabeza amenazante á los enemigos de su amo.

Poco despues, vueltos en sí de su primera estupefaccion, vieron al oso, llevándose al bandido á distancia en que no podian alcanzarle sus golpes, bajar al abismo, como sin duda habia subido, agarrándose á los añosos troncos de los árboles, y á los ángulos salientes de los peñascos. Quisieron el conde y los suyos precipitar algunas piedras sobre él; pero antes de que hubiesen levantado del suelo una de aquellas sólidas masas de granito, que dormian sobre él hacia tantos siglos, desaparecieron el bandido y su estraño palafren en el fondo de una caverna.

26.

No, no, basta ya de reir. —Con toda verdad lo digo; lo que me parecia tan gracioso, tiene su lado sério, muy sério, como todo en el universo!... Creédme; esa paladra *casualidad* es una blasfemia; nada debajo del sol sucede por casualidad; y..... ¿no veis en esto el objeto indicado por la Providencia?

LESSING.—*Emilia Galotti.*

Sí, en lo que los hombres llaman casuidad se revela á veces una razon profunda; hay en los sucesos como una mano misteriosa que les indica en cierto modo la senda y el término. Y se declama contra los caprichos de la fortuna, contra las singularidades de la suerte, cuando salen repentinamente de aquel caos espantosos relámpagos, ó maravillosos rayos de luz; y la sabiduría humana se humilla delante de las altas lecciones del destino.

Sí, por ejemplo, cuando Federico de Ahlefeld ostentaba en un suntuoso salon, delante de las damas de Copenhague, la magnificencia de sus vesti-

dos; la fatuidad de su rango, y la presuncion de sus palabras; si algun hombre instruido en las cosas del porvenir, hubiese venido á turbar la insustancialidad de sus pensamientos con graves revelaciones; si le hubiera dicho que algun dia aquel brillante uniforme, que le llenaba de orgullo, causaria su pérdida; que un mónstruo de semblante humano beberia su sangre como bebia el voluptuoso sibarita los vinos de Francia y de Bohemia; que sus cabellos, para los cuales no tenia bastantes esencias ni perfumes, barrerian el polvo de una caverna de fieras; que aquel brazo, cuyo apoyo ofrecia con tanta gracia á las bellas de Carlottemburgo, seria arrojado á un oso por pasto como un hueso de cabrito medio roido; ¿cómo hubiera respondido Federico á estas lúgubres profecías? con una carcajada ó una pirueta; y es lo mas terrible, que todas las razones humanas hubieran aprobado al insensato.

Examinemos este destino aun desde mas alto.— ¿No es un misterio singular ver recaer sobre sus almas en castigo, el crímen del conde y de la condesa de Ahlefeld? Han urdido una trama infame contra la hija de un cautivo; esta desgraciada encuentra por casualidad un protector que crée necesario alejar á su hijo, encargado por ellos de ejecutar su abominable designio. Este hijo, su única esperanza, es enviado lejos del teatro de su seduccion; y apenas llega á su nueva morada, otra casualidad gadora le hace encontrar la muerte. De modo

que queriendo deshonrar á una jóven inocente y aborrecida, es como han lanzado al sepulcro á su hijo culpable y querido. Por culpa propia han llegado aquellos miserables á ser desgraciados!!...

27.

Ah! aquí está nuestra amable condesa!..... Perdonad, señora, si no puedo aprovechar del honor de vuestra visita..... Estoy muy ocupado; otra vez será, condesita, otra vez será..... Pero por hoy, me es imposible deteneros mas tiempo.

EL PRINCIPE A ORSINA.

Al dia sigiente de su visita á Munckholm, mandó el gobernador de Drontheim muy de mañana que enganchasen los caballos á su coche de camino, esperando salir antes de que se levantase la condesa de Ahlefeld; pero ya hemos dicho que el sueño de esta era muy ligero.

Acababa el general de firmar los últimos encargos que dirijia al obispo, en cuyas manos debia quedar el cuidado interino del gobierno, y ya se habia puesto en pie, despues de haberle echado encima su tabardo de pieles, para salir, cuando anunció el hujier á la noble cancillera.

Incomodó este contratiempo al antiguo soldado, acostumbrado á reir delante de la metralla de cien

cañones, pero no delante de los artificios de una mujer. Despidióse no obstante de la condesa con toda finura y no dió la menor muestra de enojo hasta que la vió inclinarse hácia él con aquel aire cauteloso que aspiraba á pasar por confidencial.

—En fin, noble general..... que os dijo?

—Quién? Poël? Me dijo que iban á arrimar el coche.....

— Yo hablo del prisionero de Munckholm, general.

—Ah!....

—¿Ha respondido á vuestro interrogatorio de un modo..... satisfactorio.

—Sí.—Satisfactorio, dijo el gobernador cuya turbacion comprenderá fácilmente el lector.

—Teneis pruebas de su complicidad en la conspiracion de los mineros?

No pudo Levin reprimir una esclamacion.

—Noble condesa, dijo, es inocente!

Y apenas pronunció estas palabras, calló de repente algo turbado porque acababa de asegurar una cosa de que estaba convencido su corazon, pero no su inteligencia.

—Es inocente! repitió la condesa con aire consternado aunque incrédulo; porque temblaba de que en efecto hubiese demostrado Schumacker al general aquella inocencia que tanto les importaba denigrar á los intereses del gran canciller.

El gobernador habia tenido tiempo para reflexionar, y asi respondió á las instancias de la

gran canciller con un acento que la tranquilizó porque revelaba la duda y la turbacion.

—Inocente... si... como gusteis.

—Como yo guste, señor general! y aquella mala mujer soltó una carcajada.

Esta risa ofendió al gobernador.

—Noble condesa, dijo, no llevaréis á mal que solo al virey dé cuenta de mi conferencia con el ex-gran canciller.

Saludó entonces profundamente y bajó al patio donde le esperaba su coche.

—Sí, decia hablando consigo misma la condesa de Ahlefeld de vuelta en sus habitaciones; vete, caballero errante, para que tu ausencia nos libre del protector de nuestros enemigos. Vete, tu partida es la señal de la vuelta de mi Federico.— Vaya que me hace mucha gracia! enviar al jóven mas galan de Copenhague á esas horribles montañas! Ahora por fortuna no me será dificil obtener su licencia.

Con esta idea, se dirijió á su doncella favorita.

—Querida Lisbeth, dijo, harás venir de Berghem dos docenas de aquellos peinecillos, que usan en el pelo nuestros elegantes; te informarás de la novela mas reciente de la famosa Scudery, y cuidarás de que se lave regularmente todas las mañanas en agua rosada á la mona de mi hijo Federico.

—Cómo, señora! pregunto Lisbeth, con que vá á volver el señor Federico?

—Ya se vé que sí; y para que tenga mas gusto en volverme á ver; es preciso hacer lo que desea; quiero sorprenderle cuando vuelva.

Pobre madre!

28.

Cual el furioso leon
que sale de su manida
. . . .
Sale el gallardo español
valiente y determinado,
porque el paternal amor
y de su madre el dolor
le han puesto en aquel estado:
Y con paso nada tardo
empuña una gruesa lanza
puesta en ella su esperanza.
sale corriendo Bernardo
por las orillas de Arlanza..

ROMANCERO.

Luego que bajó Ordener de la torre, donde habia visto el fanal de Munckholm, buscó por todas partes á su pobre guia Benigno Spiagudry, y despues de haberle llamado á gritos por largo rato, solo respondió á su voz el eco de las ruinas. Sorprendido, pero no asustado de aquella inconcebible desaparicion, atribuyóla á algun terror pánico del tímido conserje, y despues de haberse acusado ge-

nerosamente de haberle abandonado por algunos instantes, decidióse á pasar la noche sobre el peñasco de Oëlmœ para darle tiempo de que volviese. Tomó entonces algun alimento y, embozándose en su capa, tendióse junto á la hoguera que se iba apagando, dió un beso al rizo de los cabellos de Ethel, y no tardó en dormirse profundamente, porque se puede dormir con un corazon inquieto cuando la conciencia está tranquila.

Al rayar el dia estaba ya en pie; pero no halló de Spiagudry mas que su morral y su capa abandonados en la torre, lo que parecia indicio de una fuga muy precipitada. Desesperando ya de volverle á ver, al menos en el peñasco de Oëlmœ, determinóse á irse sin él, porque al dia siguiente debia encontrarse con Han de Islandia en Walderhog.

En los primeros capítulos de esta obra hemos visto que Ordener se habia familiarizado desde sus primeros años con las fatigas de una vida errante y aventurera. Habiendo recorrido muchas veces el norte de la Noruega, no necesitaba guia ahora que ya sabia donde encontrar al bandido. Dirijió, pues, hácia el noroeste su viaje solitario en que no tuvo ya á su pobre Benigno para decirle cuanto cuarzo ó cuanto espato (1) contenia cada colina, que tradicion atribuia la fama á cada ruina, y si esta

---

(1) Piedra luciente parecida al espejuelo y de uso en la fundicion de metales. (*N. del Trad.*)

ó la otra grieta del suelo provenia de una corriente del diluvio, ó de alguna antigua conmocion volcánica.

Caminó un dia entero por entre las montañas que, saliendo á guisa de costillas, de trecho en trecho, de la cordillera principal que atraviesa á la Noruega en toda su longitud, se estienden disminuyendo en altura progresivamente hasta el mar, donde se hunden; de manera que todas las playas de aquel pais solo presentan una série de promontorios y de golfos, y todo el interior de las tierras, una succesion de montañas y de valles, disposicion singular del terreno que ha hecho comparar la Noruega á la espina mayor de un pescado.

No era cosa muy cómoda viajar en aquel pais. Unas veces era preciso seguir por único camino el fondo pedregoso de un torrente desecado, y otras cruzar sobre trémulos puentes de troncos de árboles los mismos caminos por donde habian pasado el dia antes torrentes impetuosos.

Caminaba Ordener á veces horas enteras sin que le revelara la presencia del hombre en aquellos sitios incultos mas que la aparicion intermitente y alternativa de las aspas de un molino de viento en la cumbre de una colina ó el rumor de una fragua lejana, cuyo humo se inclinaba á merced del viento como un negro penacho.

De tarde en tarde encontraba uno que otro rufian montado en su caballejo de pelo gris, de cabeza gacha, y menos seváltico aun que su amo, ó

un mercader de pieles sentado en su trineo tirado por dos renjíferos, á cuya zaga iba atada una cuerda, cuyos numerosos nudos, botando sobre las piedras del camino, estaban destinados á espantar los lobos errantes de las montañas.

Si entonces Ordener preguntaba al mercader por el camino de la gruta de Walderhog:—Seguid derecho hácia el Noroeste, hallareis la aldea de Hervalyn, pasareis el barranco de Dodlysax, y esta noche podreis llegar á Surb, que solo dista dos millas de Walderhog.—Asi respondia con indiferencia el comerciante nómade, solo instruido de la posicion y de los nombres de aquellos lugares que le obligaba á recorrer su profesion.

Si dirijia Ordener la misma pregunta al rufian, este, profundamente imbuido en las tradiciones del pais y en los cuentos de la aldea, meneaba la cabeza repetidas veces y paraba su jaco gris diciendo: —Walderhog! la caverna de Walderhog! en ella cantan las piedras, y bailan los huesos y habita el demonio de Islandia.—Es seguro que no quiere ir vuestra cortesía á la gruta de Walderhog.

—A ella voy, respondió Ordener.

—Luego vuestra cortesía ha perdido su anciano padre, ó se le ha pegado fuego en su granja, ó su vecino le ha robado el cerdo de San Anton?

—No por cierto, replicaba el jóven.

—Pues entonces, no puede ménos sino que un nigromántico haya echado un conjuro sobre el entendimiento de su cortesía.

—Buen hombre, decidme, si lo sabeis, el camino de Walderhog.

—Pues á eso mismo respondo, señor. Vaya, adios. ¡Hácia el Norte! ya sé yo como ireis á Walderhog, pero ignoro como volvereis.

Y el rufian se alejaba haciendo la señal de la cruz.

A la triste monotonía de este camino se agregaba la incomodidad de una lluvia menuda y penetrante que empezó á eso de mediodia, y que aumentaba en sumo grado las dificultades del camino. Ningun pájaro osaba aventurarse en el aire, y Ordener, helado debajo de su capa, no veia volar por cima de su cabeza mas que el azor, el gerifalte ó el halcon pescador que, al ruido de sus pasos, salian repentinamente de entre los juncos y espadañas de un estanque con un pescado entre las garras.

Era ya enteramente de noche cuando nuestro jóven viajero, despues de haber cruzado el bosque de pobos y de abedules contiguo al barranco de Dodlysax, llegó á aquella aldea de Surб, en la que Spiagudry, si no lo ha olvidado el lector, queria fijar su cuartel general. El olor de la brea y el humo de carbon de tierra indicaron á Ordener que se acercaba á una tribu de pescadores. Llegóse á la primera choza que pudo divisar entre las sombras; su puerta, baja y estrecha, estaba cerrada segun la costumbre noruega, con una ancha piel de pescado trasparente, colorada á la sazon por el esplendor trémulo y rojo del hogar encendido. Llamó Ordener en la armazon de madera que formaba la puerta, diciendo:

—Es un viajero!

—Que entre, que entre, respondió una voz desde dentro. En el mismo instante uua mano oficiosa levantó la piel de pescado, y Ordener fue introducido en la habitacion cónica de un pescador de las costas de Noruega. Era una especie de tienda redonda de madera y de tierra, en medio de la cual brillaba una hoguera en que la llama púrpura de la turba se unia á la luz blanca del abeto. Junto á esta hoguera el pescador, su mujer y dos hijos vestidos de harapos, estaban sentados delante de una mesa cubierta de platos de madera y de vasijas de barro. En la parte opuesta, entre un monton de redes y remos, dos renjiferos dormidos estaban tendidos en una cama hecha de hojas y de pieles, cuya prolongacion parecia destinada á recibir el sueño de los amos de la casa y de los huéspedes que pluguiera al cielo enviarles. Mas no se crea, que á primera vista era fácil distinguir esta disposicion interior de la choza, porque un humo acre y pesado que salia con dificultad por un agujero abierto en la cúspide del cono, envolvia todos aquellos objetos en un velo espeso y movedizo.

Apenas hubo Ordener pasado el dintel de la puerta, levantáronse el pescador y su mujer, y le devolvieron su saludo con aire franco y afectuoso. Los aldeanos de la Noruega gustan mucho de los viajeros, tanto acaso por el sentimiento de curiosidad tan vehemente en ellos, como por su natural inclinacion á la hospitalidad.

—Caballero, dijo el pescador, debeis tener hambre y frio, y aqui hay fuego para secar vuestra capa, y escelente *rindebrod* para calmar vuestro apetito. Vuestra cortesía se dignará en seguida decirnos quien es, de donde viene ó adonde va, y cuales son las historias que cuentan las viejas de su pais.

—Sí señor, añadió la mujer, y podreis añadir á este escelente rindebrod, como ha dicho mi marido y señor, un pedazo esquisito de *stock-fish* salado, sazonado con aceite de ballena. —Sentaos, señor extranjero.

—Y si vuestra cortesía no es aficionado á la carne de San Usufo (1), repuso el pescador, tenga paciencia por un ratillo, y yo le respondo que comerá una pata de cabrito que se chupe los dedos, ó á lo menos un alon de faisan. Estamos esperando al primer cazador de las tres provincias.... ¿No es verdad, Maase mia?

Maase, nombre que daba el pescador á su mujer, es una palabra noruega que significa *paviota*. No incomodó á esta en manera alguna aquella calificacion, ya porque fuese su verdadero nombre, ya porque fuese un dictado de ternura.

—El primer cazador! ya lo creo, respondió su mujer con énfasis. Como que es mi hermano, el famoso Kennybol! Bendiga Dios su fusil! Ha venido á pasar algunos dias con nosotros, y podreis, se-

(1) Patron de los pescadores.

ñor extranjero, beber en la misma taza que él algunos tragos de esta rica cerveza. Mi hermano es un viajero como vuestra merced.

—Mil gracias, amable patrona, dijo Ordener sonriendo; pero tendré que contentarme con vuestro apetitoso Stock-fish y con un tasajo de ese rindebrod, porque no tengo tiempo para esperar á vuestro hermano, el famoso cazador. Tengo que volver á ponerme en camino inmediatamente.

La digna Maase disgustada de la pronta partida del extranjero, y lisonjeada juntamente de los elogios que prodigaba á su stock-fish y á su hermano, esclamó:

—Favor que vuestra merced me hace.... pero ¿cómo nos va vuestra merced á dejar tan pronto, señor viajero?

—Es preciso.

—Aventurarse en estas montañas á esta hora, y con un tiempo como este!...

—Es para un negocio importante.

Estas respuestas del mancebo no menos picaban la curiosidad pueril de sus huéspedes que escitaban su admiracion.

Despues de un breve silencio levantóse el pescador y dijo:

—Estais, señor extranjero, en casa de Cristóbal-Buldus Braall, pescador, de la aldea de Surb.

La mujer añadió:

—Maase Kennybol es su mujer y su criada.

Cuando los aldeanos noruegos querian preguntar cortesmente su nombre á un extranjero, su costumbre era decirle antes el suyo.

—Y yo, respondió Ordener, soy un viajero que ni está seguro del nombre que tiene, ni del camino que sigue.

Esta estraña respuesta no hubo de satisfacer completamente al pescador Braall.

—Por la corona de Sormon el viejo, dijo, que pensaba, como estamos aquí, que no habia en Noruega mas que un solo hombre que no estuviese seguro de su nombre; y ese es el noble baron de Thorvick, que va á llamarse ahora, lo sé de buena tinta, el conde de Danneskiold, á causa de su glorioso enlace con la hija del canciller. Esta es, querida esposa Maase, la noticia mas fresca que traigo de Drontheim. —Os doy la enhorabuena, señor extranjero, por esa vuestra conformidad con el hijo del virey, el gran conde Guldenlew.

—Pues que vuestra cortesía, añadió la mujer con semblante inflamado de curiosidad, nada puede decirnos de sus cosas, díganos algo de lo que pasa por esos mundos de Dios; como por ejemplo, de ese famoso matrimonio de que nos ha hablado mi señor marido.

—Sí, repuso este contoneándose con aire de importante fatuidad, es la noticia mas fresca que circula por el pais. Antes de un mes, el hijo del virey se casa con la hija del gran canciller.

— Lo dudo, dijo Ordener.

—Lo dudais! pues yo puedo aseguraros que no hay duda en ello; repito que lo sé de buena tinta. El que me lo ha dicho, lo sabe por el señor Poël, el criado favorito del noble baron de Thorvick, es decir, del noble conde de Danneskiold. A no ser que alguna borrasca haya turbado el agua en estos últimos dias.... ¿Cree vuestra merced que se quede en dicho ese famoso enlace?

—Lo creo, respondió el jóven sonriendo.

—En ese caso, confieso que me equivoqué de medio á medio: no se debe encender la lumbre para freir el pescado antes de que entre este en la red. ¿Pero es seguro ese rompimiento? ¿Por dónde lo sabe vuestra merced?

—Lo sospecho, dijo Ordener. Me lo figuro así.

Al oir estas palabras, no pudo menos el pescador de derrogar á la cortesía noruega prorumpiendo en una larga carcajada.

—Dispense vuestra merced si me rio.... pero fácil es conocer que sois en efecto un viajero, y seguramente un extranjero. Paréceos por ventura que los sucesos seguirán vuestros caprichos, y que el cielo se despejará ó se anublará conforme á vuestra voluntad soberana?

Entonces el pescador, versado en los asuntos nacionales como todos los plebeyos noruegos, empezó á esplicar á Ordener las razones porque no podia menos de efectuarse aquel matrimonio: era necesario á los intereses de la familia de Ahlefeld; el virey no podia oponerse á la voluntad del Rey,

que lo deseaba. Asegurábase ademas que una pasion verdadera unia á los dos futuros esposos; en una palabra, el pescador Braall no dudaba que aquella alianza llegaria á cumplido efecto y hubiera querido estar tan seguro, como de esto lo estaba, de matar al dia siguiente al maldito perro marino que infestaba el estanque de Master-Bick.

Poco dispuesto se sentia Ordener á sostener una controversia pacífica con un tan profundo hombre de Estado, cuando vino á sacarle de sus apuros la intervencion de un nuevo personaje.

—El es! mi hermano! esclamó Maase; y nada menos era menester que la llegada de un hermano para arrancarla á la admiracion contemplativa con que escuchaba las largas palabras de su marido.

Este, mientras los dos muchachos se precipitaban tumultuosamente á los brazos de su tio, le alargó la mano con toda gravedad.

—Bien venido, hermano.—Luego, volviéndose hácia Ordener:— Señor extranjero, dijo, este es nuestro hermano el famoso cazador Kennybol, de las montañas de Kole.

—A todos cordialmente os saludo, dijo el montañés, quitándose su gorra de piel de oso. Hermano, mala caza hago en vuestras costas, como tú harias sin duda mala pesca en nuestras montañas; creo que mejor llenaria mi morral cazando duendes y silfos en los nebulosos bosques de la reina Mab. Hermana Maase, eres la primera paviota á quien he podido hoy dar los buenos dias de cerca.—Mirad, ami-

gos, — asi Dios os ayude, como ha corrido hoy todas las cercanías hasta esta hora y con este tiempo el primer cazador del Drontheimhus por este miserable gallo silvestre.

Esto diciendo, sacó de su morral y puso sobre la mesa una ortega blanca asegurando que aquel escueto volatil no era digno del fusil de un cazador.

—Pero, añadió entre dientes, leal escopeta de Kennybol, pronto cazarás pájaros gordos: si no tumbas alces ni osos, acribillarás á lo menos casacas verdes y jubones colorados.

Estas palabras, no bien oidas, llamaron la atencion de la curiosa Maase.

—Hé! preguntó — qué hablas ahí por lo bajo, hermano?

—Digo que nunca falta un duende perenne que baile sobre la lengua de las mujeres.

—Razon tienes, hermano Kennybol, dijo el pescador: estas hijas de Eva todas son curiosas como su madre. —¿No estabas hablando de casacas verdes?...

—Hermano Braall, replicó el cazador con tono brusco, yo no confio mis secretos mas que á mi arcabuz, porque estoy seguro de que no se los irá á contar á nadie.

—Se hablaba en el pueblo, prosiguió intrépidamente el pescador, de una rebelion de los mineros. Hermano, ¿sabes tú algo sobre el particular?

Cojió su gorra el montañés y se la encasquetó hasta las cejas, echando una mirada al soslayo so-

bre el extranjero; luego se llegó al pescador y dijo en voz baja y decisiva: — Silencio!

Meneó este la cabeza con aire de profunda sagacidad.—Hermano Kennybol, dijo, la pesca se calla cuanto puede, y no por eso deja de caer en la red.

Siguióse un breve rato de silencio. Mirábanse los dos hermanos con aire espresivo, los muchachos desplumaban la ortega que estaba sobre la mesa; la buena Maase escuchaba lo que no se decia, y Ordener observaba.

—Si hoy, se hayuna por acá, dijo el cazador rompiendo el silencio de pronto y con el objeto evidentemente de mudar de conversacion, no sucederá lo mismo mañana. Hermano Braall, ya puedes pescar el rey de los peces, que yo te prometo aceite de oso para guisarlo.

—Aceite de oso! esclamó Maase. ¿Anda algun oso por las cercanias? Patrick, Reguer, hijos mios, os prohibo salir de la cabaña... Un oso!

—Tranquilízate, hermana mia, que mañana ya no tendrás nada que temer, yo te lo prometo. Sí, un oso he visto en efecto, como á dos millas de Surb; un oso blanco. Me pareció que se llevaba un hombre, ó mas bien un animal; pero no, puede que fuera un cabrero lo que se llevaba, porque los cabreros se visten de pieles de animales. Pero es el caso, que la distancia no me ha permitido verlo bien..... Lo que me ha chocado de veras es que llevaba su presa acuestas y no entre los dientes.

—De veras?

—Sí, y no hay mas sino que el animal debia estar muerto, porque no hacia ningun movimiento para defenderse.

—Pero, preguntó juiciosamente el pescador, si estaba muerto ¿cómo díablos se sostenia sobre la espalda del oso.

—Eso es lo que no se me alcanza, por vida mia. En todo caso, muerto ó vivo, habrá sido el último alimento del oso. Al entrar en el pueblo, he avisado á seis compañeros, hombres de pró; y mañana, hermana Maase, te traeré la piel blanca mas hermosa que corrió jamás sobre las nieves de una montaña.

—Tened cuidado, hermano, dijo la mujer, porque habeis visto cosas muy singulares en efecto. Acaso ese oso sea el mismo diablo.

—Estás loca? interrumpió riendo el montañés convertirse el diablo en oso! vaya, vaya!... en gato, en mico, santo y bueno; pero en oso! Por san Eldon el Exorcista, que harias reir á un chiquillo ó á una vieja con tus supersticiones.

La pobre mujer bajó la cabeza.

—Hermano, tú fuiste mi señor hasta que mi venerado marido tuvo á bien poner los ojos en mí: obra como te lo inspire tu anjel tutelar.

—Pero dime, preguntó el pescador al montañes, hácia que lado has visto ese oso?

—En la direccion del Smiasen á Walderhog.

—Walderhog! dijo la mujer haciendo sobre su frente la señal de la cruz.

—Walderhog! repitió Ordener.

—Hermano, dijo el pescador, supongo que no te dirijias á la gruta de Walderhog, eh?

—Yo! Dios me libre! El oso es el que se dirijia á ella.

—Y piensas ir á buscarle allá dentro? interrumpió temblando Maase.

—No por cierto; ¿cómo quereis, amigos mios, que ni siquiera un oso se atreva á tomar por guarida una caverna en que?...

Detúvose al llegar aquí, y todos tres se santiguaron devotamente.

—Tienes razon, respondió el pescador, los animales tienen un instinto que los hace conocer esas cosas....

—Amados huéspedes, dijo Ordener: ¿pues qué hay en esa gruta de Walderhog?

Miráronse los tres unos á otros con estúpida admiracion como si no entendieran aquella pregunta.

—¿Está en ella por ventura el sepulcro del rey Walder? añadió el mancebo.

—Sí, respondió la mujer, un sepulcro de piedra que canta.

—Y no es eso todo, dijo el pescador.

—Ya se vé que no, prosiguió Maase; de noche no falta quien ha visto bailar en ella los huesos de los difuntos.

—Y no es eso todo, dijo el montañés.

Callaron todos como si no osaran proseguir.

—En fin, preguntó Ordener, ¿qué mas hay de sobrenatural en esa caverna?

—Mancebo, dijo gravemente el montañés, no parece bien que hableis con tanta lijereza cuando veis temblar á un oso gris como yo.

El jóven respondió sonriendo con dulzura:

—Hubiera deseado saber los prodijios que pasan en esa gruta de Walderhog, porque á ella voy ahora precisamente.

Estas palabras petrificaron de terror á sus tres oyentes.

—A Walderhog! Cielo santo! vais á Walderhog! Y lo dice, repuso el pescador, como quien dijera, voy á Lœvig á vender bacalao; ó al soto de Ralfo á pescar harenques!—A Walderhog! Jesus!

—Desgraciado jóven! esclamó la mujer, ¿os ha abandonado acaso vuestro ángel tutelar? Ningun santo del cielo es vuestro patrono! ah! Asi debe ser, porque ni siquiera sabeis como os llamais.

—¿Y qué motivo, interrumpió el montañés, puede conducir á vuestra cortesía á ese sitio abominable?

—Tengo que preguntar cierta cosa á cierto sugeto, respondió Ordener.

El asombro de los tres huéspedes aumentaba juntamente con su curiosidad.

—Escuchad, señor extranjero; parece que vuestra merced no conoce bien el pais, y sin duda vie-

ne equivocado, porque es imposible que quiera ir á Walderhog.

—Ademas, añadió el montañés, que si quisiera hablar allí á algun ser humano, no encontraria á nadie.

—Mas que al demonio, repuso la mujer.

—El demonio! qué demonio?

—Sí, prosiguió Maase, el mismo por quien canta el sepulcro y bailan los difuntos.

—Con que no sabeis, señor caballero, dijo el pescador bajando la voz, y acercándose á Ordener, con que no sabeis que la gruta de Walderhog en la guarida ordinaria de....

—No pronuncieis ese nombre, mi esposo y señor, dijo la mujer poniéndole una mano en la boca: ese nombre es un presagio de calamidades.

—La guarida ordinaria de quién? preguntó Ordener.

—De un Belcebú encarnado, dijo Kennybol.

—A fé mia, señores huéspedes, que no sé lo que quereis decir. Ya yo sabia que esa gruta de Walderhog era la habitacion de Han de Islandia....

Alzóse en la cabaña un triple grito de terror!

—Pues qué! Y lo sabiais! Ese es el demonio!!

Echóse la mujer sobre los ojos su pañolon de sayal tomando por testigos á todos los santos del cielo de que no era ella la que habia pronunciado aquel nombre.

Luego que el pescador volvió algun tanto en sí de su estupefaccion, fijó la vista en Ordener como

si hubiera en aquel jóven algo que no estaba al alcance de su inteligencia.

—Yo creia, señor caballero, que aun cuando hubiera debido vivir una vida mas larga que la de mi padre, Dios le tenga en su gloria, que falleció á los ciento veinte años, nunca tendria que indicar el camino de Walderhog á una criatura humana, dotada de razon y creyente en Dios.

—Sin duda, exclamó Maase, pero su cortesía no irá á esa maldita gruta; porque para poner los pies en ella, preciso es querer hacer un pacto con el diablo.

—Pues á ella iré yo, amigos mios, y el mayor servicio que podeis hacerme, será indicarme el camino mas breve para llegar á Walderhog.

—El mas breve para llegar adonde quereis ir, es precipitaros desde lo alto del peñasco mas cercano en las aguas del torrente mas inmediato.

—Con que os parece que se logra lo mismo, preguntó Ordener con serenidad, prefiriendo una muerte estéril á un peligro útil.

Meneó Braall la cabeza, mientras su hermano fijaba en nuestro jóven aventurero una mirada penetrante.

—Os comprendo, dijo de repente el pescador; quereis ganar los mil escudos reales que promete el síndico de la provincia por la cabeza de ese demonio de Islandia.

Ordener sonreia escuchándole.

—Señor caballero, prosiguió el pescador, ver-

daderamente conmovido, creedme: renunciad á ese proyecto. Yo soy pobre y viejo, y no daria lo que me queda de vida por esos mil escudos reales, aun cuando no me quedara mas que un dia.

Los ojos suplicantes y compasivos de la mujer espiaban el efecto que producirian sobre el jóven las palabras de su marido. Ordener se apresuró á responder.

—Un interés mas grande es el que me mueve á buscar á ese bandido á quien llamais demonio; lo hago en beneficio de otros, no por mí....

El montañés que no habia apartado sus ojos de Ordener un punto, le interrumpió:

— Os comprendo, señor extranjero; sé por qué buscais al demonio islandés.

—Quiero obligarle á pelear, dijo el mancebo.

—Eso es, repuso Kennybol; estais encargado de grandes intereses, no es verdad?

— Acabo de decirlo.

Acercóse el montañés al jóven haciéndole un guiño de intelijencia, y no sin grande admiracion oyó Ordener que le decia al oido con voz baja:

—Le buscais para servir al conde de Schumacker, ¿no es verdad?

—Buen hombre, respondió Ordener, ¿cómo sabeis?...

Y en efecto, dificil le era comprender como sabia un montañés noruego un secreto que á nadie habia confiado, ni aun al mismo general Levin.

De nuevo se acercó Kennybol á su oido. — Os

deseo mil prosperidades, repuso en el mismo tono misterioso; obrais como noble caballero sirviendo de ese modo á los oprimidos.

Tal era la sorpresa de Ordener que apenas hallaba palabras para preguntar al montañés cómo habia descubierto el objeto de su viaje.

—Silencio, dijo Kennibol poniéndose un dedo sobre la boca; espero que obtendrá vuestra merced del habitante de Walderhog lo que desea; mi brazo está pronto como el vuestro á servir hasta la muerte al prisionero de Munckholm.

Y luego, alzando la voz, antes de que Ordener hubiese podido replicar: —Hermano Braall, hermana Maase, prosiguió, recibid á este respetable jóven como á un buen amigo, como á un hermano. Ea, ya creo que está pronta la cena.

— Cómo! interrumpió Maase ¿has decidido al señor á que renuncie á su proyecto de visitar al demonio.

—Hermana, reza esta noche por él—estas? lo merece, porque es un noble y digno mancebo. Vamos, vamos, señor viajero, tome vuestra merced algun sustento, y trate de echar un sueñecillo con nosotros. Mañana al rayar el dia os enseñaré vuestro camino, é iremos, vuestra cortesía en busca de su diablo, y yo en busca de mi oso.

29.

Compañero, ¡he! compañero, cual de nuestros compañeros te engendró? de qué hijo de los hombres desciendes tú, para osar de ese modo habértelas con Fakuir?

EDA.

El primer rayo del sol en el oriente coloraba apenas la mas alta cima de los peñascos que se elevan en la orilla del mar, cuando un pescador, que habia ido antes del alba á echar sus redes como hasta á algunos tiros de arcabuz de la playa, enfrente de la entrada de la gruta de Walderhog, vió una especie de fantasma embozada en una capa ó en un sudario, bajar á lo largo de las rocas y desaparecer bajo la formidable bóveda de la caverna. Yerto de espanto, recomendó su barca y su alma á san Usufo y voló á contar á su familia aterrada, que habia visto á uno de los espectros que habitan el palacio de Han de Islandia, volver á su gruta al salir el sol.

Este espectro, asunto de conversacion y terror futuro para las largas veladas del invierno, no era ni mas ni menos que Ordener, el noble hijo del vi-

rey de Noruega, que, mientras los dos reinos le creian ocupado en dulces galanteos, cerca de su altiva querida, venia, solo y desconocido, á exponer su vida por aquella á quien habia dado su corazon y su porvenir, por la hija de un proscripto.

Tristes presagios, siniestros vaticinios le habian acompañado á aquel término de su viaje. Acababa de separarse de la familia del pescador, y al despedirse de él, la buena Maase habíase puesto á rezar por su alma en el dintel de su puerta: el montañés Kennibol y sus seis compañeros, que le habian indicado el camino, se habian separado de él á media milla de Walderog, y aquellos intrépidos cazadores que iban riendo á arrostrar los peligros de su encuentro con un oso, habian fijado por largo rato sus miradas de terror en la senda que seguia nuestro jóven aventurero.

Entró Ordener en la gruta de Walderog, como entra el marinero en un puerto por largo tiempo deseado: sentia su alma una alegria celestial pensando que iba á desempeñar el objeto de su vida, y que acaso dentro de algunos instantes habria derramado toda su sangre por su Ethel. A punto de atacar á un vandolero temido en toda la provincia, á un mónstruo, á un demonio tal vez, lo que veia su imaginacion no era aquella espantosa figura, sino la imagen de la dulce vírgen cautiva, rezando por él sin duda, al pie del altar de su prision. Si se hubiera sacrificado por cualquiera otro que no fuera ella, acaso hubiera podido pensar un momento

para despreciarlos, en los peligros que venia á buscar desde tan lejos; pero ¿qué reflexion puede albergarse en un pecho juvenil cuando palpita agitado por la doble exaltacion de un noble amor, de un entusiasmo sublime?

Siguió su marcha con la cabeza erguida bajo la bóveda sonora, cuyos mil ecos multiplicaban el compasado rumor de sus pasos, sin echar siquiera una ojeada sobre las ectalactitas (1), sobre los bazaltos seculares que pendian encima de su cabeza entre enormes conos de musgo, de yedra y de raices; conjunto singular de confusas formas, que mas de una vez habia convertido la credulidad supersticiosa de los rufianes noruegos, en apiñadas turbas de demonios ó en procesiones de fantasmas.

Con la misma indiferencia pasó por delante de aquel sepulcro del rey Walder, á que estaban enlazadas tantas lúgubres tradiciones, y no oyó otra vez junto á él mas que los largos silvidos de la brisa bajo aquellas fúnebres galerías.

Continuó su marcha bajo tortuosas bóvedas, debilmente alumbradas por rendijas medio obstruidas con yerbas y matorrales. Tropezaban frecuentemente sus pies en no sé qué ruinas que rodaban sobre las rocas, expidiendo un sonido hueco, y presentaban en la sombra á sus ojos cierta semejanza con partidos cráneos ó con largas hileras de

(1) Piedras producidas en lo alto de las cuevas, por la evaporacion de las aguas que destilan, formando columnas, estátuas y otras figuras caprichosas. *N. del T.*

dientes blancos y despojados de carne hasta sus raices.

Pero ningun terror era bastante poderoso á abrirse paso hasta su alma. Solo se admiraba de no haber encontrado aun al formidable habitante de aquella horrible gruta. Llegó á una especie de sala redonda, abierta por la naturaleza en el cuerpo del peñasco: en ella desembocaba el camino subterráneo que habia seguido Ordener, y las paredes de la sala no presentaban mas abertura que unas largas grietas, por entre las cuales se veian las montañas y los bosques esteriores.

Atónito de haber recorrido infructuosamente la fatal caverna, empezaba en fin á desesperar de hallarse con el bandido, cuando llamó su atencion un monumento de forma singular, situado en mitad de la sala subterránea. Tres piedras largas y macizas empinadas sobre el suelo sostenian una cuarta piedra ancha y cuadrada, como tres pilares sostienen un techo. Bajo esta especie de trípode gigantesco se alzaba algo parecido á un altar formado igualmente de un solo fragmento de granito y agujereado circularmente en medio de su superficie superior. Reconoció Ordener en este monumento una de aquellas colosales construcciones druídicas, que muchas veces habia observado en sus viajes por la Noruega, y cuyos mas admirables modelos son acaso en Francia las reliquias de Lokmariaker y de Carnac. Edificios singulares que han envejecido, clavados en la tierra como tiendas de un dia, y en que la solidez solo es hija de la gravedad.

El jóven, entregado á sus habituales y melancólicas distracciones, apoyóse maquinalmente sobre este altar cuya boca de piedra estaba ennegrecida. ¡Tan profundamente habia bebido la sangre de las víctimas humanas!

Estaba allí meditabundo, cuando se estremeció de repente, al oir una voz que parecia salir del fondo de la piedra, y que decia:

—Jóven, á este sitio has venido con pies que tocan su sepultura.

Levántó la cabeza sobresaltado, y echó mano al puño de su sable, mientras que un eco, débil como la voz de un moribundo (1) repetia distintamente en los recodos de la gruta:

—Jóven, á este sitio has venido con pies que tocan su sepultura.

En aquel mismo instante levantóse una cabeza espantosa del otro lado del altar druídico, con cabellos rojos y con una risa atroz.

—Jóven, repitió, sí; á este sitio has venido con pies que tocan su sepultura.

—Y con una mano que toca esta espada, respondió impertérrito el mancebo.

Salió el mónstruo enteramente de debajo del altar, y descubrió sus miembros rechonchos y nervudos, sus vestidos terribles y ensangretados, sus manos callosas, y su enorme hacha de piedra.

---

(1) En el original dice *de un muerto*; pero nos ha parecido que no seria muy del gusto de nuestros lectores esta metáfora temeraria, ó tal vez este error de imprenta, que todo puede ser.
N. del T.

—Yo soy, dijo lanzando un rujido como una fiera.

—Yo soy, respondió, Ordener.

—Te esperaba.

—Mas hacia yo, repuso el intrépido jóven, que te buscaba.

El bandido cruzó los brazos.

—¿Sabes quién soy yo?

—Sí.

—Y ¿no tienes miedo?

—Ya no le tengo.

—Con que has sentido algun temor al venir aquí? y el mónstruo meneaba la cabeza con aire triunfante.

—El de no encontrarte.

—Me vienes echando baladronadas, y tus pies acaban de tropezar en cadáveres humanos!

—Mañana, tal vez, tropezarás en el tuyo.

Tembló de cólera el mónstruo, rechinándole los dientes. Ordener, inmobil, conservaba su actitud altiva y serena.

—Mira lo que haces! — murmuró el bandido, voy á caer sobre tí como el granizo de Noruega sobre un quitasol.

—No necesito mas escudo que ese para tí.

Cualquiera hubiera dicho que habia algo en la mirada de Ordener, que subyugaba al mónstruo.

Púsose este á arrancar con sus uñas los pelos de su capa, como un tigre que devora la yerba antes de lanzarse sobre su presa.

—Me enseñas qué cosa es compasion! dijo.

—Y tú á mí qué cosa es desprecio.

—Niño, tu voz es dulce, tu rostro blanco como la voz y el rostro de una doncella—que muerte quieres que te dé?

—La tuya.

El mónstruo se echó á reir.

—Con que no sabes que yo soy un demonio, que mi espíritu es el espíritu de Ingolfo el Esterminador?

—Sé que eres un bandido que mata por oro.

—Mientes; interrumpió el mónstruo, mato por sangre.

—No has sido pagado por la familia de Ahlefeld para asesinar al capitan Dispolsen?

—Qué estás diciendo? qué nombres son esos?

—No conoces al capitan Dispolsen á quien asesinaste en las playas de Urchtal?

—Puede ser, pero ya le olvidé, como dentro de tres dias te habré olvidado á tí.

—No conoces al conde de Ahlefed, que te pagó para que robases al capitan un cofrecillo de hierro?

—Ahlefed! Aguarda... sí, le conozco. Ayer bebí la sangre de su hijo en el cráneo del mio.

Estremecióse Ordener horrorizado.

—Con que no estabas contento de tu paga?

—Qué paga? preguntó el bandido.

—Escucha; tu vida me cansa.—Es preciso acabar de una vez. No robaste hace ocho dias una caja de hierro á una de tus víctimas, á un oficia de Munckholm?

Estas palabras hicieron estremecerse al bandido.

--Un oficial de Munckholm! dijo entre dientes; y luego repuso con un movimiento de sorpresa:--Eres tú por ventura un oficial de Munckholm?--

--Nó, dijo Ordener.

--Tanto peor! y de nuevo se anublaron las facciones del bandido.

--Escucha, repuso el tenaz Ordener, dónde está ese cofre que robaste al capitan?

El enano hizo como que reflexionaba un breve instante.

--Por el alma de san Ingolfo, que ese miserable cofrecillo tiene muchos golosos.--Yo te prometo que no buscarán con tanto empeño el que contenga tus huesos, si por acaso hay alguno que los encierre en un atahud.

Estas palabras, indicando á Ordener que el bandido conocia el cofrecillo de que le hablaba, le volvieron la esperanza de encontrarle.

--Dime, qué has hecho de ese cofrecillo? Está en poder del conde de Ahlefeld?

--Nó.

--Mientes porque te ries.

--Cree lo que te dé la gana... qué se me importa!

Hablaba, en efecto, el mónstruo con un acento burlon que inspiraba á Ordener suma desconfianza; y pronto conoció el jóven que no le quedaba otro medio para lograr su deseo que el de irritarle, ó intimidarle, si posible fuera.

—Oyeme, dijo alzando la voz, es menester que me des ese cofrecillo.

Respondió el otro con un ahullido feroz.

—Es menester que me le des! repitió el jóven con voz de trueno.

—Estás acostumbrado á dar órdenes á los búfalos y á los osos? replicó el mónstruo con su sonrisa burlona.

—Al mismo demonio en el infierno se las daria!

—Pues pronto podrás hacerlo.

Desenvainó Ordener su sable, que relució en la sombra como un relámpago. —Obedece!

—Vamos, repuso el otro blandiendo su hacha; de mí dependia romper tus huesos, y chupar tu sangre cuando llegaste aquí; pero me he contenido porque tengo curiosidad de ver al gorrion precipitarse sobre el buitre.

—Miserable, gritó Ordener, defiéndete!

—Esta es la primera vez que me lo dicen, murmuró el bandido rechinando los dientes.

Esto diciendo, saltó sobre el altar de granito y se agachó recojiendo sus fuerzas como el leopardo que espera al cazador en lo alto de una roca, para precipitarse sobre él de improviso.

Desde allí sus miradas fijas se clavaban en el jóven, como si buscáran el lado mas ventajoso para lanzarse sobre él; y aquel hubiera sido el último instante del noble Ordener, si hubiera esperado un punto. Pero veloz como el pensamiento, no dió tiempo al bandido para reflexionar, y se arrojó im-

petuosamente sobre él, dirijiéndole hácia el rostro la punta de su sable.

Empezó entonces el mas terrible combate que puede figurarse la imaginacion. El enano en pié sobre el altar, como una estatua encima de su pedestal, parecia uno de aquellos horribles ídolos, que en los siglos bárbaros habian recibido en aquel mismo sitio tantas sacrificios impíos, tantas sacrílegas ofrendas.

Tan rápidos eran sus movimientos que por cualquier parte que le atacara Ordener siempre encontraba la cara del mónstruo y el corte de su hacha. Hubiera sido hecho pedazos desde los primeros golpes á no haber tenido la feliz inspiracion de arrollarse la capa alrededor del brazo izquierdo, de modo que casi todos los golpes de su furioso enemigo se perdian contra aquel flotante escudo. Hicieron asi inútilmente, durante muchos minutos, esfuerzos inauditos para herirse el uno al otro: los ojos grises é inflamados del mónstruo parecian salirse de sus órbitas. Atónito de verse tan audaz y vigorosamente atacado por un combatiente tan débil, al parecer sucedió una rabia sombría á sus ásperos berridos de desprecio. La atroz inmovilidad de las facciones del enano, la calma intrépida de las de Ordener contrastaban de un modo singular con la rapidez de sus movimientos y la vivacidad de sus ataques.

No se oia otro ruido que el retintin de armas, que se chocaban, el paso tumultuoso del jóven, y la respiracion ronca y apresurada de los dos combatientes, cuando de repente lanzó el mónstruo un

rujido terrible: el filo de su hacha acababa de enredarse etre los pliegues de la capa de su enemigo.— Echó el resto de su vigor, sacudió su brazo furiosamente, y no hizo mas que enredar el mango con el corte entre el paño, que á cada nuevo esfuerzo se revolvia mas y mas en derredor.

Vió el formidable bandido apoyarse sobre su pecho la punta del sable de su enemigo.

—Escúchame de nuevo, dijo Ordener triunfante; ¿quieres entregarme ese cofre de hierro que has robado tan cobardemente?

Calló por un momento el enano, y luego dijo con una espresion infernal.

—¡No! —¡no! ¡maldito seas!

—¡Piénsalo bien! repuso Ordener, sin dejar su actitud victoriosa y amenazante.

—¡No! ¡Ya te he dicho que no! repitió el bandido.

El noble mancebo bajó la punta de su sable.

—Pues bien, dijo, saca tu hacha de entre los pliegues de mi capa para que podamos continuar.

Una carcajada desdeñosa fue la respuesta del mónstruo.

—¡Niño! ¡la echas de generoso como si yo lo necesitara!

Antes de que Ordener sorprendido hubiese podido volver la cabeza, puso el enano un pié sobre la espada de su honrado vencedor, y se lanzó de un salto á doce pies de distancia del pedestal.

De otro salto, subióse sobre Ordener: á él se

colgó todo entero como se agarra la pantera con los dientes y con las garras al costado del gigante leon. Sus uñas se hundian en los hombros del mancebo, sus nudosas rodillas le apretaban la cintura, mientras su horrible rostro presentaba á los ojos de Ordener una boca sangrienta y unos dientes de fiera prontos á desgarrarle. Ya no hablaba, ninguna palabra humana salia de su palpitante gaznate; un sordo rugido interpolado con gritos roncos y ardientes, era lo único con que espresaba su rabia. Era aquel ser mas horrible aun que una fiera, mas monstruoso que un demonio; era un hombre que ya nada tenia de humano.

Vaciló Ordener bajo la arremetida del enano, y hubiera sucumbido á aquel choque inesperado, si uno de los largos pilares del monumento druídico no hubiera estado allí á mano para sostenerle. Quedó pues medio caido sobre la espalda y jadeando bajo el peso de su infame enemigo. Considérese ahora el lector que todo lo que acabamos de describir pasó en tan poco tiempo como se necesita para figurárselo, y se formará alguna idea del aspecto horrible que presentaba la lucha en aquel momento.

Ya lo hemos dicho, el noble mancebo habia vacilado pero sin temblar. Al verse en tan inminente peligro, consagró al punto á su Ethel un pensamiento de despedida eterna.... Aquel pensamiento de amor fue como una oracion que le volvió sus fuerzas. Rodeó al mónstruo con ambas manos y lue-

go cogiendo por la mitad la hoja de su sable, le apoyó perpendicularmente de punta sobre la espina dorsal de su enemigo. Herido el mónstruo, lanzó un espantoso alharido, y de un brinco que hizo titubear á Ordener, se desprendió de entre los brazos de su intrépido adversario y fue á caer algunos pasos detras, llevándose entre los dientes un pedazo de la capa verde que habia aserrado con ellos en su furor.

Levantóse al punto, listo y ágil como un gato, y por tercera vez comenzó el combate de un modo mas terrible todavía. Habia echado la casualidad junto al sitio en que se hallaba el mónstruo un monton de pedazos desprendidos de las rocas, entre los cuales crecian desde luengos siglos en no turbada vegetacion, el musgo y los zarzales. Dos hombres de una fuerza regular apenas hubieran podido remover la menor de aquellas masas: el bandido cogió una con ambas manos y la alzó sobre su cabeza balanceándola hacia Ordener. Terrible fue su mirada en aquel momento. La piedra lanzada con violencia atravesó el espacio con pesado vuelo, dejando apenas tiempo al jóven para separarse y esquivar el golpe. La mole de granito se estrelló haciéndose mil pedazos contra el pié de la pared subterránea, produciendo un ruido espantoso que por largo tiempo retumbó sordamente en los profundos ecos de la gruta.

Aturdido Ordener, apenas habia tenido tiempo para recuperar su serenidad, cuando ya una segunda masa de piedra se mecia entre las manos del ban-

dido. Furioso de verse asi lapidar cobardemente, lanzóse sobre el enano blandiendo su sable, á fin de cambiar el aspecto de la pelea; pero el formidable peñon, impelido como un rayo, encontró al paso girando en la atmósfera espesa y sombría de la caverna, el fragil y desnudo acero que cayó hecho astillas como un pedazo de vidrio: la risa horrible del mónstruo hizo retumbar la bóveda.

Ordener estaba desarmado.

— Tienes algo, esclamó el mónstruo, que decir á Dios ó al diablo antes de morir?

Y sus ojos brotaban llamas, y todos sus músculos se habian contractado de rabia y de alegria, y se habia precipitado el mónstruo con un alharido de impaciencia sobre su hacha que estaba en el suelo enredada entre los pliegues de la capa.... — ¡Pobre Ethel!

De repente, resonó á lo lejos un rujido que venia de fuera de la gruta. Detiénese el mónstruo; aumenta el ruido, y se escuchan, clamores de hombres mezclados á los ahullidos lastimeros de un oso. El bandido presta suma atencion á aquellos sonidos; los gritos dolorosos continuan. Un momento despues coge impetuosamente el hacha y se precipita, no sobre Ordener, sino hácia una de las grietas de que antes hablamos y que daban entrada á la luz en aquella gruta. Ordener, en el colmo de la sorpresa al verse olvidado tan impensadamente, dirígese como él hácia una de aquellas puertas naturales, y ve en un soto bastante inmediato, un enorme oso

blanco acosado y reducido á los últimos apuros por siete cazadores, entre los cuales cree distinguir á aquel Kennybol, cuyas palabras tanto le admiraron el dia antes.

Volvió pues la cabeza, pero ya no estaba el bandido en la gruta; entonces oyó una voz espantosa que gritaba: —¡Friend! ¡Friend! ¡Allá voy yo! ¡aquí me tienes!

30.

El bueno de Pedro, todo
á los dados lo perdió.
REGNIER.

El regimiento de los arcabuceros de Munckholm va de marcha por entre los desfiladeros que se hallan entre Skongen y Drontheim. Ya costea un torrente y se ve la fila de las bayonetas quebrarse en los barrancos como una larga serpiente cuyas escamas brillan al sol; ya gira en espiral alrededor de una montaña que se parece entonces á una de aquellas columnas triunfales en torno de las cuales suben batallones de bronce.

Los soldados caminan el arma debajo del brazo, y las capas desplegadas con muestras de enojo y y de fastidio, porque aquellos nobles militares no quieren mas que el combate ó el descanso. Las chanzas pesadas, los manoseados sarcasmos que ayer hacian sus delicias, no los divierten hoy; el aire es frio y el cielo está cubierto de nubes. Es preciso á lo menos para que se oiga alguna carcajada pasajera que se caiga de su rocin una torpe cantinera, ó que una olla de ojalata ruede de peña en peña hasta el fondo del precipicio.

Solo con el objeto de distraerse un momento del fastidio de aquella marcha, llegóse el teniente Randmer, jóven baron dinamarqués, al anciano capitan Lory, soldado aventurero. Caminaba el capitan triste y silencioso, con pesados pasos pero firmes; el teniente, listo y jovial, hacia silbar cimbrándola una varita que habia arrancado de las malezas que rodeaban el camino.

—¿Qué es eso, capitan? ¿qué diablos teneis que estais tan triste?

—Probablemente será porque tengo motivo para ello, respondió el viejo sin levantar la cabeza.

—Ea, ea, fuera pesares, ¿estoy yo triste acaso? pues sabe Dios que no me faltan motivos para estarlo, y mas que V.

—Lo dudo, baron Randmer; yo he perdido mi único bien; — yo he perdido todas mis riquezas.

— Capitan Lory, nuestro infortunio es precisamente el mismo. Aun no hace quince dias que el teniente Alberikc, me ganó en quítame allá esas pajas — á los dados — mi soberbio palacio de Randmer y todas sus dependencias. — Estoy completamente arruinado; — pobre como las ratas; — y qué ¿por eso me he de poner mohino?

El capitan respondió con voz tristísima:

—Teniente, usted no ha perdido mas que su soberbio palacio; yo — yo he perdido mi perro?

Al oir esta respuesta, la frívola fisonomía del jóven quedó indecisa entre el dolor y la risa.

—Capitan, dijo, preciso es consolarse de todo en este mundo; yo que he perdido mi palacio y todo.....

—¿Y qué es eso, interrumpió el otro; además tarde ó temprano ganareis otro palacio.

—Y usted hallará otro perro.

El anciano meneó la cabeza.

—Sí, hallaré otro perro: pero nunca mas hallaré á mi pobre Drake.

Detúvose al llegar aquí, anchas lágrimas rodaban en sus ojos y caian una á una sobre su rostro duro y severo.

—Nunca, prosiguió, habia amado nada mas que á él; yo no he conocido ni padre, ni madre: Dios los tenga en su gloria, como á mi pobre Drahe! — Teniente Randmer, ese perro me habia salvado la vida en la guerra de Pomerania, y yo le llamaba Drake por hacer honor al famoso almirante. — ¡Póbre perro! siempre fue igual conmigo, en todos tiempos, en todas circunstancias; rico, pobre siempre tenia á Drake á mi lado. Despues del combate de Oholfen, el gran general Schack le pasó la mano por el lomo, diciéndome: — Famoso perro teneis, sargento Lory — porque en aquel entonces, aun no era mas que sargento.

—¡Ah! interrumpió el baron blandiendo su varita, debe parecer muy singular eso de ser sargento.

El antiguo soldado aventurero no le escuchaba

siquiera; parecia que hablaba consigo mismo, y apenas se oian salir de sus labios algunas palabras mal articuladas.

—Pobre Drake! haber vuelto tantas veces bueno y sano de las brechas y de las trincheras, para ahogarse como un gato en ese maldito golfo de Drontheim! perro querido! amigo mio! Hijo de mi corazon! tú eras digno de morir como yo en el campo de batalla!

—Señor capitan, interrumpió el teniente,—¿cómo podeis estar tan compunjido cuando acaso vamos á pelear mañana?

—Sí, respondió desdeñosamente el viejo soldado, y contra unos enemigos que ya, ya!!

—Cómo qué! esos malditos mineros! esos diablos de montañeses!

—Miserables picadreros! salteadores de caminos! hombres que ni aun siquiera sabrán formar en batalla la cabeza de puerco ó la punta de Gustavo Adolfo! Vaya una canalla de mi flor para habérselas con un hombre como yo, que he hecho todas las guerras de Pomerania y de Holstheim! las campañas de Scania y de Dalecarlia! que he peleado bajo las órdenes del glorioso general Schack, del valiente conde Guldenlew!...

—Pero no sabeis, amigo, que se cree que capitanea esas bandas un caudillo terrible, un gigante fiero y robusto como Goliath, un bandolero que no bebe mas que sangre humana, un demonio que lleva en su seno á todo un Satanás!...

—Pues quién? preguntó el otro.

—Quién? el famoso Han de Islandia!

—Brrr! apuesto á que ese formidable general no sabe siquiera armar un mosquete en cuatro tiempos ni cargar una carabina á la imperial!...

Randmer soltó una buena risotada.

—Sí, sí, ríase vuestra merced, prosiguió el capitan. No dejará de ser divertido el cruzar estos sables de buen acero con unos viles azadones, y estas nobles picas con horquillas para aventar estiercol.—Valientes enemigos! Mi difunto Drake hubiera tenido á menos el morderles las pantorrillas!

Continuaba el capitan soltando enérjicamente la rienda á su indignacion, cuando le interrumpió la llegada de un oficial que se acercaba á ellos todo desfogonado.—Capitan Lory! amigo Randmer!...

—Qué hay? dijeron ambos á la par.....

—Amigos mios.... estoy horrorizado..... Ahlefeld! el teniente Ahlefeld! el hijo del gran canciller! ya sabe usted quién quiero decir, baron Randmer, aquel Federico..... tan elegante, tan fátuo!

—Sí, respondió el jóven baron, muy elegante! Sin embargo, en el último baile de Carlotemburgo, mi disfraz era de mejor gusto que el suyo.... —Pero qué le ha sucedido?

—Ya sé de quién hablais, decia Lory al mismo tiempo; de Federico de Ahlefeld, el teniente de la tercera compañía que lleva las vueltas azules. Por mas señas que no es muy exacto en el cumplimiento de su servicio.

—Ya nadie lo echará de vèr, capitan Lory.

—Cómo? dijo Randmer.

—Sé que está de guarnicion en Walstrohm, prosiguió con indiferencia el capitan.

—Precisamente, repuso el otro: el coronel acaba de recibir un mensajero.... ¡Pobre Federico!

—Pero en fin ¿qué sucede, capitan Bollar? estamos sobre áscuas.

El anciano Lory prosiguió:

—Brrr! nuestro botarate habrá faltado á la lista como acostumbra, el capitan habrá arrestado al hijo del gran canciller, y cátate ahi la desgracia que os tiene todo mohino.

Bollar le dió un golpecito sobre el hombro.

—Capitan Lory, el teniente Ahlefeld acaba de ser devorado vivo.

Miráronse los dos capitanes con atencion, y Randmer, despues de un breve instante de consternacion, echóse de pronto á reir á carcajada tendida.

—Vaya, vaya, capitan Bollar, que siempre sois amigo de dar burlas pesadas. Pero lo que es esa, no cuela por acá, amigo mio; tenedlo por entendido.

Y el teniente, cruzando los brazos, dió rienda suelta á toda su jovialidad, asegurando que lo que mas le divertia era la credulidad con que admitia Lory las chuscas invenciones de Bollar. El cuento, decia, era chistoso de veras, y no dejaba de tener gracia la idea de hacer devorar crudo y entero á aquel Federico que tenia un cuidado tan minucioso y tan ridículo de su pelleja.

—Randmer, dijo con seriedad el capitan Bollar, sois un calavera. Os digo que Ahlefeld ha muerto: lo sé por el coronel.... ha muerto!

—Oh! impávido bromista! pues no lo hace mal, repuso el baron riendo como un loco: vaya que me divierte de ganas!

Alzó los hombros el capitan Bollar, y se volvió al anciano Lory que le pidió con su natural sangre fria algunos pormenores sobre aquel suceso.

—Sí, amigo, sí, prosiguió el risueño Randmer, contadnos con sus pelos y señales cómo y por quién ha sido devorado ese pobre diablo. ¿Ha servido de almuerzo á un lobo, de merienda á un búfalo ó de cena á un oso?

—El coronel, dijo Bollar, acaba de recibir en el camino un despacho en el que se dice, primero: que la guarnicion de Wallstrom se repliega hácia nosotros, delante de una partida considerable de insurjentes.....

Lory frunció las cejas.

—En segundo lugar, prosiguió Bollar, que el teniente Federico de Ahlefeld, habiendo ido hace algunos dias á las montañas, por la parte de la Ruina de Arbar, se encontró con un mónstruo que se lo llevó á su caverna y lo devoró.

Al llegar á este punto redobló sus joviales esclamaciones el teniente Randmer.

—Oh! oh! y cómo cree en cuentos de chiquillos el bueno de Lory! Eso es, conservad vuestra impertérrita seriedad, amigo Bollar; cuidado que me

encanta con su tono grave y melancólico!... y todo finjido! — Pero no sabremos cuál es el mónstruo, el tígre, el vampiro que se ha manducado al teniente como á un cabritillo de cinco dias?

—No se lo diré á usted, murmuró Bollar con impaciencia; pero se lo diré á Lory que no es tan ridículamente incrédulo. — Amigo Lory, el mónstruo que ha bebido la sangre de Federico, es Han de Islandia.

—El coronel de los insurjentes! esclamó el viejo soldado.

—Y os parece, señor Lory, repuso el festivo Randmer, que necesita saber el ejercicio á la imperial, quién sabe hacer maniobrar sus mandíbulas con tanta perfeccion?

—Baron Randmer, dijo Bollar, el mismo caracter teneis que Federico de Ahlefeld; no quiera Dios que tengais la misma suerte que ese pobre muchacho!

—Yo juro, esclamó el jóven, que lo que mas gracia me hace, es la imperturbable seriedad del capitan Bollar.

—Y yo, replicó éste, pero que lo que mas me horroriza, es la inagotable alegría del teniente Randmer.

Acercóse en esto á nuestros tres interlocutores un grupo de oficiales que venian hablando al parecer con mucho calor.

—A fe mia, dijo Randmer, que quiero contarles para que se rian un poquillo, la paparrucha de Bollar. — Compañeros, añadió acercándose á ellos:

con que no saben ustedes lo que pasa? el pobre Federico de Ahlefeld acaba de ser masticado vivito por ese bárbaro de Han de Islandia.

Al acabar estas palabras, no pudo reprimir una carcajada, que para colmo de su admiracion, casi fué recibida por los recien venidos con gritos de indignacion.

—Cómo es eso? y os reis! —Nunca creyera que el baron Randmer fuera capaz de repetir de ese modo semejante noticia. —Reirse de una desgracia tan horrible!!...

—Pues qué! dijo Randmer turbado, -será cierto?

—Usted es quien nos lo dice y lo duda! esclamaron todos simultáneamente. ¿Con que no se cree usted á sí mismo?

—Yo creia que era una chanza de Bollar.....

Un viejo de la compañía tomó la palabra.

—Pesada hubiera sido la chanza á fé mia! pero desgraciadamente no lo es. El baron Vœthahün, nuestro coronel, acaba de recibir esa fatal noticia.

—Una aventura horrible! es cosa espantosa! repitieron una multitud de voces.

—Parece evidente, dijo uno, que vamos á pelear con osos y lobos de semblante humano!....

—Recibiremos escopetazos, decia otro, sin saber de dónde salen; y caeremos muertos uno á uno como palomos viejos en un palomar.

—Esa muerte de Ahlefeld, repuso Bollar con voz solemne, es cosa que horroriza. Nuestro rejimiento tiene desgracia: la muerte de Dispolsen, la

de aquellos pobres soldados que encontramos mutilados en Cascadthimore, la de Ahlefeld,—he aqui tres sucesos trájicos en poquísimo tiempo.

El jóven baron Randmer, que habia estado mudo de sorpresa durante este diálogo, salió en fin de su hondo abatimiento.

—Parece increible, dijo; aquel Federico que bailaba tan bien!!

Y despues de esta profunda reflexion, cayó de nuevo en su triste silencio, mientras que el capitan Lory aseguraba que le habia llegado muy al alma la muerte del jóven Federico, y hacia observar al segundo arcabucero, Toric Belfast, que el cobre de su bandolera no estaba tan reluciente como debia.

31.

ORTENSIO

Que! de arriba desciende
un hombre por una escala.

VELANDO.

No tuvo la noche mala
ni en vano el conde pretende.

. . . .

ORTENSIO.

Qué dicen?

OCTAVIO.

Criados del duque son.

LOPE DE VEGA. *La fuerza lastimosa.*

Hay un no sé qué de triste y siniestro en el aspecto de un campo raso y despojado de verdura, luego que ya ha desaparecido el sol. Cuando está uno solo y anda quebrando con los pies yerbas se-

cas y pajas, al monotono chirrido de la cigarra y vé en el cielo grandes nubes informes tenderse lentamente en el horizonte, como otros tantos cadáveres de fantasmas.

Tal era la impresion que se mezclaba á los tristes pensamientos de Ordener, la noche de su inútil encuentro con el bandolero de Islandia. Atónito un momento con su repentina desaparicion, quiso seguirle por los recodos de la galería, pero no tardó en estraviarse por entre los matorrales y anduvo errante todo el dia por tierras cada vez mas incultas y silvestres, sin encontrar vestijios de humanas pisadas. Al caer el dia, hallóse en una espaciosa llanura que no le presentaba por todos lados mas que un horizonte uniforme y circular, donde nada prometia un abrigo al jóven viajero estenuado de cansancio y necesidad.

Á lo menos, si sus sufrimientos corporales no se vieran agravados por las amarguras de su alma Pero ya no habia esperanza! Habia llegado al término de su viaje sin lograr su objeto: ni aun le quedaban ya aquellas locas ilusiones de esperanza que le habian impelido á perseguir al mónstruo. Y ahora que ya nada sostenia su corazon, mil tristes pensamientos que hasta entonces no se habian albergado en él, vinieron en tropel á asaltarle. Qué iba á hacer? Cómo volver á la prision de Schumacker sin llevarle la salvacion de Ethel? De qué horrible naturaleza eran las desgracias que hubiera evitado el hallazgo de aquella caja fatal? Y su enlace

con Ulrica de Ahlefeld! Si pudiera á lo menos libertar á su Ehtel de aquel indigno cautiverio! Si pudiera huir con ella y llevarse toda su felicidad á algun remoto desierto!

Embozóse el jóven en su capa y se tendió en el suelo. Estaba el cielo negro como boca de lobo; un fulgor tempestuoso aparecia á veces entre las nubes como por entre un fúnebre crespon y se apagaba al punto; un viento frio jiraba sobre la llanura. Apenas pensaba el jóven en estos anuncios de una tempestad violenta y cercana: y ademas, aun cuando hubiera podido hallar un asilo ¿dónde huir de la borrasca y descansar de sus fatigas; donde le hubiera hallado para huir de su infortunio y descansar de sus pensamientos?

Llegaron en esto á sus oidos confusos acentos de voces humanas. Incorporóse algun tanto sobresaltado y vió á corta distancia como unas sombras que se movian en la oscuridad. Fijó la vista; una luz brilló en medio del misterioso grupo, y Ordener vió con una admiracion facil de comprender, que cada una de aquellas figuras fantasmagóricas se hundia sucesivamente en la tierra. —Todo desapareció.

Ordener era muy superior á las supersticiones de su tiempo y de su pais. Su intelijencia grave y madura ignoraba aquellas vanas credulidades, aquellos estraños terrores que trabajan la infancia de los pueblos, del mismo modo que la infancia de los hombres. Habia sin embargo, en aquella singular

aparicion algo de sobrenatural que le inspiró una religiosa desconfianza de su razon, porque nadie sabe si las almas vuelven ó no algunas veces á la tierra.

Levantóse, hizo la señal de la cruz, y se dirijió hácia el sitio en que habia desaparecido la vision. Empezaban á caer anchas gotas de lluvia, su capa se hinchaba como una vela, y la pluma de su gorra batida del viento le daba violentamente en el rostro.

Paróse repentinamente. Un relámpago acababa de hacerle ver delante de sus pies una especie de pozo ancho y circular, en el cual hubiera caido infaliblemente á no ser por la luz benéfica de la tempestad. Acercóse á la sima; brillaba en ella una pálida luz en una profundidad espantosa, y derramaba una tinta rojiza en la extremidad inferior de aquel inmenso cilindro abierto en las entrañas de la tierra. Aquel rayo de luz, que parecia un fuego májico encendido por los gnomos, aumentaba en cierto modo la inmensurable estension de las tinieblas que tenia que atravesar la vista para llegar á ella.

El intrépido joven, inclinado sobre el abismo, escuchó: un lejano rumor de voces llegó hasta sus oidos. Indudable le pareció entonces que los seres que tan estrañamente habian aparecido y desaparecido á sus ojos, debian haber entrado en aquella sima, y sintió en su corazon un deseo invencible, porque sin duda estaba escrito en el libro de su destino, de bajar detras de ellos, aun cuando debiera

seguir á una turba de espectros por una de las bocas del infierno; ademas, la tempestad acrecia con furor, y aquella sima le presentaba un abrigo contra ella. ¿Pero cómo habia de bajar? ¿qué camino habian tomado aquellos á quienes queria seguir, ya que no fuesen fantasmas? Un segundo relámpago vino en su ayuda, haciéndole ver junto á sus pies la estremidad superior de una escalera que se prolongaba en las profundidades del pozo. Era aquella una enorme viga vertical, que cruzaban horizontalmente de trecho en trecho, cortas barras de hierro destinadas á recibir los pies y las manos de los que osasen aventurarse en aquel abismo.

Ordener no vaciló un momento: suspendióse intrépido y aun temerario á la formidable escalera, y se metió en la sima, sin saber siquiera si le conduciria hasta el fondo, sin pensar que acaso nunca mas volveria á ver la luz del sol. Y pronto en las tinieblas que cubrian su cabeza solo distinguió el cielo por los azules relámpagos que frecuentemente le iluminaban: pronto la abundante lluvia que batia la superficie de la tierra, solo llegó hasta él en ténue y vaporoso rocío. Pronto el torbellino del viento que se hundia impetuosamente en el pozo llegó á perderse sobre su cabeza en largo silbido. Bajó y siguió bajando, y apenas le parecia que se acercaba un punto á la subterránea luz; mas continuó sin arredrarse evitando solo bajar la vista al fondo del abismo, temeroso de marearse y de caer.

Sin embargo, el aire cada vez mas espeso, el

ruido de las voces cada vez mas fuerte, el reflejo de púrpura que empezaba á teñir la superficie circular del pozo, le hicieron conocer por fin que no estaba lejos del fondo. Bajó todavía algunos escalones mas, y pronto pudo ver claramente al pie de la escalera la entrada de un subterráneo alumbrado por una luz trémula y rojiza, mientras llegaban á su oido algunas palabras que absorvieron toda su atencion.

—Ese Kennybol no llega, decia una voz con tono impaciente.

—¿Qué diablos puede detenerle? repetia la misma voz despues de un momento de silencio.

—Lo ignoramos, señor Hacket, le respondian.

—Ha debido pasar la noche en casa de su hermana Maase Braall, de la aldea de Surb, añadia otra voz.

—Ya lo veis, decia el primero que habia hablado; yo cumplo todas, todas mis promesas... os prometí traeros á Han de Islandia por gefe, y os le traigo.

Un murmullo, cuyo sentido no era facil adivinar, respondió á estas palabras. La curiosidad de Ordener, escitada ya por el nombre de Kennybol, que tanto le sorprendió el dia antes, aumentó mas y mas al oir el nombre de Han de Islandia.

La misma voz prosigió:

—Amigos mios, Jonas, Norbith, si Kennybol se queda rezagado ¿qué importa? ya somos bastantes en número para no temer nada.—Habeis encontrado vuestras banderas en las ruinas de Crag?

—Sí, señor Hacket, repitieron muchas voces.

—Pues bien! ya es tiempo de que tremoleis vuestros estandartes! aquí teneis oro! aquí teneis á vuestro invencible gefe. Valor, volad á libertar al noble Schumacker, al desgraciado conde de Griffenfeld!

—Viva! viva Schumacker! repitieron multitud de voces, y el nombre de Schumacker se prolongó de eco en eco en los recodos de las bóvedas subterráneas.

Ordener, llevado de curiosidad en curiosidad, de asombro en asombro, escuchaba respirando apenas, como si no pudiera creer ni comprender lo que oía. ¡Schumacker relacionado con Kennybol! ¡con Han de Islandia!... ¿Cuál era aquel drama tenebroso de que, espectador ignorado, entreveía una escena? ¿Qué vida defendian? ¿qué vida amenazaban?

—Escuchad, repuso la misma voz, aquí teneis al amigo, al confidente del noble conde de Griffenfeld....

Era aquella la primera vez que oia Ordener esta voz. Luego prosiguió:

—Concededme vuestra confianza, como él me concede la suya. Amigos, todo os favorece; llegareis á Drontheim sin encontrar un solo enemigo.

—Señor Hacket, interrumpió una voz, marchemos! Peters me ha asegurado haber visto en los desfiladeros todo el regimiento de Munckholm, que venia contra nosotros.

—Pues yo digo que os ha engañado, respondió

el otro con tono de autoridad. El gobierno ignora aun vuestra rebelion, y es tal su confianza que el mismo que ha desoido vuestras justas quejas, vuestro opresór, el opresor del ilustre y desgraciado Schumacker, el general Levin de Knud ha salido de Drontheim para asistir en la capital á las fiestas del famoso enlace de su discípulo Ordener Guldenlew con Ulrica de Ahlefeld.

Imagínese el lector cual seria la situacion de Ordener. En aquel pais áspero y desierto, bajo aquella bóveda misteriosa ¡oia á unos séres desconocidos pronunciar todos los nombres que le interesaban en el mundo, y hasta el suyo propio! Nació entonces en su corazon una duda terrible. ¿Seria verdad lo que oía? estaba oyendo en efecto á un agente del conde de Griffenfeld? Cómo! Schumacker, aquel venerable anciano, el noble padre de su noble Ethel, se revelaba contra el Rey su señor, asalariaba á unos rebeldes y encendia una guerra civil! Y solo por aquel hipócrita, por aquel rebelde, él, hijo del virey de Noruega, discípulo del general Levin, habia comprometido su porvenir, habia expuesto su vida! por él habia buscado y habia combatido al bandolero islandés con quien Schumacker parecia estar en inteligencia, pues le ponia al frente de aquellos bandidos! ¿Quién sabe si aun aquel cofrecillo por cuya adquisicion él, Ordener, habia estado á punto de derramar toda su sangre, no contenia algunos de los secretos de aquella odiosa trama? ¿O si acaso el vengativo prisionero de Munc-

kholm se habria burlado de él? Tal vez habia descubierto su nombre; tal vez y... oh! cuán amarga fue esta idea par el magnánimo mancebo! no habia deseado, escitándole á emprender su fatal viaje, mas que la perdicion del hijo de un enemigo!...

Ah! cuando por largo tiempo se ha profesado amor y veneracion á un desgraciado; cuando, en el secreto de sus pensamientos, se ha jurado á su infortunio un afecto inviolable, momento bien amargo es aquel en que se recibe un pago de ingratitud, en que se siente el alma desencantada de la generosidad, y en que es preciso renunciar á aquella dicha tan pura y tan dulce de la amistad. Entonces se envejece con la mas triste de las vejeces, con la de la experiencia, y se pierde la mas bella de las ilusiones de la vida que no tiene de hermoso mas que las ilusiones.

Tales eran los aciagos pensamientos que se ajitaban confusamente en el alma de Ordener. El noble mancebo hubiera querido morir en aquel fatal momento; parecíale que se le escapaba entonces de entre las manos la felicidad de toda su vida. Verdad es que habia en las palabras del que hablaba como enviado de Griffenfeld, cosas que le parecian falsas ó dudosas; pero como no tenian otro objeto que el de alucinar á unos pobres rufianes, mayor era la culpabilidad de Schumacker á sus ojos; y aquel Schumacker era el padre de su Ethel!...

Estas reflexiones ajitaron tanto mas violentamente su corazon cuanto se precipitaron en él de

tropel. Estuvo á punto de desfallecer sobre las barras de hierro que le sostenian y continuó escuchando; porque escuchamos á veces con una impaciencia inexplicable y una terrible ansiedad las desgracias que mas tememos.

—Sí, proseguia la voz del enviado, vuestro jefe es el formidable Han de Islandia. ¿Quién se ha de atrever con vosotros? Vuestra causa es la de vuestras mujeres, la de vuestros hijos, indignamente despojados de vuestra herencia, la de un noble desgraciado, injustamente sumerjido hace mas de veinte años en una infame prision. Animo! Schumacker y la libertad os esperan... Guerra á los tiranos!

—Guerra! repitieron mil voces; y en las profundidades del subterráneo se oyó un largo ruido de armas mezclado á los roncos ecos de la trompa de las montañas.

—Teneos! gritó Ordener, bajando precipitadamente de la escalera: la idea de evitar un crímen á Schumacker y tantas desgracias á su pais se habia apoderado poderosamente de todo su ser. Pero, en el momento mismo en que se presentó en la entrada del subterráneo, el temor de perder con sus imprudentes declamaciones al padre de Ethel, y aun acaso á la misma Ethel, hízole olvidar cualquier otro pensamiento, y quedó allí inmóbil, pálido, tendiendo una mirada de asombro sobre el cuadro singular que se ofrecia á su vista.

Era aquel sitio como la inmensa plaza de una ciudad subterránea, cuyos límites se perdian detrás

de una multitud de pilares que sostenian las bóvedas. Brillaban aquellos pilares como columnas de cristal á la luz de un millar de antorchas que llevaban en sus manos una infinidad de hombres estrañamente armados y esparramados en confuso desórden en las profundidades de la plaza. Parecia aquella, con tantos puntos luminosos y tantas espantosas figuras vagando en las tinieblas, una de aquellas asambleas fabulosas de que hablan las antiguas crónicas, de hechiceros y de demonios que llevaban estrellas por antorchas, é iluminaban por la noche los espesos bosques y los castillos derruidos.

Oyóse de repente un largo clamoreo:—Un estranjero! Muerte! muerte!

Cien brazos estaban ya levantados sobre Ordener. Llevó este la mano á su cintura para buscar el sable.—Noble mancebo! en su generoso arrebato habia olvidado que estaba solo y desarmado.

—Esperad, esperad! gritó una voz; la voz del mismo en quien veia Ordener al enviado de Schumacker, y que era un hombre gordo y pequeño, vestido de negro, de semblante jovial y mala catadura. Adelantóse este personage al jóven prisionero.

--Quién sois? le dijo.

Ordener no respondió palabra; estaba sujeto de pies á cabeza, y no habia un solo punto en todo su pecho sobre el cual no se apoyára la punta de una espada ó el cañon de una pistola.

—Tienes miedo? preguntó el gordo sonriendo con una espresion burlona.

—Si estuviera tu mano sobre mí corazon en lugar de estàs espadas, dijo con fria serenidad el noble Ordener, verias que no late mas apresuradamente que el tuyo; en caso de que tengas corazon.

—Ah! ah! dijo el gordo; la echa de valiente! pues bien ¡que muera! Y volvió las espaldas.

—Dame la muerte, replicó Ordener; eso es todo lo que quiero deberte.

—Alto ahí, señor Hacket, dijo un anciano de barba espesa que estaba apoyado en su larga escopeta. Aquí estais en mi casa, y yo solo tengo derecho de enviar á este cristiano á contar á los muertos lo que ha visto en estos lugares.

El señor Hacket se echó á reir:—Pues dígoos, amigo Jonás, que hagais lo que mejor os parezca! Poco me importa quien ha de ser el juez de este espia con tal que muera.

El anciano dirijiéndose á Ordener le dijo:

—Ea, dinos quien eres, tú que querias saber quienes somos nosotros.

Ordener no quiso responder. Rodeado de los estraños partidarios de Schumacker, por quien con tanto gusto hubiera derramado toda su sangre, solo sentia en aquel momento un deseo infinito de morir.

—Su cortesía no quiere responder, dijo el anciano: cojida la zorra, basta de gritos. Matadle.

—Amigo Jonás, repuso Hacket, quiero que la

muerte de este hombre sea la primera proeza de Han de Islandia entre vosotros.

—Sí, sí! gritaron multitud de voces.

Ordener asombrado, pero siempre intrépido, buscó con los ojos á aquel Han de Islandia, á quien habia disputado tan velerosamente su vida aquella misma mañana, y vió con nueva admiracion que se acercaba hácia él un hombre de estatura colosal, vestido con el traje de los montañeses. Aquel gigante fijó en Ordener una mirada atrozmente estúpida y pidió una hacha.

—Tú no eres Han de Islandia, dijo Ordener con voz firme.

—Que muera! que muera! gritó Hacket enfurecido.

Vió Ordener que era preciso morir: púsose la mano en el pecho para sacar los cabellos de su Ethel y besarlos por última vez. Este movimiento hizo caer un papel de su cintura.

—Qué papel es ese? dijo Hacket; Norbith, tomad ese papel.

Era Norbith un jóven cuyas facciones duras y atezadas tenian una espresion de nobleza. Cojió el papel y se puso á leerle.

—Dios mio! esclamó; es un salvo-conducto de mi pobre amigo Christophorus Nedlam, de aquel desgraciado compañero nuestro á quien ajusticiaron aun no hace ocho dias en la plaza mayor de Skongen, por monedero falso.

—Pues bien, dijo Hacket con voz de hom-

bre que ve fallidas sus esperanzas, guardaos ese pedazo de papel; yo le creia mas importante. Vos, señor Han de Islandia, despachad á ese hombre.

El jóven Norbith se puso delante de Ordener, diciendo con voz firme:

—Este hombre está bajo mi proteccion, y antes caerá mi cabeza que un solo cabello de la suya. No permitiré que sea violado el salvo conducto de mi amigo Nedlam.

Ordener protegido de un modo tan milagroso, bajó la cabeza, y se humilló; porque se acordaba de cuan desdeñosamente habia escuchado en el fondo de su alma las tiernas palabras del sacerdote Atanasio Munder.

—Bah, bah! dijo Hacket, que sois amigo de bromas, amigo Norbith. Este hombre es un espia, y es preciso que muera.

—No morirá, replicó Norbith. ¿Qué diria el alma de mi pobre amigo Nedlam á quien han ahorcado indignamente? Repito que no morirá, porque Nedlam no quiere que muera.

—En efecto, dijo el anciano Jonás, Norbith tiene razon. ¿Cómo quereis que demos muerte á este extranjero, señor Hacket, si tiene un salvo conducto de Christophorus Nedlam?

—Pero es un espia, es un espia, repuso Hacket.

Colocóse el anciano junto al jóven, delante de Ordener, y ambos dijeron en tono grave:

—Tiene el salvo conducto de Christopho-

rus Nedlam, que ha sido ahorcado en Skongen.

Conoció Hacket que era forzoso ceder, porque todos los otros empezaban á murmurar diciendo que aquel extranjero no podia morir porque llevaba el salvo conducto de Nedlam, el monedero falso.

—Vamos, dijo entre dientes con una rabia concentrada, pues que viva. Es cosa en que ni me va ni me viene.

—Aun cuando fuera el mismo diablo en persona no le mataria! dijo Norbith triunfante.

Y esto diciendo, volvióse hácia Ordener.

—Escucha, prosiguió; debes ser un hermano, un buen compañero, pues tienes el salvo conducto de mi pobre amigo Nedlam. Nosotros somos los mineros reales que nos revelamos por sacudir la tutela que nos oprime. El señor Hacket, que está presente, dice que tomamos las armas por un cierto conde Schumacker; pero te aseguro que yo ni siquiera le conozco. Extranjero, nuestra causa es justa: escucha y respóndeme como si respondieras á tu santo patrono.—¿Quieres ser de los nuestros?

Un rayo de luz pasó como un relámpago por la mente de Ordener.

—Sí, respondió.

Presentóle Norbith un sable que recibió nuestro héroe sin decir una palabra.

—Hermano, dijo el jóven caudillo, si quieres hacernos traicion, empieza por matarme.

Resonó en aquel momento bajo las bóvedas de la mina el sonido de una trompa, y se oyeron multitud de voces lejanas que decian: —Kennybol! aqui está Kennybol?

32.

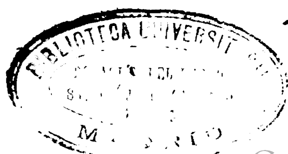
Hay pensamientos sublimes
que hasta los cielos se elevan.

ROMANCE ESPAÑOL.

Tiene algunas veces el alma inspiraciones repentinas, ideas luminosas, cuya estension asi podria decirse, cuya profundidad asi podria sondarse en un volumen entero de pensamientos y de reflexiones, como confundirse la claridad de mil antorchas con el esplendor inmenso y rápido del relámpago.

No trataremos pues de analizar aquí el misterioso y secreto impulso, que, luego que oyó la proposicion del joven Norbith, hizo al noble hijo del virrey de Noruega alistarse en una horda de bandidos que se revelaban por un proscripto. Moviéronle á ello juntamente sin duda un generoso deseo de profundizar á toda costa aquella tenebrosa aventura, un amargo hastío de la vida, y una profunda desesperacion del porvenir; acaso tambien alguna duda sobre la culpabilidad de Schumacker, inspirada por lo mucho de estraño é incoherente que presen-

taban las varias apariencias que habia visto el mancebo, y sobre todo su amor á la dulce Ethel. Y en fin, movióle seguramente á adoptar aquella resolucion una revelacion íntima del bien que podria hacer á Schumacker un amigo verdadero, en medio de sus ciegos partidarios.



33.

Es ese el jefe? sus miradas me aterran....no me atrevo á hablarle.
MATURIN, *Bertran*

Al oir los gritos que anunciaban al famoso cazador Kennybol, salió Hacket inmediatamente á recibirle, dejando á Ordener con los otros dos jefes.

—Gracias á Dios que ya os tenemos por aqui, amigo Kennybol! Venid, que quiero presentaros á vuestro formidable jefe Han de Islandia.

Al oir este nombre, Kennybol que llegaba pálido, jadeando, con los cabellos herizados, el rostro inundado de sudor, y teñidas las manos de sangre, retrocedió tres pasos por lo menos.

—Han de Islandia!

—Vamos, dijo Haket, tranquilizaos, amigo! viene solo á favoreceros y á ayudaros. No debeis ver en él mas que un compañero, un amigo.....

Kennybol le escuchaba y no le oia.

—Han de Islandia aqui! repitió.

—Sí, sí, dijo Hacket, reprimiendo una sonrisa equívoca. Qué es eso? teneis miedo?

—Cómo! interrumpió por tercera vez el cazador — Han de Islandia está en esta mina!

Haket, volviéndose hácia los que le rodeaban, dijo: tal vez ¿se ha vuelto loco nuestro amigo Kennybol? — Y luego dirigiéndose hácia éste: — Ya veo que lo que os ha detenido es el miedo á Han de Islandia.

Alzó Kennybol la mano hácia el techo: — Por el alma de santa Etheldera, la bienaventurada martir noruega; juro que no es el miedo á Han de Islandia, señor Haket, sino el mismo Han de Islandia quien me ha impedido llegar ántes á este sitio.

Produjeron estas palabras un murmullo de admiracion entre la turba de los montañeses y de los mineros que rodeaban á los dos interlocutores, y anublaron la frente de Hacket con el mismo despecho que la vista y la salvacion de Ordener habian hecho nacer en ella un momento antes.

—Cómo! qué decis? preguntó bajando la voz.

—Digo, señor Hacket, que á no ser por vuestro maldito Han el islandés hubiera estado yo aquí antes del primer chillido de la lechuza.

—De veras! Pues qué os ha hecho?

—Oh! no me lo pregunteis; solo pido á Dios que mi barba encanezca en un dia, como la piel del armiño, si me encuentran una sola vez en mi vida, ya que he escapado de esta, persiguiendo á un oso blanco.

—Con que habeis estado á punto de ser devorado por un oso?

Alzó los hombros Kennybol en señal de desprecio:

—Un oso! temible enemigo! Kennybol devorado por un oso! Por quien me toma vuestra merced, señor Hacket?

—Perdonad, amigo Kennybol, dijo Hacket sonriendo.

—Si supiérais lo que me ha sucedido, señor mio de mi alma, interrumpió el veterano cazador bajando la voz, no me repetiriais que Han de Islandia está aquí.

De nuevo se vió alguna turbacion en el rostro de Hacket: cojió bruscamente del brazo á Kennybol, como temiendo que se acercase mas al punto de la plaza subterránea desde donde se veia, sobre todas las cabezas de los mineros, la enorme cabeza del gigante.

—Amado Kennybol, dijo en voz casi solemne, contadme por vuestra vida lo que ha motivado vuestra tardanza. Bien conoceis que en la situacion en que nos hallamos, todo puede sernos de la mayor importancia.

—Asi es la verdad, dijo Kennybol, despues de un momento de reflexion.

Entonces, accediendo á las reiteradas instancias de Hacket, refirióle como habia aquella mañana, ayudado de seis compañeros, acosado á un oso blanco hasta los alrededores de la gruta de Walderhog, sin advertir, en el ardor de la caza, que estaba tan

cerca de aquel sitio terrible, como los quejidos del oso reducido al último apuro, habian atraido á un enano, á un mónstruo, á un demonio que, armado de una hacha de piedra, se habia precipitado sobre ellos en defensa del oso: como la aparicion de aquella especie de diablo, que no podia ser otro mas que Han, el demonio islandés, los habia helado á los siete de horror; y en fin, como sus seis desgraciados compañeros habian sido víctimas de los dos mónstruos, y como él, Kennybol, habia logrado salvarse recurriendo á una pronta fuga en que no habia sido molestado, merced á su ajilidad, al cansancio de Han de Islandia, y sobre todo, á la proteccion del bienaventurado patron de los cazadores, San Silvestre. — Ya veis, señor Hacket, dijo al terminar su narracion llena todavía de espanto y ornada con todas las flores de la retórica de las montañas, ya veis que si llego tarde, no soy yo quien tengo la culpa, y que es imposible que el demonio de Islandia, á quien he dejado esta mañana con su oso, encarnizándose en los cadáveres de mis seis desgraciados compañeros en el soto de Walderhog, esté ahora, como nuestro amigo y aliado, en esta mina de Apsyl-Corh, punto de nuestra cita. Protesto y repito que eso es imposible. Ahora ya le conozco á ese maldito demonio encarnado; ya le he visto!

Hacket, que todo lo habia escuchado atentamente, tomó la palabra y dijo con tono grave:

—Amigo Kennybol, cuando hableis de Han de

Islandía ó del infierno, nada mireis como imposible. Ya sabia yo todo lo que acabais de decir.....

La espresion del *maximum* del asombro y de la mas pueril credulidad se pintó en las ásperas facciones del viejo cazador de los montes de Kole.—Cómo?....

—....Sí, prosiguió Hacket, en cuyo rostro un observador mas sagaz hubiera entrevisto acaso algo de triunfante y de sardónico, todo lo sabia, escepto la circunstancia de que fuérais vos el héroe de esa triste aventura. Han de Islandia me lo contó todo al llegar aquí.

—Qué demonio! dijo Kennybol, y su mirada clavada en Hacket acababa de tomar una espresion de temor y de respeto.

Hacket continuó con la misma imperturbabilidad:—Seguramente, pero ahora no tengais el menor recelo; yo mismo voy á presentaros á ese formidable Han de Islandia.

Lanzó Kennybol al oir estas palabras un grito de espanto.

—Os digo que no tengais el menor recelo, repuso Hacket. Ved en él á vuestro jefe y vuestro compañero..... pero guardáos de recordarle ni aun remotamente lo que ha pasado esta mañana..., ¿lo entendeis?

Fuéle preciso ceder; pero no sin suma repugnancia interior consintió Kennybol en dejarse presentar al demonio. Llegáronse ambos al grupo en que estaban Ordéner, Jonas y Norbith.

—Amigo Jonas, valiente Norbith, dijo Kennybol, el cielo os asista!

—Bien lo necesitamos, Kennybol, dijo Jonas.

Fijó entonces Kennybol los ojos en Ordener que le buscaba con los suyos.

—¡Ola! ¿por aquí andais vos, señor extranjero, dijo acercándose á él y presentándole familiarmente su mano áspera y rugosa; bien venido! Parece que vuestra temeridad ha tenido buen éxito?

Ordener que no entendió lo que queria decirle el montañés, iba á provocar una esplicacion, cuando esclamó Norbith.

—Con que conoceis á este extranjero, Kennybol?

—Vaya si le conozco! y le quiero y le estimo. Es partidario como todos nosotros de nuestra justa causa.

Y de nuevo echó á Ordener una mirada de intelijencia, á que se preparaba este á responder, cuando Hacket, que habia ido á buscar á su gigante, de quien todos aquellos bandidos parecian huir con espanto, se llegó á los cuatro, diciéndoles:

—Valiente cazador Kennybol, aquí teneis á vuestro jefe, al famoso Han de Klipstadur!

Echó Kennybol al gigantesco caudillo una mirada en que se pintaba aun mas sorpresa que terror, y se acercó al oido de Hacket.

—Señor Hacket, el Han de Islandia que dejé esta mañana en Walderhog era un enano.....

Hacket le respondió en voz baja:

—Y qué! no sabeis, Kennybol, que es un demonio?....

—Así es, dijo el crédulo cazador; habrá mudado de forma. Y volvió la cara temblando para hacer furtivamente la señal de la cruz.

34.

La máscara se acerca.—Es Angelo.
El pícaro sabe su oficio.
LESSING.

En un bosque sombrío de viejas encinas en que penetra apenas el pálido crepúsculo de la mañana, un hombre de pequeña estatura se llega á otro que está solo y que parece estarle esperando. Entre ambos empieza la siguiente conversacion en voz baja:

—Dígnese perdonarme vuestra gracia si le he hecho esperar. Muchos incidentes me han obligado á ello.

—Y cuáles?

—El gefe de los montañeses, Kennybol, no llegó á la cita hasta las doce de la noche, y ademas nos ha hecho perder algun tiempo la interrupcion de un testigo inesperado.

—Quién era?

—Un hombre que se metió en la mina como un loco, descolgándose de las nubes en medio de nuestro sanedrin. Al principio creí que era un espia y mandé que le diesen muerte; pero luego resultó ue era portador del salvo conducto de cierto

ahorcado que está muy en veneracion entre nuestros mineros, los cuales le tomaron bajo su proteccion. Ahora que lo pienso bien, conozco que debe ser un viajero curioso, ó un sábio majadero. En todo caso, ya he tomado mis medidas sobre el particular.

—Y por lo demas, todo va bien?

—A las mil maravillas. Los mineros de Guldbranshal y de Fa-roër, mandados por el jóven Norbith y el viejo Jonas; los montañeses de Kole, conducidos por Kennybol ya deben estar en marcha á la sazon. A cuatro millas de la Estrella Azul, se les reunirán sus compañeros de Hubfallo y de Sund Moër; los de Kongsberg y la tropa de los herreros del Smiasen que han rechazado á la guarnicion de Walhstrom, como sabe el noble conde, los esperan á algunas millas mas allá.—En fin, amado y venerado señor mio, todas estas hordas reunidas harán alto esta noche á dos millas de Skongen, en las gargantas del Pilar Negro.

—Y cómo han recibido á vuestro improvisado Han de Klipstadur?

—Con completa credulidad.

—Ah! Si pudiera vengar en ese mónstruo la muerte de mi hijo! Qué lástima que se nos haya escapado!

—Soy de opinion que empiece vuestra gracia por aprovecharse de Han de Islandia para vengarse de Schumacker, que luego podrá pensar en los medios de vengarse del mismo Han en persona. Los insurgentes andarán hoy todo el dia, y pasarán esta

noche en el desfiladero del Pilar Negro, á dos millas de Skongen.

—Cómo! Y ha de acercarse tanto á Skongen un ejército tan considerable? .... ¡Musdœmon!!...

—Una sospecha, noble conde!... Dígnese vuestra gracia enviar en el mismo instante un mensajero al coronel Voethaun, cuyo regimiento debe en la actualidad hallarse en Skongen; infórmele de que todas las fuerzas de los insurjentes estarán acampadas esta noche sin desconfianza alguna en el desfiladero del Pilar Negro, que parece haber sido creado exprofeso para las emboscadas...

—Os comprendo; pero á qué fin, amigo mio haberlo dispuesto todo de manera que los rebeldes sean tan numerosos?......

—Cuanto mas formidable sea la insurreccion, mayores serán el crímen de Schumaker y vuestro mérito. Ademas, importa mucho que quede enteramente sofocada de un solo golpe.

—Bien! pero por qué tan inmediato á Skongen el lugar de la batalla?

—Por que de todas las montañas ese es el único en que es imposible la defensa. Solo saldrán de él los que están designados para responder á los interrogatorios del tribunal.

—Perfectamente! — Yo no sé que es, Musdœmon; pero una voz interior me dice que es preciso terminar este negocio. Si todo va á pedir de boca por una parte, por otra todo va mal.— Ya sabeis que hemos hecho hacer en Copenhague secretas inves-



tigaciones acerca de los papeles que podian haber caido en poder de ese capitan Dispolsen...

—Y en fin?...

—Acabo de saber en este instante que ese intrigante habia tenido relaciones misteriosas con aquel maldito astrólogo Cumbysulsum...

—Que acaba de morir?...

—Sí, y que el pícaro brujo habia entregado al morir al ajente de Schumaker unos papeles...

—Maldicion! entre ellos habia cartas mias; una minuta de nuestro plan.

—De vuestro plan, Musdœmon!...

—Perdóneme vuestra gracia, noble conde... pero con qué objeto os fuisteis á fiar de ese charlatan de Cumbysulsum!... pícaro traidor!

—Escuchad, Musdœmon; yo no soy como vos, un hombre sin creencias y sin fé. No sin justas razones, amigo mio, he tenido siempre confianza en la ciencia mágica del venerable Cumbysulsum.

—Ojalá hubiera tenido siempre vuestra gracia tanta desconfianza en su fidelidad, como confianza en su ciencia! Pero en fin, no nos asustemos, noble conde; Dispolsen ha muerto; sus papeles se han perdido, y dentro de algunos dias nadie se acordará ya de aquellos á quienes podian servir.

—Y en todo caso, qué acusacion podia elevarse hasta mi altura?

—O hasta la mia, estando bajo la proteccion de vuestra gracia?

—Seguramente, amigo Musdœmon; seguramente que podeis contar conmigo. Pero hacedme el gusto de acelerar el desenlace de todos estos enredos; voy á enviar inmediatamente un mensaje al coronel. Venid conmigo; mis criados me esperan detras de aquellos matorrales, y es preciso que volvamos hácia Drontheim, de donde ya ha salido sin duda el Mechlemburgués. Continuad sirviéndome bien como hasta aquí, y á pesar de todos los Cumbysulsum y Dispolsen de la tierra, contad conmigo á todo trance.

—Señor, vuestra gracia... Diablo!

Entonces se internaron ambos en el bosque, en cuyos recodos pronto se apagaron sus voces. Al cabo de algunos instantes solo se oyó en ellos el ruido de los pasos de los caballos que lentamente se alejaban.

28.

Juramento llevan hecho
todos juntos á su voz
de no volver á Castilla
sin el Conde su señor.
La imagen suya de piedra
llevan en un carreton
resueltos si atrás no vuelve
de no volver ellos, non.
Y el que paso atrás volviere
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos
en señal que se juró.
Acabado el homenaje
pusiéronle su pendon
. . . .
Desierta dejan á Búrgos
y pueblos alrededor:
solo quedan las mugeres
y aquellos que niños son.
Tratando van del concierto
del caballo y del azor,
se ha de hacer libre á Castilla
del feudo que da á Leon;
y antes de entrar en Navarra....

ROMANCERO.

Mientras pasaba la conversacion que acabamos de leer, en uno de los bosques contiguos al lago

Smfasen los rebeldes divididos en tres columnas salieron de la mina de plomo de Apsyl-Corh, por la entrada principal que se abre de plano sobre un barranco profundo.

Ordener, que á pesar de sus deseos de acercarse á Kennybol, habia sido colocado en la tropa de Norbith, solo vió al principio una larga procesion de teas, cuyas llamas luchando con los primeros albores del dia, se reflejaban sobre un millar de hachas, de horquillas, de azadones, de mazas erizadas, de puntas de hierro, de enormes martillos, de picas, de palancas y de todas las armas groseras que suministra el trabajo á la rebelion, mezcladas á otras armas regulares, que anunciaban que aquella rebelion era una conspiracion; mosquetes, lanzas, sables, carabinas y arcabuces. Luego que salió el sol, y que la luz de las antorchas solo apareció como una masa de humo, pudo observar mejor el aspecto de aquel ejército singular, que avanzaba en desórden, con roncos cantares y ásperos clamores, semejante á un rebaño de hambrientos lobos que va á la conquista de un cadáver. Marchaba el ejército repartido en tres divisiones ó mas bien en tres hordas. Iban á la cabeza los montañeses de Kole, mandados por Kennybol, al cual se asemejaban todos por su traje de pieles y aun por su continente impávido y feroz. Seguianles los jóvenes mineros de Norbith y los viejos de Jonas, con sus sombrerones, sus pantalones anchos, sus brazos enteramente desnudos, y sus caras negras, que dirijian hácia el sol estúpidas miradas.

Encima de aquellas partidas tumultuosas, flotaban en perpétuo movimiento banderas de color de fuego, en las cuales se leian diferentes divisas como estas: *Viva Schumacker!–Libertemos á nuestro libertador!–Libertad á los mineros!–Libertad al conde de Griffenfeld!–Muera Guldenlew!– Mueran los opresores!–Muera el conde de Ahlefeld!*–Mas bien parecia que los rebeldes miraban aquellas banderas como cargas que como ornamentos, por lo que pasaban de mano en mano cuando los portaestandartes estaban cansados ó querian mezclar el desacordado sonido de sus trompas á las vociferaciones y cánticos de sus compañeros.

Componíase la retaguardia de aquel estraño ejército de diez carretones, tirados por renjíferos y burros, destinados sin duda á llevar las municiones; y la vanguardia, del gigante traido por Hacket, que iba solo, armado de una maza y de una hacha, y muy detras del cual seguian, con una especie de terror, las primeras filas mandadas por Kennybol, que no apartaba los ojos del coloso, como para poder seguir á su diabólico jefe en todas las diferentes transfiguraciones porque tuviese á bien ir pasando succesivamente.

Asi bajaba este torrente de rebeldes, con un confuso rumor y llenando los espesos bosques de pinos con el eco de la trompa de las montañas del Drontheimhus septentrional. Pronto se le agregaron las diferentes partidas de Sund-Moër, de Hubfallo, de Kongsberg, y la tropa de los herreros del Smiasen

que presentaba un contraste singular con el resto de los insurjentes. Eran todos por lo general hombres altos y fuertes, armados de pinzas y de martillos, llevando por coraza sus anchos mandiles de cuero, y sin mas bandera que una alta cruz de madera; marchaban gravemente y á compas, con una regularidad mas relijiosa aun que militar, sin mas canto guerrero que los salmos y los cánticos de la biblia. Era su jefe el que llevaba la cruz, el cual iba sin armas delante de ellos.

Aquella turba de rebeldes no encontraba en su camino ningun ser humano. Al verlos el pastor metia su ganado en una caberna, y el aldeano emigraba de su pueblo. Porque en todas partes son los mismos los habitantes de los valles y de las llanuras, unos y otros temen la trompa de los vandidos como la corneta de los soldados.

Cruzaron de este modo colinas y bosques y alguna que otra aldea; siguieron caminos de travesía donde se veian mas vestijios de fieras que pisadas de hombres; costearon lagunas, atravesaron torrentes, barrancos y pantanos. Ordener no conocia ninguno de aquellos sitios; solo una vez, vió á lo lejos, en el horizonte, la forma vaga y azulada de un peñon encorvado. Acercóse á uno de sus groseros compañeros de viaje. — Qué peñon es aquel allá á lo lejos, á la derecha? le dijo.

—Es el cuello de Buitre, el peñon de Oëlmœ; respondió el otro.

Ordener suspiró profundamente.

36.

Hija mia, Dios te guarde
y te dé su bendicion.
REGNIER.

Mona, papagayos, peinecillos y cintas, todo estaba preparado en casa de la condesa de Ahlefeld, para recibir al teniente Federico. Habia aquella madre hecho venir á toda costa la última novela de la famosa Scudery; por órden suya habia sido ricamente encuadernada en tafilete con manecillas de oro cincelado, y colocada entre los frascos de esencia y las cajas de moscas (1) sobre el elegante tocador de dorados pies, con que habia adornado la condesa el futuro tocador de su querido hijo Federico. Luego que hubo recorrido el minucioso círculo de aquellas atenciones maternales que la habian distraido un momento de su cuidado perpetuo de aborrecer, conoció que ya no tenia mas medio de ma-

(1) Acaso ignoren algunos que asi se llamaban unos parchecitos negros con que afeaban su rostro nuestras bisabuelas.

tar el tiempo que el de hacer daño á Schumacker y á su hija.

De poco tiempo á aquella parte habian pasado en el castillo de Munckholm una multitud de cosas, acerca de las cuales no habia podido obtener mas que noticias muy vagas y muy imperfectas.— ¿Quien era el siervo, vasallo ó patán que, segun las ambiguas palabras de Federico se habia hecho amar de la hija del ex-gran canciller?—¿Cuáles eran las relaciones del baron Ordener con los prisioneros de Munckholm?—¿cuáles eran los incomprensibles motivos de la ausencia tan singular de Ordener, en el momento mismo en que los dos reinos solo estaban ocupados en su próximo enlace con aquella Ulrica de Ahlefeld á quien desdeñaba al parecer?—¿En fin qué habia pasado entre Levin de Knud y Schumacker?—. La imaginacion de la condesa se perdia en vanas conjeturas, por lo que se decidió en fin, para aclarar de una vez todos aquellos misterios, á ir en persona á Munckholm, consejo que le daban, juntamente su curiosidad de mujer y sus intereses de enemiga.

Una tarde en que Ethel, sola en el jardin del castillo, acababa de grabar por sesta vez con el diamante de una sortija, no sé qué cifra misteriosa, sobre el negro pilar de la poterna que habia visto desaparecer á su Ordener; abrióse de pronto aquella puerta. Estremecióse la virgen; aquella era la primera vez que se abria esta poterna desde el dia en que se cerró detras de él. Una mujer alta, pá-

lida, y vestida de blanco, estaba delante de Ethel, presentándola una sonrisa dulce como la miel envenenada; pero detras de su mirada serena y afectuosa se traslucia una espresion de odio, de despecho y de admiracion involuntaria.

Consideróla Ethel con asombro, casi con miedo. Despues de su anciana nodriza que habia muerto en sus brazos, aquella era la primera mujer que veia en el sombrío recinto de Munckholm.

—Hermosa niña, dijó con dulzura la extranjera, sois vos la hija del prisionero de Munckholm?

No pudo menos Ethel de volver la cabeza porque habia algo en su alma que no simpatizaba con la extranjera, y la parecia que en el aliento que acompañaba aquella dulce voz habia veneno. Al fin respondió:

—Yo me llamo Ethel Schumacker; mi padre dice que en la cuna me llamaban condesa de Tongsberg y princesa de Wollin.

—¡Eso os dice vuestro padre! esclamó la recien llegada, con un acento que reprimió al punto. Y luego añadió: —¡Habeis padecido muchas desgracias!

—La desgracia me recibió al nacer en sus brazos de hierro, respondió la jóven prisionera; mi noble padre dice que no me abandonará hasta la muerte.

Pasó una sonrisa por los labios de la extranjera, que repuso con tono compasivo:

—Y no murmurais contra los que os han sepultado en este calabozo? ¿y no maldecís á los au-

tores de vuestro infortunio?

—No, porque tememos que nuestra maldicion atraiga sobre sus cabezas males semejantes á los que nos hacen sufrir.

—Y, continuó la mujer blanca con frente serena, ¿conoceis á los autores de esos males de que os quejais?

Reflexionó Ethel un momento, y dijo:

—Todo se ha hecho por voluntad del cielo.

—¿Vuestro padre no os habla nunca del rey?

—¿El rey? por él rezo todos los dias sin conocerle.

No comprendió Ethel por qué se mordia los labios la extranjera, al oir esta respuesta.

—Vuestro desgraciado padre no os nombra nunca en su cólera á sus implacables enemigos, el general Arensdorf, el obispo Spolyson, el canciller Ahlefeld?

—No sé de quien me hablais.

—¿Y conoceis el nombre de Levin de Knud?

El recuerdo de la escena que habia pasado la antevíspera entre el gobernador de Drontein y Schumacker, estaba demasiado reciente en la memoria de Ethel para que no llamase su atencion el nombre de Levin de Knud.

¿Levin de Knud? dijo; me parece que es uno á quien aprecia y quiere mucho mi padre.

—¡Cómo! esclamó la extranjera.

—Sí, repuso Ethel, ese debe ser uno á quien mi padre y señor defendia con tanto empeño an-

tes de ayer contra el gobernador de Drontheim.

—¿Contra el gobernador de Drontheim? Creo que os burlais de mi, señorita, y haceis mal, á fe mia, por que solo me mueve mi celo por vuestros intereses. Vuestro padre defendia al general Levin de Knud contra el gobernador de Dronteim?

—¡Al general! me parece, si no me engaño, que hablaban de un capitan.... pero no, ahora que me acuerdo, teneis razon. Mi padre, prosiguió Ethel, manifestaba tanto cariño á ese general como odio al gobernador del Drontheimhus.

—Estraño misterio, dijo para sí la extranjera, cuya curiosidad aumentaba por instantes.— Hija mia ¿qué ha habido entre vuestro padre y el gobernador de Drontheim?

Este interrogatorio empezaba á cansar á la pobre Ethel.

—¿Soy acaso una criminal para que me examineis asi? dijo fijando en su pálida interlocutora sus hermosos ojos de azabache.

Estas sencillas palabras dejaron parada á la extranjera, como si sintiera que se la escapaba de entre las manos el fruto de sus artificios; prosiguió sin embargo, con voz algun tanto trémula:

—No me hablariais asi, si supierais para qué y por quien vengo....

—¿Cómo? dijo Ethel, ¿venis de *su parte*? me traeis un mensaje de él....?

Y toda su sangre coloraba su lindo rostro; y su corazon latia con singular vehemencia en su pe-

cho henchido de impaciencia y de inquietud.

—¿De quién? preguntó la otra.

Quedó indecisa la niña en el momento de ir á pronunciar el nombre adorado, porque habia visto brillar en los ojos de la extranjera un destello de siniestra alegría semejante á un rayo del infierno. Luego dejó caer lentamente de su boca estas palabras.

—No sabeis de quien quiero hablar.

Por segunda vez se pintó en el semblante meloso de la otra la espresion de una esperanza burlada.

—¡Pobre niña! esclamó en fin, ¿qué podré yo hacer por vos?

Pero Ethel ya no la oia; sus pensamientos seguian al aventuroso extranjero, mas allá de las montañas del septentrion. Bajó la cabeza sobre el pecho, y cruzó las manos como por un movimiento involuntario.

—¿Espera vuestro padre salir de esta prision?

Esta pregunta, que repitió dos veces la desconocida, hizo á Ethel volver en sí.

—Sí, dijo, y una lágrima se asomó á sus ojos.

Esta respuesta reanimó los de la extranjera.

—¡Decis que lo espera! ¿y cómo? ¿porqué medio? ¿cuando?

—Espera salir de esta prision, por que espera salir de la vida.

Hay á veces en el sencillo candor de una alma dulce y jóven un poder de fascinacion que desbarata los ardides de un corazon envejecido en la mal-

dad. El pensamiento de Ethel debió causar á la extranjera una agitacion profunda, porque repentinamente varió la espresion de su fisonomía, y pósando su mano fria sobre el brazo de Ethel:

—Escuchadme, dijo en tono que rayaba ya en franco y familiar; habeis oido decir que amenaza la vida de vuestro padre una causa criminal? ¿que se le sospecha culpable de haber fomentado una rebelion entre los mineros del norte?

Las palabras *rebelion*, *causa criminal* no presentaban á Ethel una idea clara.

—Qué quereis decir? preguntó fijando en la extranjera sus grandes ojos llenos de vida y de inocencia.

—Que vuestro padre conspira contra el estado; que casi está ya descubierto su crímen, y que este crímen se castiga con pena de muerte.

—Muerte! crímen! exclamó la pobre niña.

—Crímen y muerte, dijo gravemente la extranjera.

—Mi padre! mi noble padre! prosiguió Ethel. El, Dios mio! él que pasa su vida oyendo leer el Eda y el Evangelio! El conspirar! qué os ha hecho?

—No me mireis así;— lo repito, estoy muy lejos de ser vuestra enemiga; solamente os aviso que pesan sobre vuestro padre sospechas de un gran crímen. Acaso, en vez de ese enojo, tengo algun derecho á vuestra gratitud.

Estas palabras conmovieron á la generosa Ethel.

—Oh! perdonad, noble señora! perdonad!

¿Qué ser humano hemos visto hasta ahora que no fuese enemigo nuestro? Os he mirado con desconfianza, pero me lo perdonais; no es verdad?

—Cómo, hija mia, dijo la extranjera sonriendo, con que nunca habeis encontrado ni un solo amigo?

Un vivo carmin coloró las mejillas de Ethel que quedó por un momento sin saber qué decir.

—Sí... Dios conoce la verdad. Hemos encontrado un amigo, noble señora,... ¡uno solo!

—Uno solo! dijo impetuosamente la extranjera. Hacedme el favor de decir quien es. No podeis imajinaros de cuanta importancia es que yo lo sepa... para la salvacion de vuestro padre... Quién es ese amigo?

—Lo ignoro, dijo Ethel.

La recien venida se puso mas pálida que la nieve.

—Con que os burlais de mi porque quiero serviros? Tened presente, hija mia, que se trata de la vida de vuestro padre. Quién es, decidme, quién es ese amigo de quien me hablais?

—El cielo sabe, señora, que no conozco de él mas que su nombre que es Ordener.

Pronunció Ethel estas palabras con aquella repugnancia que sentimos al pronunciar delante de un indiferente el nombre sagrado que despierta en nuestro corazon todos lo que es amor.

—Ordener! Ordener! repitió la desconocida con una conmocion singular, mientras sus dedos

manoseaban violentamente el blanco encaje de su velo.

—Y cómo se llama su padre? preguntó con voz balbuciente.

—No lo sé, respondió Ethel. Qué me importan su familia ni su padre? Ordener, noble señora, es el mas generoso de los hombres.

Y el acento que acompañaba á estas palabras entregó á la penetracion de la extranjera todo el secreto del corazon de la pobre niña.

Serenóse la desconocida y preguntó á Ethel sin separar de ella sus ojos penetrantes:

—Habeis oido hablar del próximo enlace del hijo del virey con la hija del gran canciller actual, el conde de Ahlefeld?

Fuéla preciso repetir dos veces esta pregunta, para fijar la atencion de Ethel en una cosa que no parecia interesarla.

—Creo que sí; fue toda su respuesta. Su tranquilidad, su aire indiferente asombraron á la extranjera.

—Y qué os parece de ese enlace?

Imposible la fue observar la menor alteracion en los rasgados ojos de Ethel, mientras respondia.—Nada á fé mia. El cielo los haga muy felices!

—Los condes Guldenlew y Ahlefeld, padres de los novios, son dos grandes enemigos de vuestro padre.

—Ojalá, respondió dulcemente Ethel, sea muy feliz launion de sus hijos.

—Una idea se me ocurre, prosiguió la cautelosa mujer. Si corriera peligro la vida de vuestro padre, podriais con motivo de esas famosas bodas obtener su perdon por medio del hijo del conde virey.

—El cielo os recompensará seguramente del interés que os tomais por nosotros, noble señora, pero cómo he de hacer llegar mis súplicas hasta el hijo del virey?

Fueron pronunciadas con tan buena fé estas palabras, que no pudo reprimir la extranjera un movimiento de asombro.

—Cómo! pues no le conoceis?

—A ese señor tan poderoso! esclamó Ethel, pues no sabeis que jamás he puesto los pies fuera del recinto de esta fortaleza?

—Pues que me decias, murmuró entre dientes la extranjera, ese viejo chocho de Levin?... No le conoce.— Sin embargo, no puede ser! dijo alzando la voz; por fuerza debeis haber visto al hijo del virey, pues que ha estado aquí.

—Es posible que asi sea, noble señora; de todos los hombres que han venido á este castillo, nunca he visto mas que á él, á mi Ordener...

—Vuestro Ordener! interrumpió la desconocida. —Y luego prosiguió como si no advirtiera la turbacion de Ethel: —Conoceis á un jóven alto — buen mozo — de semblante noble — de porte gallardo y airoso?—Tiene los ojos dulces y austeros, el color blanco como el de una mujer, el cabello castaño...

—Oh! exclamó la pobre Ethel— él es mi querido— mi adorado Ordener! Decidme, noble señora, decídmelo por vuestra vida, me traeis noticias suyas?— Dónde le habeis visto? Os ha dicho que me amaba, no es verdad? Os ha dicho que yo le amaba mas que á mi vida... Ah! una desgraciada prisionera no tiene en el mundo mas que su amor... Pobre Ordener! aun no hace ocho dias que le ví en ese mismo sitio, con su capa verde debajo de la cual palpita un corazon tan generoso!... con aquella pluma negra que se mecia con tanta gracia sobre su frente....

No pudo acabar la infeliz; vió á la extranjera temblar, ponerse pálida y luego encendida; y exclamar en fin con voz de trueno acercando su cara á la de la inocente prisionera:

—Desgraciada! amas á Ordener Guldenlew, al esposo prometido á Ulrica de Ahlefeld, al hijo del enemigo mortal de tu padre, del virey de Noruega!

Ethel cayó desmayada.—

37.

Caupolican.

Pisád de suerte que la misma tierra
no sienta las pisadas, conocidas
del viento algunas veces en la guerra,
porque en la blanda yerba detenidas
apenas llegan á estamparse en ella.
. . . .
pues no siendo sentidos, os prometo
que volveremos victoriosos de ella.

Tucapel.

Llegado habemos todos con secreto
al español alojamiento. . . . .
cubrió su noche con su oscuro manto
la esclarecida lámpara del dia--
. . . .

Rengo.

Ellos duermen ¿ que aguardas precauciones?

Orompello.

Válgame el cielo - si nos han sentido!

LOPE DE VEGA, *Arauco domadò.*

Dime, Guldon Stayper, compañero, sabes que la brisa de la noche empieza á zurrarme vigorosamente la cara con los pelos de mi gorra?

Esto decia Kennybol que separando un momento la vista del gigante, que marchaba al frente de los rebeldes, medio volvió la cara hácia uno de los montañeses que los azares de una marcha desordenada habian colocado junto á él.

Meneó este la cabeza, y pasó al hombro izquierdo la bandera que llevaba sobre el derecho con un largo suspiro de cansancio.

—Hum! apostaré, mi capitan, á que en estas malditas gargantas del Pilar Negro, en que el viento se precipita como un torrente, no tendremos tantísima calor que digamos como una llama que baila sobre las ascuas.

—Tales hogueras habremos de encender, compadre, que despertemos á las lechuzas sobre los peñascos, en sus palacios de ruinas. No me gustan las lechuzas; en aquella horrible noche en que vi á la bruja Ubfem, tenia la pícara vieja la forma de una lechuza.

—Por el alma de san Silvestre! interrumpió Guldon Stayper volviendo la cabeza, valientes aletazos nos pega el angel del viento! Si ha de seguirse mi parecer, capitan Kennybol, será preciso pegar fuego á todos los pinos de una montaña. Será cosa de ver un ejército calentándose con un bosque.

—No lo quiera Dios, amigo Guldon! y los corzos! y los halcones! y los faisanes! cocer la caza, santo y bueno, pero quemarla!...

El viejo Guldon se echó á reir.

—Siempre serás, capitan, el mismo diablo Ke-

nnybol, el lobo de los corzos, el oso de los lobos y el búfalo de los osos.

— Nos falta mucho para llegar al Pilar Negro? preguntó una voz entre los cazadores.

—Compañero, respondió Kennybol, al caer la noche entraremos en las gargantas; de aqui á un momento llegaremos á las cuatro cruces.

Siguió un momento de silencio durante el cual no se oyó mas que el eco uniforme de los pasos, el gemido de la brisa y el canto lejano de la horda de los herreros del lago Smiasen.

—Amigo Guldon Stayper, repuso Kennybol, despues de haber silbado el canto del cazador Rollon, con que acabas de pasar algunos dias en Drontheim.

—Sí, mi capitan; mi hermano Jorje Stayper, el pescador estaba malo y he ido á reemplazarle por algunos dias en su barca, para que su pobre familia no se muriese de hambre mientras él se moria de su enfermedad.

—Pues ya que vienes de Drontheim habrás tenido ocasion de ver á ese conde, al prisionero Schumaker.... Glesfeur... cómo diablos se llama? en fin, á ese hombre por quien nos revelamos contra la tutela real, y cuyas armas sin duda llevas bordadas en esa bandera de color de fuego?

—Y á fé mia que no pesa mal! dijo Guldon.— Quieres hablar del prisionero de la fortaleza de Munckholm, del conde?... pues. Y cómo quieres capitan, que le haya visto? hubiera necesitado para

ello, añadió bajando la voz, los ojos de ese demonio que va delante de nosotros— y eso que no le noto el olor de azufre— de ese Han de Islandia que ve por entre las paredes, ó el anillo de la fada Maab, que pasa por el agujero de una cerradura.— Estoy seguro de que no hay ahora entre nosotros mas que un solo hombre que haya visto al conde... al prisionero de que me hablas.

—Uno solo!... Ya... el señor Hacket? Pero ese Hacket ya no viene con nosotros; anoche nos dejó para volver...

—No hablo yo del señor Hacket, mi capitan.

—Pues de quien?...

—De ese jóven de la capa verde y la pluma negra que se apareció en medio de nosotros anoche:

—Sí?

—Ese es, dijo Guldon acercándose á Kennybol, el que conoce al conde, á ese famoso conde, en fin, como yo te conozco á tí, capitan Kennybol.

Miró Kennybol á Guldon, guiñó el ojo izquierdo chasqueando los dedos como castañuelas, y le dió un golpecito en el hombro prorumpiendo en esta esclamacion triunfal que no puede reprimir nuestro amor propio, cuando estamos satisfechos de nuestra penetracion.

—¡*Ya lo sospechaba yo*!

—Sí, capitan, prosiguió Guldon Stayper pasando al otro hombro el estandarte de color de fuego, te aseguro que ese jóven ha visto al conde— que sé yo como se llama, á ese por quien vamos á

rompernos las cabezas, — en el mismo castillo de Munckholm, y que no daba él menos importancia á entrar en aquella prision que tú ó yo á penetrar en un parque real.

—Y cómo puedes tú saberlo, compadre Guldon?

Cojió el montañés del brazo á Kennybol y luego, entreabriendo su piel de nutria con una precaucion casi cautelosa:—Mira! le dijo.

—Por vida mia, dijo Kennybol, que eso brilla como un diamante!

Y en efecto, llevaba Guldon Stayper sobre el pecho una magnífica presilla de diamantes.

—Y es tan seguro que estos son diamantes como que la luna está á dos jornadas de la tierra y que el cuero de mi cinturon es cuero de búfalo muerto.

Pero las facciones de Kennybol se habian anublado y pasado de la admiracion á la severidad: bajó los ojos al suelo diciendo con una especie de áspera solemnidad.

—Guldon Stayper, de la aldea de Chol-Sor, en las montañas de Kole; tu padre Medprath Stayper, murió de ciento y dos años, sin tener nada de que acusarse, porque no puede llamarse pecado el matar por inadvertencia un gamo ó un ciervo del Rey. —Guldon Stayper, tú tienes sobre tus cabellos grises cincuenta y siete años, lo que solo para el buho es juventud.—Compañero Guldon Stayper, preferiria para tu bien que los diamantes de esa presilla fueran otros tantos granos de mijo, si no la has ad-

quirido lejítimamente, tan lejítimamente como adquiere el faisan real la bala de un arcabuz.

Habia en el acento del jefe montañés mientras pronunciaba esta singular amonestacion su parte de amenaza y su parte de uncion.

—Tan seguro como que nuestro capitan Kennybol es el mas valiente cazador de Kole, respondió Guldon sin alterarse en lo mas mínimo, asi lo es que estos diamantes son diamantes, y que los poseo en lejítima propiedad.

—De seguro? repuso Kennybol con una inflexion de voz que asi indicaba la confianza como la duda.

—Dios y mi bendito patrono saben, respondió Guldon, que una tarde, cuando acababa yo de indicar el camino del Spladjest de Drontheim á cuatro hijos de nuestra pobre madre la Noruega, que traian el cadáver de un oficial encontrado en las playas de Urchtal, — hará de esto unos ocho dias, — se llegó un jóven á mi lancha y me dijo: "*A Munckholm!*" No tenia yo muchas ganas de ir allá porque es sabido que al pájaro no le gusta volar alrededor de la jaula. Sin embargo, el caballero tenia una traza de gran señor, que vaya! iba detras de él un criado que llevaba dos caballos de la brida; entró en mi lancha con aire de autoridad, y eché mano á mis remos, — es decir, á los remos de mi hermano. No parece sino que un angel lo dispuso asi: luego que llegamos, el caballero, apenas hubo dicho algunas palabras al señor sargento, que

mandaba sin duda el castillo, me echó en el barco para pagarme..... Dios lo sabe, mi capitan —este cintillo de diamantes que acabo de enseñarte, y que hubiera debido pertenecer á mi hermano Jorje y no á mí, si á la hora en que me tomó el jóven viajero, —Dios le proteja, —no se hubiera cumplido ya el tiempo que prometí á Jorje trabajar por él.—Esta es la verdad, capitan Kennybol.

—Bien.

Poco á poco fué tomando la fisonomía del jefe tanta serenidad cuanta era compatible con su espresion naturalmente dura y sombría, y preguntó á Guldon con voz mas suave de la que hasta entonces habia empleado:

—Y estás seguro, amigo mio, de que ese jóven es el mismo que está ahora detras de nosotros con los de Norbyth?

—Seguro; no olvidaré entre mil caras, la cara del que me ha sacado de la pobreza. Ademas, esa es la misma capa, la misma pluma negra.....

—Te creo, Guldon.

—Y es claro que iba á ver al famoso prisionero; porque, á no ser por algun gran misterio, no hubiera recompensado de aquel modo al barquero que le hizo cruzar el golfo. Sobre todo, puesto que ahora se halla con nosotros.....

—Tienes razon.

—Y aun creo, capitan, que ese jóven estranjero ha de tener mas influjo con el conde á quien vamos á poner en libertad, que el tal señor Hacket

que no le creo capaz, por vida mia, mas que de mahullar como un gato montés.

Hizo Kennybol con la cabeza un movimiento muy espresivo.

—Me lo has quitado de la boca, amigo mio; y te aseguro que me siento con mas ganas de obedecer en esta barahunda á ese jóven tan guapo que al emisario Hacket. Asi me ayuden San Silvestre y San Olao, como creo que si es ahora nuestro jefe el demonio islandés, mas se lo debemos á ese desconocido que al berraco de Hacket.

—Bien dicho, capitan, respondió Guldon.

Abria ya la boca Kennybol para responder, cuando sintió que le daban un golpecito sobre el hombro. Volvió la cara y vió á Norbith.

—Kennybol, ¡nos han vendido! Gormon Woëstrœm llega del Sur; todo el rejimiento de los arcabuceros viene contra nosotros. Los hulanos de Slesvig estan en Sparbo; tres compañías de dragones dinamarqueses esperan caballos en la aldea de Loevig; por todo el camino ha visto tantas casacas verdes como matas. Démonos prisa á llegar á Skongen, y no nos detengamos ni un momento, hasta entrar en la ciudad: allí á lo menos podrémos defendernos. Lo peor es que cree haber visto brillar algunas carabinas por entre los matorrales, al pasar por las gargantas del Pilar Negro.

El jóven caudillo estaba pálido, ajitado; sin embargo su mirada y el acento de su voz anunciaban aun la audacia y la resolucion.

—Imposible! esclamó Kennybol.

—Seguro! seguro! dijo Norbith.

—Pues y el señor Hacket?

—Es un traidor ó un cobarde; está seguro de lo que te digo, compañero Kennybol.... ¿Por donde anda ese maldito Hacket?...

Llegóse en aquel momento á los dos gefes el viejo Jonás, y en el mortal desaliento que se veia pintado en todas sus facciones, fácil era conocer que estaba instruido de la fatal noticia.

Encontráronse las miradas de los dos viejos Jonás y Kennybol, y ambos empezaron á menear la cabeza como movidos por comun acuerdo.

—Y qué hacemos, Jonás? y qué hacemos, Kennybol? dijo Norbith.

Pasóse con gran cachaza la mano por la frente el venerable caudillo de los mineros de Fa-roër, y respondió en voz baja á la mirada del gefe de los montañeses de Kole:

—Sí, demasiado cierto es. Gormon Woëstrœm los ha visto.

—Pues siendo eso así, dijo Kennybol, ¿qué hacemos?

—Qué hacemos? replicó Jonás.

—Pienso, compañero Jonás, que no haríamos mal en detenernos.

—Ni tampoco, hermano Kennybol, en volver atras.

—Detenernos! volver atras! esclamó Norbith. Es preciso seguir adelante!

Fijaron los dos viejos en el mancebo una mirada fria y atónita.

—Seguir adelante! dijo Kennybol. ¿Y los arcabuceros de Munckholm?

—Y los hulanos de Slesvig! añadió Jonás.

—Y los dragones dinamarkeses? repuso Kennybol.

—Y la tutela real? esclamó Norbith dando en el suelo una terrible patada: y mi madre que se muere de hambre y de frio!

—Cáspita! la tutela real, dijo el minero Jonás, con un estremecimiento convulsivo.

—Qué importa! dijo el montañés Kennybol.

Cogióle de la mano Jonás.

—Compañero cazador, vuestra merced no tiene la honra de ser pupilo de nuestro glorioso soberano Christiern IV. ¡Plegue á Dios que nos libre de su tutela el santo rey Olao que está en el cielo!

—Pide ese beneficio á tu sable! dijo Norbith con voz sombría.

—Poco cuestan á un mancebo las palabras atrevidas, compañero Norbith, respondió Kennybol; pero téngase presente que si seguimos adelante todas esas casacas verdes....

—Yo tengo presente que si volvemos á nuestras montañas, como la zorra que huye del lobo, ya todos conocen nuestros nombres y nuestra rebelion; y morir por morir, prefiero la bala de una carabina á la cuerda de un patíbulo.

Movió Jonás la cabeza de atras hácia adelante en señal de adhesion.

—Hum! la tutela para nuestros hermanos y la horca para nosotros! Puede que no esté muy fuera de razon eso que dice Norbith.

—Venga esa mano, valeroso Norbith, dijo Kennybol; por ambas partes hay peligro.... mas vale ir á él de cara que de espaldas.

—Vamos, vamos! esclamó el viejo Jonás echando mano á la empuñadura de su sable. —Adelante!

Apretóle Norbith la mano afectuosamente.

—Hermanos, escuchad! Sed arrojados como yo, que yo seré prudente como vosotros. No nos detengamos hoy en Skongen: la guarnicion es débil, y pronto acabaremos con ella. Pasemos, pues no hay otro remedio, los desfiladeros del Pilar Negro, pero con el mas profundo silencio. Es preciso pasarlos, aun cuando esté en ellos el enemigo.

—Creo que los arcabuceros no estarán aun en el puente de Ordals, antes de llegar á Skongen.... Pero no importa. — Silencio!

—Silencio! sea! repitió Kennybol.

—Y ahora, Jonás, repuso Norbith, volvamos ambos á nuestro puesto; puede que mañana estemos en Drontheim, á pesar de los arcabuceros, de los hulanos, de los dragones y de todas las casacas verdes del mediodia.

Separáronse los tres gefes. Pronto la órden superior *silencio*! pasó de fila en fila, y aquel ejército

de rebeldes, un momento antes tan tumultuoso, solo apareció en aquellos desiertos, ennegrecidos por las pardas sombras del crepúsculo, como una tropa de fantasmas que circula por los senderos tortuosos de un cementerio.

Iba estrechándose en tanto por momentos el camino que seguian, y parecia internarse por grados entre murallas de peñascos cada vez mas escarpados. Apenas se alzó la luna amarillenta de entre un monton de rojas nubes que desplegaban en torno de ella sus caprichosas formas con una movilidad fantástica, Kennybol se inclinó hácia Guldon Stayper.

—Vamos á entrar en el desfiladero del Pilar Negro. Silencio!

En efecto, ya se oia á lo lejos el rumor del torrente que sigue entre las dos montañas todos los recodos del camino, y ya se veia hácia el sur la enorme pirámide oblonga de granito, llamada el *Pilar Negro*, recortándose sobre el color gris del cielo, y sobre la nieve de las montañas circunvecinas: mientras que el horizonte del oeste, cargado de espesas nieblas, tenia por límites la estremidad del bosque del Sparbo y un largo anfiteatro de peñascos en forma de gradas como una escalera de gigantes.

Los insurjentes precisados á estrechar de dos en dos hombres sus columnas en aquellos caminos tortuosos, ahogados entre dos montañas, continuaron su marcha, y penetraron en aquellas gargantas pro-

fundas sin encender hachas ni meter el menor ruido. Ni siquiera se oia el rumor de sus pasos en medio del estruendo atronador de las cascadas y de los rujidos de un violento vendabal que doblaba los bosques druídicos, y hacia girar las nubes alrededor de las armellas (1) cubiertas de nieve y escarcha. Perdida en las sombrías profundidades del desfiladero, la luz, casi siempre velada, de la luna, no bajaba hasta los hierros de sus picas, y las águilas blancas que pasaban de cuando en cuando por cima de sus cabezas, mal podian sospechar que tan gran muchedumbre de hombres turbase en aquel momento su profunda soledad.

En una ocasion el viejo Guldon Stayper tocó el hombro de Kennybol con la culata de su mosquete: —Capitan, capitan! allí detras de esas matas veo brillar no sé qué cosa.

—Yo tambien lo veo, respondió el gefe montañés; es el agua del torrente que refleja las nubes.

Y siguieron adelante.

En otra ocasion, Guldon cojió de repente á su jefe por el brazo:

—Mira, le dijo:—¿no te parece que son unas carabinas aquellas que brillan allá arriba, en la sombra de aquel peñon?

—Meneó Kennybol la cabeza y luego, despues

(1) Jalones que se clavan en los despoblados del norte con una campana en su estremidad superior para que con ella puedan pedir auxilio los viajeros estraviados. (*N. del Trad.*)

de un momento de reflexion: —Tranquilízate, hermano Guldon. Es la luz de la luna que cae sobre un pico de hielo.

No volvió á presentárseles ningun otro motivo de sobresalto, y las diferentes divisiones desplegadas eu buen órden en los recodos del desfiladero, olvidaron insensiblemente todos los peligros que presentaba su posicion.

Al cabo de dos horas de una marcha casi siempre penosa, en medio de troncos de árboles y de enormes fragmentos de granito que obstruian el camino, entró la vanguardia en el breñoso bosque de abetos que termina la garganta del Pilar Negro, y sobre el cual penden gigantescas rocas negras y musgosas.

Acercóse Guldon Stayper á Kennybol, asegurando que se felicitaba de hallarse en fin á punto de salir de aquel maldito atolladero, y que era preciso dar gracias á san Silvestre que no les hubiera sido fatal el Pilar Negro.

Echóse Kennybol á reir, jurando que nunca habian penetrado en su pecho aquellos miedos de viejas; porque para la mayor parte de los hombres, cuando ya ha pasado el peligro, es como si no hubiera existido, y todos procuran entonces probar por la incredulidad que muestran, el valor que no hubieran mostrado probablemente.

En aquel instante, dos lucecitas redondas, semejantes á dos áscuas, que se movian entre las ramas de los matorrales, llamaron su atencion.

—Por vida de mi bisabuela! dijo en voz baja, sacudiendo el brazo de Guldon, cátate dos ojitos de áscua que deben pertenecer, asi Dios me ayude, al mas soberbio gato montés que mahulló jamás entre las espinas de un jaral.

—Asi es la verdad, respondió el viejo Stayper, y si no fuera porque va delante de nosotros, estaria por decir que son los ojos malditos del demonio de Isl.

—Psit¡ dijo Kennybol. — Y luego aprestando su carabina: — A fé mia, prosiguió, que no ha de decirse que esa alhaja ha pasado impunemente por delante del cazador Kennybol, de las montañas de Kole.

Salió el tiro antes de que Guldon Stayper que se habia echado sobre el brazo del imprudente cazador, hubiese podido detenerle.... — No respondió á la sorda detonacion de la carabina el chillido agudo de un gato montés sino el rujido horrible de un tigre, seguido de una carcajada humana, mas horrible todavía.

No se oyó prolongarse el estruendo del tiro y morir de eco en eco en las profundidades de las montañas; porque apenas hubo brillado entre las sombras de la noche la luz de la carabina, apenas estalló en el silencio la esplosion fatal de la pólvora, cuando se alzaron de súbito un millar de voces formidables en todos los peñascos, en las gargantas y en los bosques; cuando un grito de *viva el rey!* inmenso como un trueno, rodó

bre las cabezas de los rebeldes, á su lado, delante y detrás de ellos, y el brillo destructor de una terrible mosquetería, estallando por todas partes, hiriéndoles y alumbrándolos juntamente, hizo ver entre rojos torbellinos de fuego, un batallon detrás de cada peñasco, un soldado detrás de cada árbol.

38.

Al arma! al arma! capitanes!
EL CAUTIVO DE OCHALI.

Tenga la bondad el lector de principiar de nuevo con nosotros el dia que acaba de trascurrir, y traspórtese á Skongen donde, mientras salian los insurjentes de la mina de plomo de Apsil-Corh, entró el rejimiento de los arcabuceros, cuya marcha seguimos en el capítulo 30 de esta verdadera historia.

Despues de haber dado algunas órdenes para el alojamiento de los soldados que mandaba, el baron Vœhtaün, coronel de los arcabuceros, iba á entrar en la casa que le estaba destinada junto á la puerta de la ciudad, cuando sintió una mano pesada como el plomo que caía familiarmente sobre su hombro. Volvió la cara el coronel, y vió delante de sí un hombre de pequeña estatura, cuyas facciones cubria un sombreron de mimbre, no dejando ver mas que su barba roja y espesa. Iba embozado de pies á cabeza en los pliegues de una especie de capa de buriel gris, que, á juzgar por un pedazo de

capucha que de ella pendia, parecia haber sido un hábito de un ermitaño, y solo dejaba ver sus manos cubiertas de enormes guantes.

—Hermano, preguntó en tono brusco el coronel, qué diablos quereis?

—Coronel de los arcabuceros de Munckholm, respondió el hombre con una espresion singular, sígueme porque tengo que darte un buen aviso.

Al oir este lenguaje, quedó por un momento sorprendido y mudo el baron.

—Un aviso importante, coronel! repitió el hombre de los guantes.

Este empeño determinó al baron Vœthaün porque en el momento de crisis en que se hallaba la provincia y con la mision que estaba encargado de desempeñar, no era de despreciar ninguna precaucion.—Vamos, dijo.

El enano le precedió é hizo alto apenas salieron de la ciudad: —Coronel, tienes muchas ganas de esterminar de un solo golpe á todos los rebeldes?

Echóse á reir el baron: —No seria mal modo, dijo, de empezar la campaña.

—Pues bien! pon desde hoy en emboscada á todos tus soldados en las gargantas del Pilar Negro, á dos millas de esta ciudad; en ellas se acamparán esta noche los insurjentes. A la primera hoguera que veas brillar, precipítate sobre ellos con los tuyos, y la victoria es segura.

—Buen hombre, el aviso es bueno y os le agradezco. ¿Pero cómo sabeis eso que me decís?

—Si me conocieras, coronel, mas bien me preguntarias como era posible que no lo supiera.

—Pues quién eres?

—No he venido aqui, respondió el otro con impaciencia, para decirte eso.

—Nada temais; quien quiera que seais, el servicio que haceis al estado con esas revelaciones, será vuestra salvaguardia. Acaso erais uno de los rebeldes?

—No he querido serlo.

—Pues entonces ¿ á que fin ocultar el nombre, pues sois un fiel vasallo de S. M?

—Que te importa!...

Quiso el coronel sacar algunas aclaraciones mas de aquel estraño consejero.

—Decidme, ¿es cierto que el gefe de los bandidos sea el famoso Han de Islandia?

—Han de Islandia? repitió el enano con una inflexion de voz muy singular.

Repitió su pregunta el baron; pero obtuvo por toda respuesta una carcajada que hubiera podido pasar por un rugido: aventuró tambien algunas otras preguntas sobre el número y los gefes de los mineros, pero el enano le tapó la boca diciendo:

—Coronel de los arcabuceros de Munckholm, te he dicho cuanto tenia que decirte. Embóscate desde hoy en el desfiladero del Pilar Negro con todo tu regimiento, y acabarás con ese rebaño de hombres.

—No quereis decirme quien sois, y asi os privais de la recompensa del rey; pero no por eso es me-

nos justo que el baron Vœthaun os manifieste su gratitud por el servicio que acabais de hacerle.

El coronel echó su bolsa á los pies del enano.

—Guárdate tu oro, coronel, dijo este, yo no le necesito; y, añadió, enseñándole un saco que llevaba pendiente del cinto, si quisieras una recompensa, aun podria darte, coronel, mucho oro en cambio de su sangre.

Antes de que el coronel volviera en sí de la admiracion que le causaron las inesplicables palabras de aquel ser misterioso, este habia desaparecido.

Volvióse lentamente el baron Vœthaun discurriendo entre sí sobre el crédito que debia dar á los avisos de aquel hombre. En el momento en que llegó á su alojamiento, entregáronle una carta sellada con las armas del gran canciller. Era en efecto un mensaje del conde de Ahlefeld, en que halló el coronel, con una sorpresa fácil de comprender, el mismo aviso y el mismo consejo que acababa de darle en las puertas de la ciudad el incomprensible personaje del sombrero de mimbre y de los enormes guantes.

39.

Cien banderas ondeaban sobre las cabezas de los valientes, arroyos de sangre corrian por dó quiera, y la muerte parecia preferible á la fuga. Un bardo sajon hubiera llamado á aquella noche las *fiestas de las espadas*; el grito de las águilas precipitándose sobre su presa, aquel estruendo de guerra, hubiera sido mas dulce para sus oidos que los alegres cantos de un festin de bodas.

WALTER SCOTT, *Ivanohœ.*

No trataremos de describir aquí la terrible confusion que rompió las columnas ya desordenadas de los rebeldes, cuando el fatal desfiladero les hizo ver de repente todas sus cimas erizadas, todas sus cuevas atestadas de inesperados enemigos. Difícil hubiera sido distinguir si el largo clamor formado de mil clamores, que se exhaló de sus filas súbitamente acosadas, era un grito de desesperacion, de rabia ó de terror. El fuego espantoso que vomitaban sobre ellos por todas partes los pelotones improvisados de

las tropas reales, crecia por instantes; y antes de que saliera de sus filas un solo tiro, despues del funesto tiro de Kennybol, ya no veian alrededor de ellos mas que una nube sofocante de humo caliente por en medio de la cual vagaba ciega la muerte; en que cada uno de ellos, aislado, á nadie reconocia distinguiendo apenas á lo lejos los grupos de los arcabuceros, de los dragones, de los hulanos que aparecian confusamente al frente de los peñascos y en medio de los jarales como otros tantos demonios en un horno encendido.

Todas aquellas bandas de rebeldes esparramadas en un espacio de como hasta una milla, en un camino estrecho y tortuoso, limitado por una parte por un torrente profundo y por la otra por una muralla de peñascos, lo que las imposibilitaba replegarse sobre sí mismas, se parecian á la serpiente descuartizada cuando ha desplegado todos sus anillos, y cuyos pedazos vivos se revuelcan por largo rato entre su espuma, procurando reunirse todavía.

Pasado el primer momento de sorpresa, la misma desesperacion animó de súbito como una alma comun á todos aquellos hombres naturalmente feroces é intrépidos. Furiosa al verse aniquilar indefensa, toda aquella turba de bandidos lanzó un clamor cual si formara un solo cuerpo, un clamor que cubrió por un momento todo el estruendo de los enemigos triunfantes; y cuando estos los vieron sin gefes, sin órden y casi sin armas, trepar, debajo de

un fuego espantoso, peñascos casi perpendiculares agarrándose con los dientes y las uñas á las matas encima de los precipicios, blandiendo martillos y orquillas de hierro, aquellos soldados tan bien armados, tan bien disciplinados, colocados en una posicion tan ventajosa, y que aun no habian perdido uno solo de los suyos, no pudieron reprimir un movimiento de terror involuntario.

Muchos de aquellos temerarios insurjentes llegaron, ya pasando sobre puentes de muertos, ya alzándose sobre los hombros de sus compañeros, aplicados á las grietas de las rocas, como escalas vivas, hasta las cumbres ocupadas por los agresores; pero apenas gritaban: *Libertad*! apenas alzaban en alto sus hachas ó sus nudosas mazas; apenas mostraban sus negros rostros, arrojando espumarajos de una rabia convulsiva, cuando caian precipitados en el abismo, arrastrando consigo á aquellos de sus atrevidos compañeros que encontraban en su caida, suspendidos á alguna mata ó abrazados á alguna punta de las rocas.

Los esfuerzos de aquellos miserables para huir ó para defenderse eran igualmente inútiles: todas las salidas del desfiladero estaban cerradas, todos los puntos accesibles estaban erizados de tropas. Casi todos aquellos desgraciados rebeldes espiraban mordiendo la arena del camino, despues de haber roto sus hachas ó sus puñales sobre algun pedazo de granito; algunos cruzando los brazos, clavados los ojos en el suelo, se sentaban sobre alguna pie-

dra á la vera del camino, y allí esperaban en silencio é inmóbiles á que una bala los arrojase en el torrente. Aquellos á quienes la perfidia de Hacket habia armado con malas escopetas, disparaban á la casualidad algunos tiros perdidos hácia la cresta de las rocas, hácia la boca de las cabernas, de donde continuamente caian sobre ellos nuevas balas. Un rumor tumultuoso en que se distinguian los gritos furiosos de los gefes y las tranquilas órdenes de los oficiales, se mezclaba de contínuo al estruendo intermitente y perpetuo de las descargas, mientras que un sangriento vapor subia y giraba sobre el lugar de la matanza, arrojando á la frente de la montaña grandes resplandores temblorosos, y que el torrente blanco de espuma pasaba como un enemigo entre aquellos dos ejércitos de hombres enemigos, llevándose su presa de cadáveres.

Desde los primeros momentos de la accion, ó por mejor decir de la carnicería, los montañeses de Kole, mandados por el intrepido é imprudente Kennybol llebaron lo peor de la batalla. Ya se acordará el lector de que formaban la vanguardia del ejército rebelde, y de que habian entrado en el bosque de pinos que termina el desfiladero. Apenas hubo cargado su carabina el malandante Kennybol, cuando aquel bosque, poblado de súbito, como por magia, de soldados enemigos, los encerró en un círculo de fuego; mientras que de la cumbre de una montaña que formaba una plataforma dominada por algunos peñones encorvados, un batallon entero del regimien-

to de Munckholm, formado en cuadro, hacia llover sobre ellos un diluvio de balas. En aquella horrible crisis, Kennybol desesperado, tendió la vista hácia el misterioso gigante, no esperando ya su salvacion mas que de la intervencion de un podér sobrenatural como el de Han de Islandia; pero no vió al formidable demonio tender repentinamente dos inmensas alas y elevarse por cima de los combatientes vomitando llamas y rayos sobre los arcabuceros; no le vió llegar con la frente á las estrellas y derribar una montaña sobre los enemigos; ó herir la tierra con el pié y abrir un abismo bajo las plantas del ejército emboscado. Aquel formidable Han de Islandia retrocedió como él desde la primera descarga, y se le llegó bastante trémulo y asustádo, pidiendo una carabina, en atencion, decia con voz algun tanto natural, á que en semejante momento, tan inútil le era su hacha como la rueca de una vieja.

Atónito Kennybol, pero siempre crédulo, entregó su escopeta al gigante con un terror que casi le hacia olvidar el miedo de las balas que llovian en torno de él. Contando con un prodijio como con cosa segura, esperó que su arma fatal se volveria entre las manos de Han de Islandia tan górda como un cañon, ó se convertiria en un dragon aladó arrojando fuego por los ojos, por la boca y por las narices. Pero no sucedió así, y llegó á su punto la admiracion del pobre cazador, cuando vió al demonio cargar como él su carabina, con plomo y pólvora vulgares, hacer la puntería á su modo y dispa-

rar lisa y llanamente su tiro, sin apuntar tan bien como él, Kennybol, hubiera podido hacerlo. Miróle con honda estupefaccion repetir muchas veces seguidas aquella operacion meramente maquinal; y convencido en fin de que era preciso renunciar á un milagro, trató de sacar á sus compañeros y de sacarse á sí mismo del mal trance en que se hallaban, por algun medio humano. Ya habia caido muerto á sus pies acribillado de heridas su antiguo compañero Guldon Stayper; ya todos los montañeses atontados y sin poder huir, sitiados por todas partes, estrechaban sus filas sin pensar en defenderse, con lamentables clamores. Comprendió Kennybol y bió cuanta seguridad daba á los tiros del enemigo aquel monton de hombres apiñados, veinte de los cuales por lo menos quedaban fuera de combate á cada descarga de los soldados. Dió órden para que se esparramaran sus desgraciados compañeros y entraran entre las matas que costean el camino, mucho mas ancho en aquel sitio que en todo el resto de la garganta del Pilar Negro, se escondieran entre las zarzas, y respondieran como Dios les diese á entender al fuego cada vez mas mortífero de los batallones enemigos. Los montañeses, bien armados por lo general, porque todos eran cazadores, ejecutaron la orden de su gefe con una sumision que acaso no hubiera obtenido este en un momento menos crítico; porque enfrente del peligro, los hombres por lo general pierden la cabeza, y entonces obedecen gustosos al primero que

se encarga de tener un poco de sangre fria y de firmeza por los demás.

Esta prudente medida estaba muy lejos sin embargo de ser la victoria, ni tan siquiera la salvacion. Ya habia mas montañeses tendidos por tierra, fuera de combate, de los que quedaban en pié; y á pesar del ejemplo y de los estímulos de su gefe y del gigante, muchos de ellos apoyándose en sus inútiles mosquetes ó tendiéndose junto á los heridos, tomaron obstinadamente el partido de recibir la muerte sin curarse en manera alguna de darla.

Acaso parecerá estraño que unos hombres acostumbrados todos los dias á arrostrar la muerte corriendo sobre montes de hielo en persecucion de las fieras, desmayasen tan pronto; pero téngase muy presente que en los corazones vulgares, el valor es puramente local. Se puede reir delante de las balas y temblar en las tinieblas, ó en la orilla de un precipicio; se puede lidiar todos los dias con las fieras, salvar profundos abismos sobre puentes estrechos y flexibles, y huir delante de una descarga de artillería. Con frecuencia acontece que la intrepidez no es mas que una costumbre, y que aunque se deje de temer la muerte bajo esta ó la otra forma, no por eso se deje de temer la muerte.

Kennybol, rodeado de montones de cadáveres de sus hermanos empezaba ya á perder toda esperanza, á pesar de que no habia recibido aun mas que un ligero fogonazo en el brazo izquierdo, y de que veia al gigante continuar su oficio de fusilero

con la mas impávida serenidad, cuando vió de repente en el fatal batallon formado sobre la montaña, manifestarse una confusion extraordinaria y que seguramente no podia proceder del poquísimo daño que le causaba el tiroteo de sus montañeses. Oyó terribles gritos de agonía, imprecaciones de moribundos, palabras de espanto y clamores de desesperacion alzarse de en medio de aquel peloton victorioso. Pronto calmó la mosquetería, aclaróse el humo, y pudo Kennybol ver distintamente que caian sin interrupcion enormes fragmentos de granito sobre los arcabuceros de Munckholm, desde lo alto de la elevada roca que dominaba el terreno en que estaban formados en batalla. Aquellas peñas se succedian en su caida con espantosa rapidez. Oíalas Kennybol quebrarse con estruendo las unas sobre las otras, bolando entre los soldados, que rompiendo sus líneas, se apresuraban en tropel á bajar de aquella altura, huyendo en todas direcciones.

Al ver este inesperado auxilio, volvió Kennybol la cabeza: — y sin embargo, allí estaba el gigante todavía! Quedó el montañes estupefacto, porque creyó que Han de Islandia se habia en fin decidido á echarle á volar y colocádose en la cima de aquella roca desde donde esterminaba al enemigo. Alzó los ojos hasta la cumbre desde donde caian las formidables masas y nada vió; por lo que no pudo suponer que una parte de los rebeldes hubiera llegado á aquella excelente posicion, pues no veia brillar armas ni oia clamores de triunfo.

Cesó entre tanto el fuego de los soldados; el espeso bosque ocultaba sin duda los restos del batallon que se replegaba seguramente al pie de la altura; la mosqueteria de las guerrillas era ya mucho menos viva. Kennybol como gefe hábil, supo sacar partido de aquella ventaja tan inesperada; alentó á sus compañeros y les hizo ver al triste esplendor que iluminaba toda aquella escena de carnicería, el monton de cadáveres hacinados sobre la llanura entre las peñas que continuaban cayendo sin interrupcion. Entonces los montañeses respondieron á su vez con gritos de victoria á los gemidos de sus enemigos, formáronse en columna, y aunque asaz molestados por las guerrillas esparcidas en los jarales, resolvieron llenos de nueva intrepidez salir á viva fuerza de aquel funesto desfiladero.

Ya iba á ponerse en movimiento la columna formada en batalla; ya Kennybol daba la señal con su trompa, al son de las aclamaciones *libertad, libertad! muera la tutela!*, cuando el eco de los tambores y de las cornetas, que tocaban á degüello, se hizo oir delante de ellos; luego el resto del batallon de la esplanada aumentado con algunos refuerzos de soldados frescos, desembocó á un tiro de fusil de un recodo del camino y mostró á los montañases un muro erizado de picas y de bayonetas cubierto con numerosas filas, cuyo número no podia determinarse á primera vista. Llegado asi de súbito al frente de la columna de Kennybol, hizo alto el batallon y el que parecia ser su gefe tremoló

una banderola blanca adelantándose hácia los montañeses acompañado por un corneta.

La inesperada aparicion de este destacamento no turbó á Kennybol, porque hay un punto en el sentimiento del peligro, en que la sorpresa y el temor son imposibles. Al oir los primeros sonidos de la corneta y del tambor, el viejo zorro de Kole detuvo á sus compañeros: y cuando la línea del batallon se hubo desplegado en buen orden, hizo cargar todas las carabinas y dispuso sus montañeses de dos en dos, á fin de presentar menos superficie á las descargas del enemigo. Púsose al frente de los suyos, junto al gigante, con el cual, en el calor de la accion casi empezaba á familiarizarse, habiendo osado advertir que sus ojos no eran precisamente tan ardientes como el horno de una fragua, y que las supuestas garras de sus manos no se alejaban tanto como se decia de la forma y color de las uñas humanas.

Cuando vió al comandante de los arcabuceros adelantarse como si viniera á capitular, y que cesaba de repente el tiroteo de las guerrillas, á pesar de que todavía se las oia llamarse unas á otras en el bosque, suspendió por un momento sus preparativos de defensa.

Sin embargo, el oficial de la bandera blanca habia llegado á la mitad del espacio que separaba las dos columnas; detúvose, y el trompeta que le acompañaba repitió tres veces el toque de intimacion. Entonces el oficial gritó con voz sonora que

claramente oyeron los montañeses, á pesar del terrible estruendo, y cada vez mayor que producia el combate en las gargantas de la montaña.

—En nombre del Rey! se concede el perdon del Rey á todos los rebeldes que rindan las armas y entreguen á sus jefes á la soberana justicia de su magestad.

Apenas pronunció el parlamentario estas palabras, salió un tiro de un jaral inmediato: bamboleóse sobre sus rodillas el herido oficial; dió algunos pasos levantando en alto su bandera, y cayó esclamando: —Traicion!

Nadie supo de dónde habia salido el tiro.

—Traicion! cobarde traicion! repitió el batallon de los arcabuceros bramando de rabia; y una terrible salva de fuego graneado cayó sobre los montañeses.

—Traicion! repitieron tambien los rebeldes indignados de ver á sus hermanos caer junto á ellos; y una descarga general respondió al inesperado ataque de las tropas reales.

—A ellos, compañeros! mueran esos cobardes; gritaron los oficiales de los arcabuceros.

—Muerte! muerte! repitieron los montañeses.

Y los combatientes de ambos partidos se precipitaron con sable en mano unos sobre otros, y las dos columnas se estrellaron casi sobre el cuerpo del desdichado oficial, con un horrible estruendo de armas y de clamores.

Mezcláronse las filas; gefes rebeldes, oficiales rea-

les, soldados, montañeses, todos en confuso tropel se juntaron, se asieron y se apretaron como dos rebaños de hambrientos tigres que se encuentran en un desierto. Las lanzas, las bayonetas, las partesanas, eran ya del todo inútiles; solo los sabels y las hachas brillaban sobre las cabezas; y muchos combatientes, luchando cuerpo á cuerpo, no podian emplear otras armas mas que el puñal y los dientes.

El mismo furor, la misma indignacion animaban á los montañeses y á los arcabuceros; el mismo grito *traicion! venganza!* salía de todas las bocas. Habia llegado la lid á aquel punto en que entra la ferocidad en todos los corazones, en que se prefiere á la vida propia la muerte de un enemigo á quien no se conoce, en que se anda con indiferencia sobre montones de heridos y de cadáveres, entre los que se incorpora aun el moribundo para morder al que le pisa.

En aquel punto y sazon fué cuando una especie de enano, que muchos combatientes, viéndole por entre el humo y los vapores de la sangre, tomaron á primera vista, á causa de sus vestidos de pieles, por una fiera, se precipitó en mitad de la pelea con horribles carcajadas y ásperos bramidos de alegría. Nadie sabia de dónde venia aquel mónstruo, ni por qué partido peleaba, porque su hacha de piedra no escojia sus víctimas, y así hendia el cráneo de un rebelde como el vientre de un soldado; se conocia, sin embargo, que se encarnizaba mas que contra los montañeses, contra los arcabuceros

de Munckholm. Todos huian delante de él; corria el bárbaro en el campo de batalla como un espíritu, y su hacha ensangrentada giraba de continuo en torno de su cabeza, haciendo saltar por todas partes pedazos de carne, miembros rompidos y huesos en hastillas; gritaba *venganza!* como todos los demas y pronunciaba palabras incoherentes, entre las que se oia con frecuencia el nombre de *Gill.* Aquel formidable desconocido estaba en medio de la matanza como en una fiesta.

Un montañés en quien habia fijado el mónstruo su mirada sangrienta, cayó á los pies del gigante en quien habia fundado Kennybol tantas esperanzas burladas, esclamando;

—Han de Islandia, sálvame!

—Han de Islandia! repitió el enano, acercándose al gigante.....

—Eres tú Han de Islandia? le dijo.

El gigante por toda respuesta levantó su hacha de hierro. Retrocedió el enano, y el filo de la hacha, al caer, fué á clavarse en el cráneo mismo del miserable que imploraba la proteccion del gigante.

El desconocido se echó á reir.

—Hò! ho! por el alma de Ingolfo', que creia mas diestro á Han de Islandia!.....

—Así salva Han de Islandia á quien le implora! dijo el gigante.

—Tienes razon.

Atacáronse con indecible rabia los dos formidables campeones. Encontráronse la hacha de pie-

dra y la hacha de hierro, y se estrellaron con tal violencia, que los dos cortes volaron en pedazos echando chispas.

Mas rápido que el pensamiento, el enano desarmado cojió una enorme maza de madera, abandonada en el suelo por un moribundo, y esquivando al gigante que se inclinaba para asirle entre sus brazos, asentó con ambas manos un furioso golpe con su maza sobre la ancha frente de su colosal adversario.

—Mucho te pesaba el nombre, le dijo; no has podido vivir con él;—y blandiendo su maza victoriosa, fué á buscar nuevas víctimas.

Pero no habia muerto el gigante, aunque la violencia del golpe le habia atontado, y héchole caer al suelo sin sentido. Empezó á abrir los ojos medio apagados y á hacer algunos débiles movimientos, cuando le divisó un arcabucero entre la muchedumbre y se precipitó sobre él, gritando:—*Han de Islandia es nuestro! victoria!*

—*Han de Islandia prisionero!* repitieron todas las voces con acentos de triunfo ó de abatimiento. El enano habia desaparecido.

Buen rato hacia ya que empezaban los montañeses á flaquear notablemente, porque se habian agregado á los arcabuceros de Munckholm las guerrillas del bosque y algunos destacamentos de hulanos y de dragones desmontados que llegaban continuamente del interior de las gargantas, donde la rendicion de los principales gefes rebeldes habia pues-

to fin á la carnicería. El valiente Kennybol, herido al principiarse la accion, habia caido prisionero: la captura de Han de Islandia acabó de abatir el valor de los montañeses. — Al fin rindieron las armas.

Cuando los primeros albores del crepúsculo matinal iluminaron la cima aguda de los altos ventisqueros, aun medio sumerjidos en sombra, no habia ya en los desfiladeros del Pilar Negro mas que un lúgubre silencio, un silencio profundo, interrumpido tal vez de cuando en cuando por vagos y moribundos quejidos que se llevaba entre sus álas el aura apacible de la mañana. Negras bandadas de cuervos acudian de todos los puntos del cielo hácia aquellas fatales gargantas; y algunos pobres pastores, que pasaron á la hora del crepúsculo por la vera de los bosques, volvieron temblando á sus cabañas, asegurando que habian visto en el desfiladero del Pilar Negro una fiera con semblante humano, que bebia sangre en un cráneo, sentada sobre montones de cadáveres.

40.

Quémese quien quiera bajo de esos fuegos cubiertos!
BRENTOMA.

—Hija mia, abre esa ventana; esos vidrios de colores son tan sombríos! Abre la ventana, hija mia, porque quiero ver la luz.

—Ved la luz, padre mio! la noche se acerca á toda prisa.

—Aun quedan algunos rayos del sol sobre las colinas que costean el golfo. Yo necesito respirar ese aire libre por entre las rejas de mi prision.—El cielo está tan puro!.....

—Padre mio, en el horizonte se prepara una tempestad.

—Una tempestad, Ethel! dónde la ves?

—Espero una tempestad, padre mio, porque el cielo está puro y sereno.

Echó el anciano una mirada de sorpresa sobre la niña.

—Si yo hubiera tenido siempre presente eso mis-

mo desde mi juventud, ahora no estaria aqui.—Y luego añadió con mas calma:—Eso que dices es exacto, pero no es propio de tu edad. No comprendo en que pueda consistir que tu razon juvenil se parece á mi esperiencia de anciano.

Bajó los ojos Ethel, como confundida por aquella reflexion grave y sencilla. Juntáronse sus dos manos dolorosamente, y un profundo suspiro se exhaló de su pecho.

—Hija mia, dijo el venerable cautivo, hace algunos dias que estás pálida como si nunca la vida hubiera calentado la sangre de tus venas. Ya hace algunas mañanas que vienes á darme los buenos dias con los párpados hinchados y encendidos, con ojos que han llorado y velado. Ya hace muchos dias, Ethel, que vivo en profundo silencio, porque tu voz no procura arrancarme á la sombría meditacion de mis infortunios pasados. Estás junto á mí, mas triste que yo; y sin embargo, tu no tienes, como tu padre, el peso de toda una vida de amarguras y miserias que pese sobre tu alma. La afliccion rodea tu juventud, pero no puede penetrar hasta tu corazon: las nubes de la mañana se disipan prontamente. Tú estas en aquella época de la existencia, en que el alma se elije en sus deseos, un porvénir independiente de la actualidad, cualquiera que está sea. Qué has hecho, hija mia? Gracias á este monotono cautiverio, estás al abrigo de las desgracias imprevistas. Qué falta has cometido?—No puedo creer que te aflijas por mí, porque ya debes estar

acostumbrada á mi irremediable infortunio. Verdad es que ya no te doy ninguna esperanza; pero no es ese un motivo para que lea yo la desesperacion en tus ojos.

Esto diciendo, se habia enternecido la voz severa del prisionero casi hasta el acento paternal. Ethel, sin saber que decir, estaba en pie delante de él; pero de repente, se volvió con un movimiento casi convulsivo, cayó de rodillas sobre la piedra, y ocultó su rostro entre sus manos, como para sofocar las lágrimas y los sollozos que se exhalaban tumultuosamente de su pecho.

Demasiado dolor se albergaba en el pecho de la desventurada doncella. ¿Qué habia hecho la infeliz á aquella fatal extranjera, para que la revelara el secreto que destruia toda su vida? Ah! Desde que habia llegado á saber quien era su Ordener, la pobre niña no habia podido entregar sus ojos al sueño ni el alma á la paz: durante la noche, no hallaba otro consuelo que el de poder llorar en libertad. Ya no habia remedio! No era ya para ella el hombre que la pertenecia por todas sus memorias, por todos sus dolores, por todas sus oraciones, el hombre de quien se habia creido esposa, fiada en sus ilusiones, porque aquella noche en que Ordener la habia estrechado tan tiernamente entre sus brazos no existia ya en su mente mas que como un sueño. Y en efecto, aquel dulce sueño se habia repetido en todas sus noches. ¡Culpable era ya la ternura que conservaba á pesar suyo á aquel amigo ausente. ¡Su

Ordener iba á casarse con otra! y quien podrá decir lo que sintió aquel corazon virginal cuando se deslizó en él como una bívora el sentimiento amargo y desconocido de los celos? cuando se ajitó durante sus largas horas de desvelo en su abrasante lecho, figurándose á su Ordener, acaso en aquel mismo instante, entre los brazos de otra muger mas hermosa, mas rica y mas noble que ella? Porque, decia la infeliz entre sí, ¡ insensata que llegué á imaginarme que habia ido á buscar la muerte por mí!... Ordener es el hijo de un virey, de un señor poderoso, y yo.... yo soy mas que una pobre prisionera.... yo no soy mas que la hija despreciada de un pobre proscripto! El se ha ido, y es libre! y se ha ido sin duda para unirse con su hermosa querida, la hija de un canciller, de un ministro, de un orgulloso conde!...

—Y es posible que me haya engañado mi Ordener? Dios mio! quien me hubiera dicho que aquella voz podia engañarme?.... Y la desventurada Ethel lloraba y, no hacia mas que llorar y veia delante de sus ojos á su Ordener, al jóven que era el ídolo de todos sus pensamientos, brillante con todo el esplendor de su rango, dirigiéndose al altar en medio de una fiesta, y volviendo la cara hácia su querida con aquella sonrisa que fué algun dia el hechizo de su corazon.

Sin embargo, en medio de su profunda amargura no habia olvidado ni por un memento su ternura filial. Aquella débil criatura habia hecho los mas heróicos esfuerzos para ocultar su infortunio á

su desgraciado padre; porque es lo mas doloroso en el dolor tener que reprimir su esplosion esterior, y las lágrimas que devora la resignacion son mucho mas amargas que las que derrama el desconsuelo. Muchos dias pasaron antes de que el silencioso anciano advirtiese la mudanza de Ethel, y las preguntas casi afectuosas que acababa de dirjgirla, habian hecho por fin brotar sus lágrimas por tan largo tiempo comprimidas en su corazon.

Miró el anciano con amarga sonrisa y meneando la cabeza, el llanto de su hija.

--Ethel, dijo en fin, tú que no vives entre los hombres ¿por qué lloras?

Apenas acababa estas palabras, púsose en pié la noble y hermosa niña: por no sé qué esfuerzo de valor mujeril, habia detenido las lágrimas en sus ojos y se las enjugaba con su velo.

--Padre mio, dijo con enerjia, mi padre y señor--perdonadme: ha sido un momento de flaqueza.

Y luego fijó en él sus ojos procurando sonreir.

Fué al fondo de la estancia á buscar el libro del *Eda*, volvió á sentarse junto á su padre taciturno, y abrió el libro á la casualidad. Entonces, calmando la ajitacion de su voz, empezó á leer, pero su inútil lectura pasaba sin ser escuchada por ella ni por el anciano.

Hizo este un movimiento con la mano, indicándola que callara.

--Basta, basta, hija mia.

Ethel cerró el libro.

¡Hija mia, añadió Sehumaker, piensas alguna vez en Ordener?

Estremecióse de pies á cabeza la pobre niña.

—Si, continuó el anciano, en aquel Ordener, que se fué.....

—Padre mio, interrumpió Ethel, á que fin ocuparnos en él? Creo como vos que se ha ido para nunca mas volver.

—Para nuca mas volver, hija mia!.... Yo no he podido decirte eso. No sé que presentimiento me asegura que volverá.

—No pensabais asi, padre mio, cuando me hablabais con tanta desconfianza de ese jóven.

—Te he hablado de él con desconfianza?

—Sí, padre mio, y en eso soy de vuestra opinion; creo que nos ha engañado.

—Que nos ha engañado, hija mia! Si lo he creido, he hecho lo que hacen todos los hombres que acusan sin pruebas..... Nunca he recibido de Ordener mas que testimonios de amistad.

—Y sabeis, padre mio, si aquellas cordiales palabras no ocultaban pensamientos de perfidia.

—Los hombres por lo general huyen de los desgraciados, como del fuego. Si ese Ordener no me profesara algun afecto, no hubiera venido á mi prision así, sin objeto ninguno.

—Y estais seguro, repuso Ethel con tímida voz, de que al venir aquí no ha traido ningun objeto?

—Y cuál? preguntó con vivacidad el anciano.

Ethel no pudo responder. Era para ella un es-

fuerzo muy superior á sus fuerzas seguir acusando á su amado Ordener, á quien antes defendia contra su padre.

—Ya no soy el conde de Griffenfeld, hija mia, prosiguió este; ya no soy el gran canciller de Dinamarca y de Noruega, el dispensador favorito de las mercedes reales, el omnipotente ministro. Soy un miserable prisionero de estado, un proscripto, un leproso político; no es ya pequeña muestra de valor el hablar de mí sin execracion á todos esos hombres á quienes he colmado de honores y de riquezas; es un verdadero sacrificio entrar por las puertas de este calabozo, no siendo carcelero ni verdugo; es un esceso de heroismo, hija mia, entrar por ellas llamándose mi amigo.—No—no seré yo ingrato como toda esa raza humana: ese jóven ha merecido mi gratitud, aunque no sea mas que por haberme mostrado un semblante amigo y héchome oir una voz consoladora.

Ethel escuchaba con dolor estas palabras que la hubieran colmado de alegría algunos dias antes, cuando aquel Ordener era aun para ella su Ordener. El anciano, despues de un momento de silencio, repuso con voz solemne.

—Escúchame, hija mia, porque lo que voy á decirte es muy grave. Conozco que me voy consumiendo lentamente; la vida se retira poco á poco de mí -sí, hija mia, mi fin se acerca.

Ethel le interrumpió con un jemido convulsivo.

—Padre mio! por Dios, no hableis así! piedad,

compasion para vuestra hija! Ah! quereis abandonarla tambien! y que será de ella, sola en el mundo, si la falta vuestra proteccion?

—La proteccion de un proscripto! dijo el anciano meneando la cabeza.—En fin, en eso mismo he pensado yo: sí—tú felicidad futura me ocupa aun mas que mis infortunios pasados. Escúchame y no me interrumpas. Ordener no merece que le juzgues con tanta severidad, hija mia, y aun yo habia creido hasta ahora que no le mirabas con tanta aversion. Su continente es franco, noble—lo que nada prueba en verdad;—pero debo decir tambien que no me parece acaso desprovisto de toda virtud, si bien es cierto que le basta tener un alma de hombre para llevar en su seno el gérmen de todos los vicios y de todos los crímenes. Toda llama produce humo.

De nuevo calló el anciano, y fijando los ojos en su hija, añadió.

—Convencido en el fondo de mi corazon de que se acerca la hora de mi muerte, he meditado acerca de él y de tí, Ethel; y si vuelve, como lo espero.... te le doy por protector y por marido.

Estremecióse Ethel y se puso mas pálida que la nieve; en el momento mismo en que acababa de desvanecerse su sueño de felicidad, iba su padre á realizarle! Este pensamiento tan amargo—*Yo hubiera podido ser feliz!* comunicó á su desesperacion la mas terrible violencia. Permaneció un momento sin poder hablar, temerosa de dar rienda suelta á las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

Su padre esperaba—

—Y qué, dijo por fin Ethel con voz doliente, me lo destinabais para marido, padre mio, sin conocer su orígen, su familia, su nombre?

—Yo no te le *destinaba*, hija mia; te le *destino*.

El acento del anciano era casi imperioso; Ethel suspiró profundamente.

—Repito que te le destino—¿Y qué importa su orígen? yo no necesito conocer su familia pues que conozco su persona.—Piénsalo bien, esta es la única aurora de salvacion que te queda. Creo por fortuna que no te mira Ordener con tanta aversion como tú á él.

La pobre Ethel alzó los ojos al cielo.

—Ya me oyes, hija mia; lo repito; qué me importa su familia? Probablemente será de un rango muy oscuro, porque á los que nacen en los palacios no los enseñan á frecuentar las prisiones. Sí—y no manifiestes un orgullo intempestivo, hija mia; no olvides que Ethel Schumacker no és ya princesa de Wollin, y condesa de Tongsberg; ya has descendido aun mas abajo del punto desde donde se elevó tu padre.

Sé pues feliz si ese hombre acepta tu mano, cualquiera que sea su cuna; si es de humilde extraccion tanto mejor para tí, hija mia; asi á lo menos estará tu vida á cubierto de las borrascas que han acibarado la existencia de tu padre. Pasarás lejos de la envidia y del odio de los hombres, con al-

gun nombre desconocido, una existencia ignorada, muy diferente de la mia, porque acabará mucho mejor de lo que ha empezado...

Ethel cayó de rodillas delante del prisionero.

—Padre mio...! perdon!

—Qué quieres decir, hija mia?

—En nombre del cielo, no me pinteis esa felicidad que no es para mí!...

Ethel, repuso con tono el anciano severo, no juegues con tu porvenir. Yo he rehusado la mano de una princesa de sangre real, de una princesa de Holsteim-Augustemburgo, lo oyes? Y mi orgullo ha sido cruelmente castigado; tú desdeñas la de un hombre oscuro, pero honrado; tiembla de que otro tanto te suceda á tí.

—Ojalá, murmuró Ethel, fuera un hombre oscuro y honrado.

Levantóse el anciano, y dió algunos pasos por la estancia con profunda ajitacion.

—Hija mia, tu padre te lo ruega y te lo manda... No me dejes en la hora de mi muerte una inquietud amarga por tu porvenir; prométeme que aceptarás por tu esposo á ese extranjero.

—Yo os obedeceré siempre, padre mio; pero no espereis que vuelva...

—He pesado todas las probabilidades y creo, á juzgar por el acento con que pronunció Ordener tu nombre...

Que me ama! interrumpió Ethel amargamente; oh! no! no lo creais!!—

El padre respondió con frialdad:

—Ignoro si, para servirme de tu espresion pueril, te ama; pero sé que volverá.

—Perded esa esperanza, querido padre. Ademas puede que no le quisierais por yerno si le conocierais.

—Lo será, Ethel, cualquiera que sean su nombre y su rango.

—Pues bien! repuso ella, si ese jóven en quien habeis visto un consolador, en quien habeis creido ver un apoyo para vuestra hija — padre mio, si ese hombre fuera hijo de uno de vuestros mortales enemigos, del virey de Noruega, del conde Guldenlew?. . .

Schumaker retrocedió dos pasos:

—Que estás diciendo, Dios mio! Ordener! ese Ordener!. . . no lo puedo creer.—

La indecible espresion de odio que acababa de encenderse en los ojos empañados del anciano, heló el corazon de la pobre Ethel que en vano se arrepintió de la imprudente palabra que acababa de pronunciar.

Aquellas palabras produjeron un efecto terrible. Permaneció Schumaker algunos instantes inmóbil y con los brazos cruzados; todo su cuerpo temblaba como si estuviera sobre ascuas, sus ojos llameantes saltaban de sus órbitas, y su mirada, fija en las losas de piedra, parecia querer penetrarlas. Por fin, salieron de sus labios azules algunas palabras articuladas con una voz tan débil como la de un hombre que está soñando.

—Ordener! Sí— eso es, Ordener Güldenlew! Bien! Schumaker, viejo insensato, — abre los brazos para que venga ese honrado Ordener y te dé de puñaladas.

De repente dió una patada en el suelo con toda fuerza, y dijo con voz de trueno:

—Con que me han enviado toda su infame ralea para insultarme en mi desgracia y en mi cautiverio! Ya he visto á un Ahlefeld! casi he sonreido á un Guldenlew!—Mónstruos! Quien hubiera dicho de aquel Ordener, que tuviera un alma tan negra y un nombre tan odioso! Ah! miserable de mí!

Luego cayó desplomado en su sillon, y mientras salian de su pecho agitado largos suspiros, la pobre Ethel palpitante de espanto lloraba á sus pies.

—No llores, hija mia, dijo con voz sombría:— Oh! ven, ven á mi corazon!

Y el buen viejo la estrechó entre sus brazos.

No sabia Ethel como esplicarse aquella caricia en un momento de rabia, cuando prosiguió su padre:

—A lo menos, hija mia, has tenido mas prevision que tu anciano padre; tú no has sido engañada por la serpiente de ojos dulces y venenosos. Ven, que quiero darte las gracias por el odio que has mostrado á ese execrable Ordener.

Y Ethel se estremeció de aquel elojio, ay! tan poco merecido.

—Padre mio y señor, dijo, serenaos...

—Prométeme, prosiguió Schumacker, consagrar siempre los mismos sentimientos al hijo de Guldenlew; júramelo.

—Dios prohibe los juramentos, padre mio. . .

—Júramelo, hija mia, repitió Schumacker con vehemencia. No es verdad que siempre conservarás el mismo corazon para ese Ordener Guldenlew?. . .

Ethel respondió inmediatamente: —Siempre.

El anciano la estrechó contra su pecho.

—Bien, hija mia, léguete yo á lo menos el odio que les profeso, ya que no puedo dejarte los bienes y los honores que me han quitado. Escucha, esos infames arrebataron á tu anciano padre su rango y su gloria; le han llevado de un cadalso á un calabozo, como para mancharme con todas las infamias, haciéndome pasar por todos los suplicios. Miserables! Y á mí me debian el poder que han empleado contra mí ¡Oh! asi me oigan el cielo y el infierno, como deseo que sean todos malditos en su existencia y malditos en su posteridad!

Calló un momento, y luego abrazando á la tímida Ethel, aterrada de sus imprecaciones:

—Pero Ethel mia, tú que eres mi única gloria y mi único bien, dime, cómo ha sido tu instinto mas hábil que mi experiencia? Cómo has descubierto que el nombre de ese traidor era uno de aquellos nombres aborrecidos que están escritos con hiel en el fondo de mi corazon? Cómo has penetrado este secreto?

Recurria Ethel á todas sus fuerzas para res-

ponder, cuando de pronto se abrió la puerta.

Un hombre vestido de negro, que llevaba en la mano una varita de ébano y una cadena de acero bruñido pendiente del cuello, se presentó en la estancia, rodeado de algunos alabarderos vestidos igualmente de negro.

—Qué me quieres? preguntó el cautivo con acrimonía y asombro.

El hombre, sin responderle ni aun mirarle, desarrolló un largo pergamino del que pendia con hilos de seda un sello de lácre verde, y leyó en alta voz:

—"En nombre de su majestad nuestro misericordioso soberano y señor, Christiern, rey!

"Se manda á Schumacker, prisionero de estado en la fortaleza real de Munckholm, y á su hija, que sigan al portador de la presente orden."

Schumacker repitió su pregunta:

—Qué me quieres?

El hombre negro siempre impasible, empezó de nuevo su lectura.

—Basta, dijo el anciano.

Y entonces, poniéndose en pie, hizo señal á Ethel atónita y asustada, de que siguiese con él á aquella lúgubre comitiva.

Suena una lúgubre señal; un abyecto ministro de la justicia, viene á llamar á su puerta y á decirle que le necesitan.

JOSEF DE MAISTRE.

Acababan de caer las sombras de la noche; un viento frio silbaba en derredor de la Torre Maldita, y las puertas de la ruina de Vygla temblaban en sus gozhes como si la misma mano las sacudiera todas á la vez.

Los rudos habitantes de la torre, el verdugo y su familia estaban reunidos alrededor de la hoguera encendida en medio de la sala del primer piso, que derramaba vacilantes fulgores sobre sus rostros sombríos y sus vestidos de escarlata. Habia en las facciones de los muchachos algo de feroz como la risa de su padre, y de insensato como la mirada de su madre. Sus ojos, como los de Bechlie, estaban clavados en Orugix que sentado en un banquillo de madera, parecia estar recobrando aliento, y cuyos pies cubiertos de polvo anunciaban que acababa de llegar de una espedicion lejana.

—Mujer, escucha; escuchad, muchachos, que

no he estado ausente dos dias para traer malas nuevas. Si antes de un mes no soy ejecutor real, consiento en no saber apretar un nudo corredizo, ni manejar una hacha. Regocijaos, lobeznos de mis entrañas; porque puede que vuestro padre os deje algun dia por herencia nada menos que el cadalso de Copenhague.

— Nycol, preguntó Beclia, pues qué sucede?

— Y tú, gitana mia, repuso Nycol con su risa bestial, regocíjate tambien porque podrás comprar collares de vidrio azul para adornar tu pescuezo de cigüeña ahorcada. Pronto se acaba nuestra contrata; pero yo te juro que antes de un mes, cuando me veas primer verdugo de los dos reinos, no te harás de pencas para romper otro cántaro (1) conmigo.

— Pues qué hay, padre? preguntaron los hijos, el mayor de los cuales jugaba con un caballete ensangrentado, mientras que el menor se entretenia en desplumar á un pájaro vivo que habia arrebatado á su madre en el mismo nido.

— ¿Qué es lo que hay, hijos mios?... — Acaba de matar á ese pájaro, Haspar, que chilla como una

(1) En la célebre novela de Victor Hugo titulada *Nôtre Dame de Paris*, que daremos á luz inmediatamente despues de Han de Islandia, se hace mencion de esta costumbre gitana por la qual quedan lejítimamente casados para cierto número de años el hombre y la muger que de comun acuerdo rompen un cántaro ó una alcarraza. Muchos autores citan esta costumbre singular.

(*N. del T.*)

sierra mellada; ademas, no hay que ser cruel. Mátale. – Qué es lo que hay? Nada, poca cosa en verdad, señora Beclia, sino que antes de ocho dias el ex-canciller Schumacker que está prisionero en Munckholm, despues de haberme visto la cara tan de cerca en Copenhague, y el famoso bandido de Islandia, Han de Klipstadur, me caerán entre las uñas juntitos, si Dios no lo remedia.

Los ojos desencajados de la mujer roja tomaron una espresion de asombro y de curiosidad.

—Schumacker! Han de Islandia! ¿cómo es eso, Nycol?

—Voy á contároslo. Ayer mañana me encontré en el camino de Skongen, en el puente de Ordals, á todo el rejimiento de los arcabuceros de Munckholm que volvia de Drontheim con aire muy victorioso. Pregunté á uno de los soldados qué era aquello, y su merced se dignó responderme, porque ignoraba sin duda por qué son colorados mi chaqueta y mis pantalones, y supe que los arcabuceros volvian de las gargantas del Pilar Negro donde habian derrotado unas partidas de bandidos, es decir, de mineros insurjentes. Ahora bien, has de saber, Beclia la gitana, que esos rebeldes se revelaban por Schumacker é iban mandados por Han de Islandia; y sabrás ademas que esa travesura constituye para Han de Islandia un famoso crímen de insurreccion contra la autoridad real, y para Schumacker un famoso crímen de alta traicion; lo que lleva naturalmente á esos dos ilustres señores á la

horca ó al tajo. Añade á estas dos soberbias ejecuciones que no pueden menos de producirme por lo menos quince ducados de oro cada una, y de hacerme el mas alto honor en los dos reinos, las de algunos otros, menos importantes en verdad....

—Pero qué! interrumpió Beclia, ¿con que ha sido cojido Han de Islandia?....

—Por qué interrumpes á tu señor y amo, maldita vieja? dijo el verdugo. Sí señor, ese famoso, ese intomable Han de Islandia, ha sido cojido con algunos otros jefes rebeldes, sus tenientes, que me producirán tambien seguramente doce escudos por cabeza, sin contar la venta de los cadáveres. Ha sido cojido, te digo, y yo le he visto, ya que es preciso satisfacer enteramente tu curiosidad, pasar entre las filas de los soldados....

La mujer y los muchachos se acercaron azorados á Orugix.

—Cómo! le has visto, padre? preguntaron los muchachos.

—Callad, chiquillos; cuidado que gritais como un pícaro que la echa de inocente.... Yo le he visto, y es una especie de gigante; iba con los brazos cruzados, atados detras de la espalda y vendada la frente, porque sin duda ha sido herido en la cabeza. Pero no tenga miedo, dentro de poco le curaré todas sus heridas.

Despues de haber sazonado estas horribles palabras con un jesto mas horrible todavía prosiguió el verdugo: —Detras de él iban cuatro compañeros

suyos, igualmente prisioneros, y tambien heridos, y que iban como él por fuerza á Drontheim; donde serán juzgados con el ex-gran canciller Schumacker por un tribunal á que asistirá el síndico mayor, y que presidirá el gran canciller actual.

—Padre, ¿y qué cara tenian los otros prisioneros?

—Los dos primeros eran dos viejos, uno de los cuales llevaba un sombreron de minero, y el otro una gorra de montañés: uno y otro parecian de todo punto desesperados. De los otros dos el uno era un jóven minero que iba con la cabeza erguida, y silbando; el otro.... ¿Te acuerdas, maldita Beclia, de aquellos viajeros que vinieron á esta torre hace como unos diez dias la noche en que hubo aquella tempestad tan terrible?....

—Como Satanás se acuerda del dia en que cayó del cielo, respondió la mujer.

—¿Reparaste entre aquellos extranjeros á un jóven que venia con aquel doctor tan ridículo del pelucon desaforado?...Aquel jóven vestido con una capa verde y con aquella gorra de pluma negra?

—Como que todavía creo tenerle delante de los ojos diciéndome: *Mujer, tenemos oro....*

—Pues como iba diciendo, consiento, vieja arrastrada, en no haber torcido nunca el gaznate mas que á pollos y capones, si el cuarto prisionero no era aquel jóven. Verdad es que le tapaban toda la cara su pluma, su gorra, sus cabellos y su capa, y que ademas iba con la cabeza baja; pero aquellos eran sus

botines, sus vestidos, su porte... Vamos, el mismo; y sino, consiento en tragarme de un bocado la horca de Skongen, que es de piedra. ¿Qué te parece, Bechlie? ¿No sería cosa de risa que despues de haber recibido de mis manos con que sostener su vida, recibiese ahora de las mismas con qué perderla, y que ejercitára ahora mi destreza, despues de haber recibido pruebas de mi hospitalidad?

Prolongó el verdugo por un buen rato su risa de mal agüero, y luego prosiguió:

—Ea, alegría general y bebamos; sí, Bechlie, sí; dame un baso de esa cerveza que raspa el gaznate como una lima, que quiero apurarla de un solo trago á la salud de mi futura elevacion. —Ea, ¡hola! paz y salud al señor Nychol Orugix, ejecutor real en perspectiva! Hé de confesarte, vieja pecadora, que he tenido mis escrúpulos por ir á la aldea de Nœs á ahorcar oscuramente á no sé que miserable ladron de coles y de achicorias; pero luego pensándolo bien he visto que treinta y dos ascalinos no eran de despreciar, y que mis manos no se degradarian ajusticiando simples ladrones y otros canallas de esta calaña hasta haber decapitado al noble conde ex-gran canciller y al famoso demonio de Islandia. —Resignéme pues, esperando mi diploma de ejecutor supremo de altas obras, á despachar al pobre miserable de la aldea de Nœs, y cátate aquí, añadió sacando de sus alforjas una bolsa de cuero, cátate aquí los treinta y dos ascalinos que te traigo, jitana mia.

Oyóse entonces por tres veces seguidas el so-

nido de una corneta por fuera de la torre.

—Mujer, dijo Orugix poniéndose en pie, serán los arqueros del síndico mayor.

Diciendo estas palabras, bajó á la puerta de la torre.

Un momento despues, entró de nuevo en la estancia con un gran pergamino, cuyo sello acababa de romper.

—Toma, dijo á su mujer, mira lo que me envia el síndico mayor; descíframe eso, vieja erudita, tú que leerás los gurrapatos de Satanás. Puede que sea mi patente de promocion; porque supuesto que el tribunal ha de tener por presidente á un gran canciller, y á otro gran canciller por acusado, convendria que el verdugo que ejecute su sentencia sea un verdugo real.

Recibió la mujer el pergamino y, despues de haberle recorrido con los ojos, leyó en alta voz, mientras los muchachos fijaban en ella una mirada estúpida.

"En nombre del síndico mayor del Drontheim-
»hus.!—Mando á Nycol Orugix, verdugo de la pro-
»vincia, que inmediatamente se transporte á Dron-
»tehin, con el hacha de preferencia, el tajo y las
»colgaduras negras."

—Y es eso todo? preguntó el verdugo algo mohino.

—Todo, respondió Beclia.

—*Verdugo de la provincia!* murmuró Orugix entre dientes.

Y luego fijando en el pergamino sindical una mirada descontenta:

—Pues señor, dijo, paciencia; preciso es obedecer y callar. Me piden la hacha de preferencia y las colgaduras negras.—Beclia, tendrás cuidado de quitar las manchas de orin que tiene la hacha, y de ver si estan limpios los paños; al fin y al cabo, nada hay perdido, porque puede que no quieran darme ascenso hasta ver que tal me porto en esta ocasion.—Tanto peor para los reos; no tendrán la satisfaccion de ser ajusticiados por un ejecutor real.

42.

ELVIRA.
Qué se ha hecho el pobre Sancho
qué solia ser mi esposo?
NUÑO.
Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.
ELVIRA.
Luego no ha estado en la villa.
NUÑO.
Hoy esperándole estoy.
ELVIRA.
Y yo que le maten hoy.
NUÑO.
Tal crueldad me maravilla.
Sancho se sabrá guardar.

LOPE DE VEGA. *El mejor alcalde el rey.*

El conde de Ahlefeld, arrastrando una ancha toga de raso negro, forrada de armiño, cubiertos la cabeza y los hombros con una enorme peluca de magistrado y cubierto el pecho de estrellas y de veneras, entre las que se distinguen los collares de las órdenes reales del Elefante y de Dannebrog; vestido, en fin, con el traje completo de gran canciller de Dinamarca y de Noruega, se paseaba con aire in-

quieto en la habitacion de la condesa de Ahlefeld, que estaba sola con él á la sazon.

—Son las nueve y vá á abrirse la sesion en el tribunal; no hay que hacerle esperar porque es preciso que se pronuncie la sentencia esta noche á fin de que se ejecute mañana por la madrugada á mas tardar. El síndico mayor me ha asegurado que el verdugo estaria aqui antes de amanecer. Elfega! Elfega! Has dado órden de que preparen la lancha que debe conducirme á Munckholm?

—Media hora hace por lo menos que está esperando á vuecencia, respondió la condesa incorporándose en su sillon.

—Y mi litera está á la puerta?

—Si señor.

—Vamos..... No me dijiste, Elfega, añadió el conde dándose una palmada en la frente, que existía no sé que galanteo amoroso entre Ordener Guldenlew y la hija de Schumacker?

—Y muy amoroso, por vida mia, respondió la condesa sonriendo entre colérica y despechada.

—Quién diablos habia de imajinárselo?... Sin embargo, ya tenía yo aquí mis sospechas...

—Y yo tambien, dijo la condesa.—Es una mala pasada que nos ha jugado ese maldito Levin.—

—Pícaro viejo! Maldito Mecklemburgués! murmuró el canciller, no tengas cuidado, que yo te recomendaré á Arensdorf.—Si pudiera derribarle! —Ah! escucha, Elfega, un gran pensamiento que me acaba de ocurrir...

— ¿Qué es ello?

—Ya sabeis que son seis las personas á quienes vamos á juzgar en el castillo de Munckholm: Schumacker á quien pronto dejaré de temer, es decir, mañana mismo á estas horas; el coloso montañés nuestro supuesto Han de Islandia, que ha jurado representar su papel hasta el último trance, con la esperanza de que Musdœmon, de quien ha recibido enormes sumas de dinero, le proporcionará los medios para fugarse; —¡vaya que ese Musdœmon tiene unas ideas verdaderamente diabólicas! Los cuatro restantes son: los tres gefes de los rebeldes y un quidam, que sin saberse como, se apareció en medio de la mina de Apsil-Corh, y que cayó en nuestro poder, gracias á las precauciones infinitas de Musdœmon, quien opina por mas señas que el tal hombre es un espía de Levin de Knud. Y en efecto, la primera palabra que pronunció al llegar aqui fue el nombre del general; mas cuando oyó decir que el Mecklemburgués estaba ausente, dió muestras visibles de consternacion, sin contar el que no ha querido responder á ninguna de las preguntas que le ha hecho Musdœmon.

—¿Por qué no le habeis interrogado vos mismo, señor conde? interrumpió la condesa.

—¿Y cómo querias que lo hiciese, Elfega, abrumado de quehaceres como lo estoy desde mi llegada? He tenido que dejar todo el peso de este negocio sobre las costillas de Musdœmon, á quien interesa tanto como á mí. Además, has de saber

amiga mia, que ese hombre me parece de poquísima importancia, porque supongo que será algun miserable vagamundo, del que no podremos sacar mas partido que el de hacerle pasar por un ajente de Levin de Knud; y como ha sido cojido entre los rebeldes, podemos probar una connivencia culpable entre el Mecklemburgués y Schumacker, lo que bastará á provocar, si no un juicio contra Levin, á lo menos su caida.

La condesa quedó pensativa por un buen rato.

—Razon teneis, señor conde.... Pero esa fatal pasion del baron de Thorvick á la hija de Schumacker...

De nuevo se frotó la frente el canciller, y luego encojiéndose de hombros:

—Mira, Elfega, la dijo, ya nosotros ni uno ni otro jóvenes ni novicios en la vida, y sin embargo no conocemos á los hombres. Cuando de nuevo quede Schumacker deshonrado por un juicio de alta traicion, cuando haya sufrido en el cadalso una muerte infamante, cuando su hija, sepultada en el rango mas ínfimo de la sociedad, quede manchada públicamente con el eterno oprobio de su padre, ¿piensas, Elfega, que entonces Ordener Guldenlew se acordará un solo instante de ese amorío juvenil que tú caracterizas de pasion, fiada en las palabras exaltadas de una mentecata prisionera? ¿piensas que vacilará un solo punto entre la hija deshonrada de un miserable criminal, y la ilustre hija de un glorioso canciller? Cada uno debe juzgar el co-

razon de los demás por el suyo propio, ¿y dónde has visto tú, Elfega, que esa sea la condicion de la naturaleza humana?

—Deseo que tengais razon. Espero, sin embargo, que no hallareis inútil la peticion que he dirigido al síndico, para que la hija de Schumacker asista al proceso de su padre, y esté colocada en la misma tribuna que yo. Tengo vivos deseos de estudiar el corazon de esa criatura......

—Todo cuanto pueda ilustrarnos en esta materia es muy precioso, dijo con flema el canciller. Pero, dime, ¿se sabe dónde está Ordener actualmente?

—Nadie en el mundo lo sabe, porque el tal muchacho es en toda la extension de la palabra, el digno discípulo de Levin, un caballero errante como él. Creo que en este momento está visitando el Ward-Hus.

—Bien, bien, nuestra Ulrica le hará sentar la cabeza. Vamos... el tribunal me espera.

La condesa detuvo al gran canciller.

—Una palabra, por amor de Dios, una sola palabra. Ayer os hablé de lo mismo, pero estabais tan engolfado en vuestros asuntos, que ni, siquiera, me respondisteis. ¿Dónde está mi Federico?

—¡Federico! dijo el conde con acento sombrío y ocultándose el rostro con la mano.

—Sí, respondedme; ¿dónde está mi Federico? su regimiento ha vuelto á Drontheim sin él. ¡Oh! juradme que Federico no se hallaba en aquella ter-

rible accion del Pilar Negro. ¿Por qué os habeis demudado al oir el nombre de Federico? Estoy en una inquietud mortal.

El canciller recuperó toda su natural serenidad.

—Elfega, tranquilízate; te juro que no se hallaba en el desfiladero del Pilar Negro.... Además tú sabes que se ha publicado la lista de los oficiales muertos ó heridos en aquella accion.

—Sí, dijo la condesa algo tranquilizada, solo murieron dos oficiales, el capitan Lory, y el jóven baron Randmer que ha hecho tantas calaveradas con mi pobre Federico en los bailes de Copenhague. ¡Oh! cien veces he leido de arriba abajo esa lista.... Pero decidme, conde, se ha quedado mi hijo en Walhstrom?

—Sí, alli se ha quedado, respondió el conde.

—Pues bien, amigo mio, dijo la madre con una sonrisa que queria ser tierna, no te pido mas que un favor, y es, que vuelva cuanto antes Federico de ese horrible destierro.

El canciller se desprendió con dificultad de entre sus brazos suplicantes.

—Señora, dijo, el tribunal me espera. Adios.... lo que me pedís no depende de mí.

Y dicho esto, salió de la estancia repentinamente.

La condesa quedó triste y muy pensativa.

¡Que no depende de él! dijo para sí; y le bastaria pronunciar una sola palabra para devolverme á mi hijo! Siempre lo dije: ese hombre es malo de veras.

43.

Juez.

Así mi poder se trata?
así el respeto se pierde
á la justicia?
CALDERON – *Luis Perez el Gallego.*

La tímida Ethel, á quien los guardias han separado de su padre á la salida de la torre del Leon de Slesvig, ha sido conducida atravesando tenebrosos corredores, desconocidos hasta entonces para ella, á una especie de celda oscura, cuya puerta se ha cerrado inmediatamente. En el lado de la celda opuesta á la puerta, hay una gran ventana cerrada con una especie de celosía, por la cual penetra una luz de hachas y de candelabros: delante de esta ventana hay un banquillo en que está sentada una mujer cubierta con un velo y vestida de negro, que la hace señal de que se siente junto á ella. Obedeció Ethel sin atreverse á decir palabra.

Dirije la vista por entre las aberturas de la ce-

losía y un espectáculo imponente y sombrío se presenta á sus ojos.

En la estremidad de una sala cuyas paredes de arriba abajo cubiertas de paño negro, y escasamente alumbrada por algunas lámparas de cobre pendientes de la bóveda, se halla un tribunal negro en forma de semicírculo, ocupado por siete jueces vestidos de togas negras, uno de los cuales, colocado en el centro en un sillon mas alto que los demas tiene sobre el pecho cadenas de diamantes y placas de oro que relucen. El juez sentado á la derecha de este se distingue de los demas por una faja blanca y un manto de armiño, insignias del síndico mayor de la provincia. A la derecha del tribunal hay una estrada cubierta de un dosel, donde está sentado un anciano vestido de hábitos pontificales, y á la izquierda, una mesa cubierta de papeles detras de la cual está en pie un hombre de pequeña estatura, cuya cabeza desaparece bajo una enorme peluca y envuelto en los anchos pliegues de un negro y largo ropon.

Frente por frente de los jueces, se vé un banco de madera rodeado de alabarderos con hachas en las manos, cuyo esplendor, reflejándose sobre un bosque de picas, de mosquetes y partesanas, derrama vagos rayos de luz sobre las cabezas tumultuosas de un sin número de espectadores, apiñados junto á la reja de hierro que los separa del tribunal.

Observaba Ethel aquel espectáculo como si asistiera á un ensueño; sin embargo, muy lejos estaba

de sentirse indiferente á lo que iba á pasar delante de ella, porque oia en el fondo de su corazon una voz secreta que la decia que escuchase atenta porque asistia á una de las crisis de su vida. Dos agitaciones diferentes trabajaban al mismo tiempo su corazon; hubiera querido saber inmediatamente hasta que punto estaba interesada en la escena que iba á presenciar, ó no saberlo jamás. Muchos dias hacia ya que la idea de que su Ordener era de todo punto perdido para ella, la habia inspirado el deseo insensato de acabar de una vez con la existencia, y de poder leer de una sola ojeada todo el libro de su destino; y, por eso, conociendo que iba á entrar en la hora decisiva de su suerte, examinó la lúgubre perspectiva que se ofrecia á sus ojos menos con repugnancia que con una especie de alegría impaciente y fúnebre.

Vió al presidente ponerse en pié, proclamando en nombre del rey que *estaba abierta la audiencia de justicia.*

Oyó al hombre vestido de negro, colocado á la izquierda del tribunal, leer, en voz baja y rápida, un largo discurso en que se repetia frecuentemente el nombre de su padre, mezclado á las palabras *conspiracion, rebelion de los mineros y alta traicion.* Recordó entonces lo que la habia dicho aquella fatal extranjera en el jardin del castillo, acerca de la acusacion que amenazaba á su padre; y tembló de pies á cabeza la pobre niña, cuando oyó al hombre del negro ropon terminar su discurso con la palabra *muerte*, enérjicamente articulada.

Llena de terror la desgraciada Ethel, volvióse hácia la mujer del velo negro, que, por un sentimiento involuntario que no acertaba á esplicarse, la inspiraba temor y aun profunda aversion:

—¿Dónde estamos? que quiere decir todo eso? preguntó con timidez.

Un gesto de su misteriosa compañera la impuso silencio invitándola á que escuchase con atencion. Volvió pues á dirijir la vista hácia la sala del tribunal.

El venerable anciano de los hábitos episcopales acababa de ponerse en pié, y Ethel escuchó estas palabras pronunciadas en voz grave y sonora:

En el nombre de Dios Todo-Poderoso y misericordioso, yo, Pámfilo Eleuterio, obispo de la ciudad real de Drontheim y de la provincia real del Drontheimhus, saludo al respetable tribunal que juzga en nombre del rey, nuestro señor despues de Dios.

Y digo que habiendo visto que los prisioneros presentados á este tribunal son hombres y cristianos, y que no tienen procuradores, declaro á los respetables jueces que es mi intencion asistirlos con mis débiles fuerzas, en la cruel situacion en que el cielo ha querido colocarlos.

Rogando á Dios se digne prestar su fuerza á nuestra flaca debilidad, y su luz á nuestra profunda ceguera.

Y de este modo yo, obispo de esta diócesis, saludo al respetable y justiciero tribunal.

Despues de haber pronunciado estas palabras,

bajó el obispo de su trono pontifical y fué á sentarse en el banco de madera destinado á los acusados, en medio del murmullo de aprobacion que circulaba por toda la muchedumbre del pueblo.

Levantóse el presidente y dijo con seca voz: — Alabarderos, haya silencio!— Señor obispo, el tribunal da las gracias á vuestra reverencia en nombre de los prisioneros.-Habitantes del Drontheimhus, escuchad con atencion las palabras emanadas de la alta justicia del rey; el tribunal va á juzgar sin apelacion. — Arqueros, que entren los acusados.

Callaron los espectadores con muestras de impaciencia y de terror, y todas sus innumerables cabezas se agitaban en la sombra como las negras olas de un mar borrascoso sobre el cual está á punto de estallar la tempestad.

Pronto oyó Ethel un sordo rumor y un movimiento extraordinario que se prolongaban debajo de ella en los sombríos recodos de la sala; luego se aquietó el auditorio prorumpiendo en un murmullo de impaciencia y curiosidad. Resonaron muchas pisadas á compas: brillaron infinidad de mosquetes y partesanas, y un momento despues penetraron en el recinto del tribunal seis hombres cargados de cadenas, rodeados de guardias y con la cabeza descubierta. No vió Ethel mas que al primero de aquellos seis prisioneros, anciano venerable cubierto de una toga negra, y cuya blanca barba caíale sobre el pecho: aquel anciano era su padre.

Apoyóse desfallecido en la balaustrada de pie-

dra que estaba delante de su banco; movíanse los objetos delante de sus ojos como en una niebla espesísima y parecíala que su corazon palpitaba en sus oidos. Al fin exclamó con voz moribunda: —Dios mio! tened compasion de mí!

Acercóse á ella la mujer del velo negro, y dióla algunas esencias que la hicieron volver en sí de su letargo.

—Noble señora, dijo en fin reanimada, decidme por amor de Dios, decidme una sola palabra para convencerme de que no soy el ludibrio de las fantasmas del infierno.

Pero la incógnita sorda á sus súplicas, habia vuelto la cara hácia el tribunal; y la pobre Ethel, ya del todo vuelta en sí, se resignó á imitarla en silencio.

Púsose el presidente en pie, y dijo con voz lenta y solemne:

—Prisioneros! venis ante nuestra presencia para que examinemos si sois culpables de alta traicion, de conspiracion y de rebelion armada contra la autoridad del rey nuestro soberano y señor. Meditad ahora en vuestras conciencias, porque una acusacion de lesa majestad en primera instancia pesa sobre vuestras cabezas.

Cayó en aquel momento un rayo de luz sobre el rostro de uno de los seis prisioneros, de un jóven que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, como para ocultar sus facciones bajo los graciosos rizos de su larga cabellera. Estremecióse Ethel, y un sudor helado corrió por todos sus miembros; habia

creido reconocer. . . . — pero no, era una terrible ilusion; la sala estaba mal alumbrada, y los hombres se movian en ella como fantasmas; apenas se distinguia el enorme Cristo de ébano pulimentado, que estaba encima del sillon del presidente.

Aquel jóven sin embargo estaba embozado en una capa que desde lejos parecia verde; sus cabellos desordenados tenian reflejos castaños, y el rayo de luz que habia caido sobre su rostro. . . — Pero no, no podia ser; aquello era una horrible ilusion.

Estaban los prisioneros sentados en el mismo banco que el obispo. Colocóse Schumacker en una de sus extremidades, y estaba separado del jóven de los cabellos castaños por sus cuatro compañeros de infortunio, groseramente equipados, y entre los cuales habia uno de gigantescas proporciones. En la otra punta del banco estaba sentado el obispo.

Vió Ethel al presidente que se volvia hácia su padre.—

—Anciano, dijo con voz severa, decid vuestro nombre y quien sois.

Levantó el anciano su cabeza venerable.

—Hubo un tiempo, respondió fijando su mirada serena en el presidente, en que me llamaba conde de Griffenfeld y de Tongsberg, príncipe de Wolin, príncipe del Sacro Imperio, caballero de la real orden del Elefante, caballero de la real orden de Dannebrog, caballero del Toison de Oro de Alemania y de la Jarretera de Inglaterra, primer ministro, inspector general de las Univer-

sidades, gran canciller de Dinamarca y de.......

El presidente le interrumpió diciendo:

—Acusado, el tribunal no os pregunta ni como os habeis llamado, ni lo que habeis sido, sino solo como os llamais y lo que sois.

—En ese caso, repuso con vivacidad el anciano, ahora me llamo Juan Schumacker, tengo sesenta y nueve años, y no soy nada mas que vuestro antiguo bienhechor, canciller Ahlefeld.

El presidente quedó suspenso y aun corrido.

—Os he reconocido, señor conde, añadió el ex-canciller, y como he creido observar que no os sucedia á vos lo mismo con respecto á mí, me he tomado la libertad de recordar á vuestra gracia que somos antiguos amigos.

—Schumacker, dijo el presidente con tono en que se traslucia el acento de la cólera concentrada, no hagais perder tiempo al tribunal.

El exasperado cautivo le interrumpió de nuevo.

—Mucho han variado las cosas, noble canciller; tiempo fue en que yo os llamaba liso y llanamente *Ahlefeld*, y en que vos me deciais *señor conde.*

—Acusado, replicó el presidente, mucho daño haceis á vuestra causa recordando el juicio infamante que desdora vuestro nombre.

—Si ese juicio es infamante para alguno, conde de Ahlefeld, no lo es seguramente para mí.

El anciano se habia puesto en pie al pronunciar estas palabras con singular energía. El presidente alargó la mano hácia él.

—Sentaos; no insulteis delante de un tribunal á los jueces que han pronunciado vuestra sentencia, y al rey, que os ha dado esos jueces; tened presente que su majestad se ha dignado concederos la vida y limitaos ahora á defenderos.

Schumacker se encogió de hombros y no respondió palabra.

—Teneis, dijo el presidente, que hacer alguna declaracion al tribunal relativa al crímen capital de que se os acusa?

Viendo que Schumacker no respondia, repitió el presidente su pregunta.

—Hablais acaso conmigo? dijó el ex-gran canciller; yo creia, noble conde de Ahlefeld, que hablabais con vos mismo. Qué crímen es ese de que se me acusa? He dado yo acaso á algun amigo el beso de Judas? He sepultado en un calabozo, sentenciado á muerte, deshonrado á un bienhechor? he despojado de su hacienda al hombre á quien todo se lo debia? Ignoro, en verdad, señor canciller actual, porque estoy aquí como no sea para juzgar de vuestra habilidad en el arte de hacer cortar cabezas inocentes. Ganas tengo por cierto de ver, si sabeis perderme con tanta destreza como sabeis perder el reino; y si os bastará una sola coma para causar mi muerte, como os ha bastado una letra del alfabeto para provocar una guerra con la Suecia (1).

(1) Habia en efecto muy graves altercados entre la Dinamarca y la Suecia, porque el conde de Ahlefeld habia exijido, en

No bien hubo pronunciado el prisionero este amargo sarcásmo, cuando tomó la palabra, poniéndose en pie, el hombre colocado delante de la mesa que estaba á la izquierda del tribunal.

—Señor presidente, dijo despues de haber saludado profundamente; señores jueces, pido que se le quite la palabra á Juan Schumacker, si continúa injuriando de ese modo al presidente de este respetable tribunal.

La voz serena del obispo respondió:

—Señor secretario íntimo, no se le puede quitar la palabra á un acusado. . .

—Teneis razon, reverendo obispo, dijo al punto el presidente: nuestra intencion es dejar á la defensa la mayor libertad posible.—Solo me limitaré á aconsejar al acusado que modere su lenguaje, si es que comprende sus verdaderos intereses.

Meneó Schumacker la cabeza, y dijo con frialdad:

—Parece que el conde de Ahlefeld tiene ahora mas confianza en sus manejos que en 1677.

—Callad, dijo el presidente; y dirijiéndose inmediatamente al prisionero que estaba junto al anciano, le preguntó cómo se llamaba.

---

una negociacion, que un tratado entre los dos estados diese al rey de Dinamarca el título de *Rex Gothorum*, lo que parecia atribuir al monarca dinamarqués la soberanía de la *Gothia*, provincia sueca; mientras que los suecos no querían concederle mas que el título de *Rex Gotorum*, denominacion vaga que equivalia al antiguo dictado de los soberanos dinamarqueses, *rey de los Godos*.

A esta *h* causa, no de una guerra, pero sí de largas y peligrosas negociaciones, aludia seguramente Schumacker. (*N. del A.*)



Era aquel acusado un montañés de gigantesca estatura, y cuya frente estaba toda cubierta de vendas, el cual se levantó diciendo:

—Yo soy Han de Klipstadur, en Islandia.

Un estremecimiento general circuló por largo rato en la muchedumbre, y Schumacker, levantando su cabeza meditabunda, echó una mirada sombría sobre su formidable vecino, de quien se alejaban lo mas posible todos los otros prisioneros.

—Han de Islandia, dijo el presidente luego que acabó de restablecerse el silencio, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

No fué Ethel de todos los espectadores, la que con menos espanto escuchó el nombre del famoso bandido, que hacia tanto tiempo era para ella un objeto constante de desvelos y de terrores. Fijó con tímida ansiedad su mirada sobre el monstruoso gigante con quien acaso habia peleado su Ordener, y de quien acaso tambien habia sido víctima, idea que desgarró entonces su corazon bajo todas sus dolorosas formas. Y fué el caso, que enteramente absorta en sus amargas sensaciones, apenas oyó la respuesta que dirijía al presidente en un lenguaje grosero y confuso aquel Han de Islandia, en quien casi veia al matador de su Ordener: solo comprendió que el bandido se declaraba jefe de las partidas rebeldes.

—Y habeis tomado el mando de los insurjentes, preguntó el canciller, por voluntad propia ó por instigacion de otro?

El bandido respondió:

—Por instigacion de otro.

—¿Quién os provocó á ese crimen?

—Un hombre que se llamaba Hacket.

—¿Quién era ese Hacket?

—Un agente de Schumacker, á quien llamaba conde de Griffenfeld.

El presidente dirijió la palabra á Schumacker.

—Schumacker ¿conoceis á ese Hacket?

—Me lo habeis quitado de la boca, conde de Ahlefeld; repuso el anciano; ahora iba á haceros la misma pregunta.

—Juan Schumacker, dijo el presidente, no obrais con prudencia hablando asi. El tribunal tendrá en cuenta vuestro sistema de defensa.

El obispo tomó la palabra.

—Señor secretario íntimo, dijo dirijiéndose al hombre de pequeña estatura, que parecia desempeñar las funciones de escribano y de acusador, está ese Hacket entre mis clientes?

—No, señor reverendísimo, respondió el secretario.

—Se sabe qué es de él?

—No ha sido posible prenderle: ha desaparecido.

Se conocia que al decir esto, desfiguraba su voz el señor secretario íntimo.

—Es de suponer que se habrá desvanecido, dijo Schumacker.

El obispo continuó:

—Señor secretario ¿persigue la justicia á ese Hacket? se saben sus señas personales?

Antes de que hubiese podido responder el secretario íntimo, se puso en pié uno de los acusados, jóven minero, de semblante áspero y emprendedor.

—Facil seria tenerlas, dijo con voz enérjica. Ese miserable Hacket, el agente de Schumacker, es un hombre de pequeña estatura, de rostro franco, abierto.... abierto como una boca del infierno...—Por mas señas, señor obispo, que su voz se parece mucho á la de ese señor que está escribiendo en esa mesa, y á quien, si no me engaño, vuestra reverencia llama *secretario íntimo*. Y aun, si esta sala no estuviera tan oscura y el señor secretario íntimo no tuviese la cara tan cubierta con esos pelos, me atreveria á jurar que hay en sus facciones alguna semejanza con las del traidor Hacket.

—Asi es la verdad como dice nuestro hermano, esclamaron los dos prisioneros inmediatos al jóven minero.

—Con que sí! murmuró Schumacker con una espresion de triunfo.

No pudo reprimir el secretario íntimo un movimiento involuntario, producido ó por el temor, ó por la indignacion que le causaba el verse comparado al villano Hacket. El presidente, que tambien habia parecido algun tanto turbado, se apresuró á levantar la voz.

—Prisioneros, tened presente que no debeis hablar hasta que os interrogue el tribunal, y guardáos sobre todo de ultrajar á los ministros de la justicia con indignas comparaciones.

—Sin embargo, señor presidente, dijo el obispo, mi cliente no hace mas que dar las señas de ese hombre; y si el culpable Hacket presenta algunos puntos de semejanza con el secretario, podria sernos de mucha utilidad.....

El presidente le interrumpió:

—Han de Islandia, pues habeis tenido tantas relaciones con ese Hacket, decidnos, para satisfacer al reverendo obispo, si ese hombre se parece en efecto á nuestro digno secretario.

—Ni en lo mas mínimo, señor, respondió al punto el gigante.

—Ya lo veis, señor obispo, dijo el presidente.

Aseguró el obispo que quedaba satisfecho, y el presidente, dirijiéndose á otro acusado, pronunció la fórmula acostumbrada: —¿Cómo os llamais?

—Wilfrido Kennybol, de las montañas de Kole.

—Estabais entre los insurjentes?

—Si señor; mas vale la verdad que la vida. He sido cojido en las malditas gargantas del Pilar-Negro, capitaneando á los montañeses.

—Quién os ha impelido á ese crímen de rebelion?

—Nuestros hermanos los mineros se quejaban de la tutela real, y no hay cosa mas natural, como sin duda conocerá vuestra cortesía. Aun cuando el hombre no tenga mas que una miserable choza de barro y dos pellejos de zorra, le gusta ser amo de su casa. Se quejaron, el gobierno no les hizo caso, y entonces pensaron en rebelarse, y nos pidieron que les ayudáramos: eso es cosa á que no se puede uno

negar entre hermanos que recitan las mismas oraciones y son devotos de los mismos santos, y esto es todo.

—Nadie, dijo el presidente, ha atizado, organizado y dirigido vuestra rebelion?

—Un tal señor Hacket lo hizo, que nos hablaba siempre de libertar á un conde prisionero en Munckholm, de quien se decia emisario; y nosotros se lo prometimos porque nada nos costaba poner á uno mas en libertad.

—No se llamaba ese conde Schumacker, ó Griffenfeld?

—Ni mas ni menos como lo dice vuestra cortesía.

—Nunca le habeis visto?

—No señor; pero si es este anciano que os dijo tantas cosazas ahora poco, no puede menos de convenir.....

—En qué? interrumpió el presidente.

—En que tiene una barba blanca que dá gozo el mirarla, señor presidente; una barba casi tan hermosa como la del padre del marido de mi hermana Maase, de la aldéa de Surb, que vivió ciento y veinte años.

La oscuridad en que estaba sumerjida la sala, impidió que se viera el efecto que producia en el presidente la inesperada respuesta del montañés. Mandó en seguida á los arqueros que desarrollasen algunas banderas de color de fuego, que estaban junto á la mesa del tribunal.

—Wilfrido Kennybol, dijo, reconoceis estas banderas?

—Mucho que sí; como que nos han sido dadas por Hacket en nombre del conde de Schumacker. El conde hizo tambien distribuir armas á los mineros, porque á nosotros los montañeses que vivimos de la carabina y del morral, maldita la falta que nos hacian. Y yo mismo, señor presidente, tal cual me ve aqui vuestra cortesía, atado como una gallina que espera el asador, mas de una vez, desde el fondo de nuestros valles, he alcanzado con mi arcabuz á las águilas del viento, cuando en lo mas alto de su vuelo mas que otra cosa parecian alondras ó golondrinas.

—Ya lo oyen vueseñorías, señores jueces, observó el secretario íntimo; el acusado Schumacker ha hecho distribuir por mano de Hacket armas y banderas á los rebeldes.

—Kennybol, repuso el presidente, teneis algo mas que declarar?

—Nada mas, señor, sino que no merezco la muerte, porque no he hecho sino prestar mi ayuda, como buen hermano á los mineros; y me atrevo á asegurar á todas vuestras cortesías que el plomo de mi carabina, viejo cazador y todo como soy, no ha tocado nunca á un gamo del rey.

El presidente, sin responder á esta arenga, interrogó á los dos compañeros de Kennybol, gefes de los mineros. El mas anciano que declaró llamarse Jonas, repitió en otros términos todo lo que ha-

bia declarado Kennybol. El otro que era el jóven cuya penetracion habia hallado tanta semejanza entre el secretario íntimo y el pérfido Hacket, dijo llamarse Norbith, confesó sin rebozo la parte que habia tenido en la rebelion, pero se negó obstinadamente á revelar cosa alguna relativa á Hacket y á Schumacker, porque decia que habia hecho juramento de callar, y que de nada se acordaba mas que de su juramento. En vano le interrogó el presidente recurriendo á súplicas y amenazas; el jóven permaneció inflexible; ademas aseguró que en manera alguna se habia revelado por Schumacker, sino solo porque su madre tenia hambre y frio. Tampoco negaba que acaso habia merecido la muerte; pero aseguraba que se cometeria una injusticia condenándole á ella, porque si le mataban, matarian tambien á su pobre madre que no lo merecia.

Luego que Norbith hubo cesado de hablar, reasumió el secretario en pocas palabras los cargos que pesaban hasta entonces sobre los acusados y con especialidad sobre Schumacker. Leyó algunas de las divisas sediciosas escritas en las banderas, é hizo resaltar contra el ex-gran canciller la unanimidad de las respuestas de sus cómplices y hasta el silencio del jóven Norbith, esclavizado por un juramento fanático.—Solo falta, dijo terminada su lectura, interrogar á un acusado, y tenemos razones poderosas para creerle agente secreto de la autoridad que tan mala cuenta ha dado de la tranquilidad del

[illegible] Esta autoridad ha favorecido, ya que no por su connivencia culpable, al menos por su fatal negligencia, la explosion de la rebelion que va á perder á todos estos desgraciados y llevar de nuevo al culpable Schumacker al cadalso de que tan generosamente le libertó la clemencia del rey.

Ethel, que por una cruel transicion habia pasado de sus temores por Ordener á sus temores por su padre, se estremeció al oir aquel siniestro lenguaje, y no pudo reprimir un torrente de lágrimas cuando vió á su padre ponerse en pie, y decir con voz serena: —Canciller Ahlefeld, todo esto me admira. Habeis tenido la precaucion de hacer venir al verdugo?

Creyó la desgraciada que agotaba en aquel momento la copa de su dolor, pero se engañaba.

El sesto acusado acababa de ponerse en pie; noble y altivo separó sobre su hermosa frente los cabellos que le cubrian el rostro, y á las preguntas que le dirijió el presidente respondió con voz firme y sonora.

—Me llamo Ordener Guldenlew, baron de Thorvich, caballero de Dannebrog.

No pudo el secretario reprimir un grito de sorpresa.—El hijo del virey!...

—El hijo del virey! repitieron todas las voces, como si en aquel momento hubiera tenido mil ecos la sala del tribunal.

El presidente estupefacto retrocedió en su sillon; los jueces hasta entonces inmóbiles en el tribunal,

se inclinaron tumultuosamente unos hácia otros, como las copas de los árboles batidas á la vez por vientos encontrados. Mayor era aun la ajitacion en el auditorio; subíanse los espectadores sobre las cornisas de piedra y las rejas de hierro; la muchedumbre entera hablaba como una sola boca, y los soldados, olvidándose de reclamar el silencio, mezclaban sus palabras de sorpresa al rumor universal.

¿Qué alma acostumbrada á los choques violentos de la vida, podria concebir lo que pasó entonces en el alma de Ethel? ¿Quién podria expresar aquella mezcla inaudita de amarga alegría y delicioso dolor? ¿aquella inquieta agonía que era juntamente esperanza y temor, y que sin embargo no lo era? Ordener estaba delante de ella, sin que ella estuviese delante de él; ella le veia á él y él no la veia á ella; aquel era su Ordener, su adorado Ordener á quien habia creido muerto, á quien creia ya perdido para ella, su amigo que la habia engañado y á quien amaba con nuevo delirio. ¡Allí estaba! ¡si, allí estaba! No era aquello un sueño vano. ¡Oh! aquel era su Ordener á quien mas veces habia visto en sueños que en la realidad. Pero, ¿aparecia en aquel momento solemne como un angel de salvacion ó como un jenio fatal? ¿Debia esperar ó temblar de él?... Mil conjeturas oprimian de tropel sus pensamientos y los sofocaban, como una llama que apaga demasiado alimento: todas las ideas, todas las sensaciones que acabamos de indicar pasaron por su mente como un relámpago, en el momento en que el hijo del

virey de Noruega pronunció su nombre. Ethel fue la primera que le reconoció; aun no le habian reconocido los demás, cuando ya estaba ella desmayada.

Pronto volvió en sí por segunda vez, gracias á los cuidados de su misteriosa vecina: pálida, volvió á abrir los ojos, en que estaba ya seca la fuente de las lágrimas. Tendió avidamente sobre el jóven que permanecia en pié y sereno en medio del tumulto general una de aquellas miradas que penetran hasta el fondo del corazon; y ya habia cesado el alboroto en el tribunal y en el pueblo, y todavía resonaba en sus oidos el nombre de *Ordener Guldenlew*. Observó con dolorosa inquietud que tenia vendado el brazo derecho, y que sus manos estaban cubiertas de cadenas; observó que su capa estaba desgarrada en muchos puntos, y que su sable fiel no pendia ya como antes de su cintura. Nada escapó á su penetracion, porque los ojos de una amante se parecen á los ojos de una madre. Veló con toda su alma á aquel sobre quien no podia velar con todos sus cuidados; y fuerza será decirlo para oprobio y gloria del amor, en aquella sala donde estaban su padre y los perseguidores de su padre, Ethel no vió mas que á un hombre, ¡á uno solo!

Fuese restableciendo el silencio poco á poco; el presidente empezó de nuevo el interrogatorio del hijo del virey.

—Señor baron, dijo con voz trémula...

—Aquí no me llamo *señor baron*, respondió

Ordener, con voz serena, sino *Ordener Guldenlew*, así como el que ha sido *Conde de Griffenfeld*, se llama *Juan Schumacker*.

El presidente quedó un momento sin saber qué decir.

—¡Pues bien! repuso el canciller; supongo Ordener Guldenlew, que una fatal casualidad será causa de que os halleis en nuestra presencia. Los rebeldes os habrán sorprendido en alguno de vuestros viajes, os habrán obligado á seguirlos, y hé aqui sin duda la causa por que os han encontrado entre sus filas.

El secretario se puso en pié.

—Nobles jueces, dijo, el solo nombre del hijo del virey es suficiente defensa para el interesado. El baron Ordener Guldenlew no puede ser un rebelde; nuestro ilustre presidente ha explicado á satisfaccion de todos los presentes sufunesta aprension entre los rebeldes; la única culpa del noble prisionero es no haber dicho antes su nombre. Pedimos, pues, que inmediatamente sea puesto en libertad, abandonando toda acusacion contra él, y lamentando sinceramente que se haya sentado en el banco envilecido por el criminal Schumacker y sus cómplices.

—Qué haceis! esclamó Ordener.

—El secretario íntimo, dijo el presidente, renuncia á toda acusacion contra vos.

—Hace mal, replicó Ordener, en voz alta y sonora, yo debo ser aqui el único acusado, el único juzgado y el único sentenciado.—Detúvose un

momento, y luego añadió con acento mas débil: —Porque yo soy el único culpable.

—El único culpable! esclamó el presidente.

—El único culpable! repitió el secretario íntimo.

Manifestóse en el auditorio una nueva esplosion de sorpresa; tembló de pies á cabeza la desgraciada Ethel, sin pensar en que aquella declaracion de su amante, salvabala vida á su padre. La hermosa enamorada no veia mas que la muerte de su Ordener.

—Alabarderos, silencio! dijo el presidente, aprovechándose de aquel momento de rumor para poner en órden sus ideas y recuperar su presencia de espíritu.

—Ordener Guldenew, repuso, esplicaos.

El jóven quedó pensativo por un momento, luego suspiró haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y pronunció estas palabras con tono grave y resignado:

—Sí, sé que me espera una muerte infame; sé que mi vida podria ser bella y gloriosa.— Pero Dios leerá la verdad en el fondo de mi corazon! Dios la leerá y solo Dios! —Voy á cumplir el último deber de mi existencia; voy á sacrificarle mi sangre, mi honor tal vez... pero conozco que moriré sin remordimientos y sobre todo sin tener nada de que arrepentirme. No se admiren vuestras mercedes de mis palabras, señores jueces; hay en el alma y en el destino de los humanos, misterios que vos no podeis penetrar y que serán juzgados en el cielo. Escuchad—.

me, pues, y obrad conmigo como os lo inspiren vuestras conciencias, señores, cuando hayais absuelto á estos desgraciados y sobre todo al venerable Schumacker, que ya ha espiado en su cautiverio mas crímenes de los que puede cometer un hombre.— Sí;—yo soy culpable, nobles jueces,—yo soy el único culpable. Schumacker es inocente; estos otros desgraciados tambien, porque han sido alucinados. El autor de la rebelion de los mineros soy yo.

--Vos! esclamaron simultáneamente, y con una espresion muy singular, el presidente y el secretario.

--Yo! y no me interrumpais, señores: deseo acabar pronto, porque acusándome justifico á estos desgraciados. Yo he sublevado á los mineros en nombre de Schumacker; yo he hecho distribuir banderas á los rebeldes; yo les he enviado en nombre del prisionero de Munckholm, armas y dinero. Hacket era ajente mio.

Al oir este nombre de *Hacket* hizo el secretario íntimo un jesto de asombro: Ordener prosiguió.

--No quiero haceros perder tiempo en valde, señores. Yo he sido cojido en las filas de los mineros á quienes escité á la rebelion. Yo solo lo he hecho todo;—ahora, juzgad: si he probado mi crímen, he probado tambien la inocencia de Schumacker y la de estos pobres miserables á quienes creeis cómplices suyos.

Esto decia el jóven, con los ojos alzados al cielo. Ethel, punto memos que exánime, respiraba ape-

nas; solo le parecia que Ordener, cuando justificaba á su padre, pronunciaba su nombre con harta amargura. Las palabras del jóven la admiraban y la aterraban sin saber por qué; en todo lo que heria sus sentidos, no veia claramente mas que desgracias.

Sentimientos de igual naturaleza parecian ajitar al presidente, como si no pudiera creer nada de cuanto estaba oyendo. Sin embargo dirijió la palabra al hijo del virey.

—Si sois en efecto el único autor de esta rebelion ¿con qué objeto la habeis fomentado?

—No puedo decirlo.

Estremecióse la pobre Ethel cuando oyó al presidente replicar con tono casi irritado:

—No teniais ciertos amorios con la hija de Schumacker.

Pero su Ordener, á pesar de estar cargado de cadenas, dió un paso hácia el tribunal, esclamando con profunda indignacion:

—Canciller Ahlefeld, contentaos con mi vida que os entrego, y respetad á una doncella noble é inocente. No intenteis deshonrarla por segunda vez.

Ethel que en el colmo de la ajitacion se habia puesto mas encarnada que la grana, no comprendió lo que sinificaban estas palabras, *por segunda vez*, que recalcaba su defensor con enerjia; pero á juzgar por la cólera que se veia pintada en el semblante del presidente, era de creer que él las entendia.

—Ordener Guldenlew, no olvideis vos tampoco el respeto que debeis á la justicia del rey y á sus oficiales supremos: os reprendo en nombre del tribunal.—Ahora os intimo por segunda vez que declareis con qué objeto habeis cometido el crímen de que os acusais.

—Repito que no puedo decirlo.

—No fué, repuso el secretario, con el objeto de poner en libertad á Schumacker?

Ordener no quiso responder.

—No os obstineis en vuestro silencio, acusado Ordener, dijo el presidente; está probado que teniais secretas intelijencias con Schumacker, y la declaracion de vuestra culpabilidad mas bien acusa que justifica al prisionero de Munckholm. Sabemos que ibais muchas veces á aquel castillo, y es bien seguro que dabais á aquellas visitas mas importancia que el interés de una curiosidad ordinaria; dígalo sino este cintillo de diamantes.

Tomó el presidente sobre su mesa y enseñó á Ordener un cintillo de diamantes que estaba sobre ella.—¿ Reconoceis que esta alhaja os ha pertenecido?

—Sí, —por qué casualidad?...

—Pues bien! Uno de los rebeldes se la ha entregado, un momento antes de espirar, á nuestro secretario íntimo, declarando que de vos la habia recibido en recompensa de haberos transportado de Dronthein á la fortaleza de Munckholm.—Pregunto yo ahora, señores jueces, dar un objeto de

este valor á un simple marinero, ¿no anuncia cuanta importancia daba el acusado Ordener Guldenlew á llegar hasta aquella prision que es la de Schumacker?

—Cierto, esclamó el acusado Kennybol, cierto es cuanto dice su cortesía; reconozco el cintillo y me acuerdo de haberle oido contar todo eso á mi pobre hermano Guldon Stayper.

—Silencio, dijo el presidente; dejad que responda Ordener Guldenlew.

—No negaré, repuso éste, que deseaba ver á Schumacker. — Pero ese cintillo nada significa; está prohibido entrar con diamantes en la fortaleza; el marinero que me habia llevado en su lancha, me habló durante la travesía de su mucha miseria, y le dí aquel cintillo que no me era permitido llevar conmigo....

—Perdóneme vuestra cortesía, interrumpió el secretario íntimo; el reglamento esceptúa de esta medida al hijo del virey, por lo que habiérais podido....

—No queria decir mi nombre.

—Por qué? preguntó el presidente.

—Eso es lo que no puedo decir.

—Vuestras relaciones con Schumacker prueban que vuestro objeto era ponerle en libertad.

Schumacker que hasta entonces no habia dado mas muestras de atencion que alguno que otro desdeñoso movimiento de hombros, se puso en pie.

—Ponerme en libertad! el objeto de aquel manejo infernal no es ni ha sido otro que el de comprometerme y perderme. Pensais que Ordener Guldenlew hubiera confesado su participacion en el crímen, á no haber sido cojido entre los insurjentes? Oh! ya veo que ha heredado el odio de su padre contra mí.—Y en cuanto á las relaciones que se le suponen conmigo y con mi hija, es menester que sepa ese execrable Guldenlew que mi hija ha heredado tambien mi odio hácia él, hácia toda la raza de los Guldenlew y de los Ahlefeld!....

Suspiró Ordener profundamente mientras Ethel desmentia en el fondo de su alma á su anciano padre, y éste volvia á sentarse en su banco, palpitando aun de despecho.

—El tribunal juzgará, dijo el presidente.

Ordener, que al oir las palabras de Schumacker, habia bajado los ojos en silencio, salió de repente de su honda meditacion:

—Oh! nobles jueces, esclamó,—escuchadme asi Dios os ayude. Ahora vais á examinar vuestras conciencias, pero no olvidéis que Ordener Guldenlew es el solo culpable, y que Schumacker es inocente. Estos otros infelices han sido engañados por Hacket que era ajente mio: todo lo demas lo he hecho yo.

—Verdad es cuanto dice su cortesía, señores jueces, interrumpió Kennybol, porque él es quien se encargó de traernos el famoso Han de Islandia, cuyo nombre quiera Dios que no me traiga desd-

chas. Yo sé que este caballero se atrevió á ir á buscarle á la caverna de Walderhog, para proponerle que fuera nuestro jefe. Confióme el secreto de su empresa en la aldea de Surb, en casa de mi hermano Braall. Y en todo lo demas, tambien dice verdad este señor; ese pícaro Hacket nos ha engañado á todos, de donde se infiere que no merecemos la muerte.

—Señor secretario íntimo, dijo el presidente, se cierra la discusion. Decidnos ahora su resultado.

Levantóse el secratario, saludó repetidas veces al tribunal, arregló muy bien los pliegues de su valona de encaje, sin separar los ojos un punto del presidente, y dejó por fin caer de sus labios estas palabras con voz lúgubre y pausada:

—Señor presidente, respetables jueces! queda la acusacion victoriosa. Ordener Guldenlew que mancilla para siempre el esplendor de su ilustre nombre, solo ha logrado hacer patente su culpabilidad sin demostrar la inocencia del ex-canciller Schumacker y de sus cómplices Han de Islandia, Wilfrido Kennybol, Jonas y Norbith.—Pido á la justicia del tribunal que los seis acusados sean declarados reos del crimen de alta traicion y de lesa magestad en primera instancia.

Un sordo murmullo se elevó en toda la muchedumbre; iba ya el presidente á declarar en debida forma que estaba levantada la sesion del tribunal, cuando reclamó el obispo un momento de atencion.

—Doctos jueces, conveniente es que la defensa

de los acusados sea lo último que se oiga. Yo desearia que llegase á vuestros oidos por quién mejor que yo la abogara, porque yo soy viejo y débil, y no tengo mas fuerzas en mí que las que me vienen del Señor. —Mucho me admiran las severas demandas del secretario íntimo, porque nada en el curso del proceso prueba el crímen de mi cliente Schumacker. Es imposible establecer contra él ninguna participacion directa en la insurreccion de los mineros; y pues que otro de mis clientes, Ordener Guldenlew, declara haber abusado del nombre de Schumacker, y ser ademas el único autor de esta culpable sedicion, todas las sospechas que pesaban contra Schumacker quedan desvanecidas; luego debeis absolverle. Recomiendo á vuestra indulgencia cristiana á los otros prisioneros que han sido evidentemente seducidos y alucinados como la oveja del buen pastor; y aun os recomiendo tambien al jóven Ordener Guldenlew que tiene á lo menos el mérito, muy grande á los ojos de Dios, de confesar su crímen. Tened presente, señores jueces, que aun se halla en la edad en que el hombre puede tropezar y caer sin que Dios rehuse sostenerle ó levantarle. Ordener Guldenlew lleva á penas sobre sus hombros juveniles la cuarta parte de esta carga de la existencia que pesa ya casi entera sobre mi cabeza: poned en la balanza de vuestros juicios su juventud y su inesperiencia y no le priveis tan pronto de esa vida que el señor acaba apenas de darle en su mansedumbre infinita.

Calló el anciano y fué á sentarse junto á Ordener que sonreia con una dulzura inefable, miéntras que, á invitacion del presidente, se levantaban los jueces del tribunal y entraban silenciosos en la formidable sala de sus deliberaciones.

Miéntras que algunos hombres decidian de la suerte de seis infelices en aquel terrible santuario, inmóbiles los acusados habíanse quedado sentados en su banco entre dos filas de alabarderos. Schumacker, la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia sumerjido en profunda meditacion; el gigante llevaba de un lado á otro sus miradas en que se veia pintada una confianza estúpida; Jonas y Kennybol, con las manos atadas, rezaban en voz baja, mientras que su compañero Norbith golpeaba el pavimento con los pies ó sacudia sus cadenas con estremecimientos convulsivos. Entre él y el venerable obispo que leia los salmos de la penitencia, estaba Ordener con los brazos cruzados y alzados los ojos al cielo.

Oíase detras de ellos el rumor de la muchedumbre, que estalló impetuosamente á la salida de los jueces. El famoso cautivo de Munckholm, el temible demonio de Islandia, y sobre todo, el hijo del virey, ocupaban todos los pensamientos, todas las palabras, todas las miradas.—El rumor, interpolado con quejas, risotadas y confusas voces que salian del auditorio, aumentaba y disminuia como una llama mecida por el viento.

Pasáronse asi muchas horas de espera, tan

largas, que todos se admiraban de que pudieran caber en una sola noche. Echaba de cuando en cuando la multitud una mirada hácia la puerta de la sala de las deliberaciones; pero nada se veia mas que los dos soldados que se paseaban delante de ella con sus lucientes partesanas, como dos mudos fantasmas.

Empezaban por fin á palidecer las lámparas y las teas, y ya penetraban por los estrechos y pintados vidrios de la sala algunos blancos reflejos del crepúsculo matinal, cuando se abrió la terrible puerta.—En aquel mismo instante un silencio profundo sucedió como por encanto al tumulto de la plebe; y no se oyó mas que el sonido de las respiraciones cansadas y el vago y sordo movimiento que es siempre compañero inseparable de la muchedumbre.

Los jueces que iban saliendo con lentos pasos de la sala de las deliberaciones, volvieron á ocupar sus asientos en el tribunal, ni mas ni menos que el digno presidente.

El secretario íntimo, que habia estado sumerjido en sus reflexiones durante su ausencia, hizo un profundo saludo:

—Señor presidente, dijo; ¿cuál es la sentencia que el tribunal, juzgando sin apelacion, ha pronunciado en nombre del Rey? Estamos prontos á oirla con religiosa veneracion.

El juez colocado á la derecha del presidente se puso en pie, mostrando un largo pergamino que tenia en la mano.

—Su gracia nuestro glorioso presidente, cansado por la mucha duracion de esta larga audiencia, se digna encargarnos á nos, síndico mayor del Drontheimhus, presidente natural de este respetable tribunal, que leamos en su lugar la sentencia pronunciada en nombre del rey. Vamos, pues, á desempeñar este honroso cuanto amargo deber, recordando al auditorio que se calle y se incline ante la infalible justicia del rey.

Tomó entonces la voz del síndico mayor una inflexion grave y solemne, y todos los corazones palpitaron suspensos entre el temor y la esperanza.

—"En nombre de nuestro venerado monarca y legítimo señor Christiern, rey! — He aquí el fallo que nos, jueces del alto tribunal del Drontheimhus, pronunciamos en nuestras conciencias, relativo á Juan Schumacker, prisionero de Estado; Wilfrido Kennybol, habitante de las montañas de Kole; Jonás, minero real, Norbith, minero real, Han de Klipstadur, en Islandia, y Ordener Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog, acusados todos de los crímenes de alta traicion y de lesa majestad en primera instancia, Han de Islandia estando acusado ademas de los crímenes de asesinato, de incendio y latrocinio. —

1.° » Juan Schumacker no es culpable.

2.° » Wilfrido Kennybol, Jonás y Norbith son culpables; pero el tribunal los perdona en atencion á que han sido alucinados.

3.º » Han de Islandia es culpable de todos los crímenes que se le imputan.

4.º » Ordener Guldenlew es reo de alta traicion y de lesa majestad en primera instancia."

Paróse el juez aqui como para tomar aliento, mientras Ordener fijaba en él una mirada llena de celeste alegría.

—"Juan Schumacker, prosiguió el juez, el tribunal os absuelve, y os envia á vuestra prision.

» Kennybol, Jonás y Norbith, el tribunal reduce la pena en que habeis incurrido á una prision perpétua y á la multa de mil escudos reales por cabeza.

» Han de Klipstadur, asesino é incendiario, esta tarde sereis conducido á la plaza de armas de Munckholm y ahorcado por el pescuezo hasta que muerto quedeis.

» Ordener Guldenlew, traidor, despues de haber sido degradado de vuestros títulos delante de este tribunal, sereis conducido esta misma noche al mismo sitio con una tea en la mano para que seais vos decapitado, quemado vuestro cadáver y arrojadas al viento vuestras cenizas, y espuesta vuestra cabeza sobre el patíbulo.

» Retiraos todos. Tal es la sentencia pronunciada por la justicia infalible del Rey."

Apenas hubo el síndico mayor acabado esta fúnebre lectura, cuando se oyó un grito en la sala... Aquel grito sobrecojió á los espectadores aun mas

que el fúnebre aparato de la sentencia de muerte; aquel grito hizo palidecer por un momento la frente serena y radiante de Ordener condenado á muerte.



El infortunio los hacia iguales.
CARLOS NORDIER.

Ya no hay remedio; todo se acabó. Ordener ha salvado al padre de la que amaba, y la ha salvado á ella tambien conservándola el apoyo paternal. El noble sacrificio del jóven por la vida de Schumacker se ha cumplido; ya no le falta mas que morir.

Juzguen al generoso Ordener como él se juzga á sí mismo en el fondo de su alma con inefable deleite, los que le han creido culpable ó insensato. Siempre fué su pensamiento desde que entró en las filas de los rebeldes, que, si no podia impedir la ejecucion del crímen de Schumacker, podria á lo menos sustraerle al merecido castigo, atrayéndole sobre su propia cabeza.

—Porque sin duda, decia entre sí, Schumacker es culpable; pero exasperado por su cautiverio y su desgracia, su crímen es perdonable. No quiere

mas que verse en libertad ,y lo intenta aun por medio de la rebelion.—Ademas ¿qué será de mi Ethel si la quitan su padre, si le pierde en un cadalso, si un nuevo oprobio viene á ajar su existencia? que será de ella, sin amparo, sin auxilio, sola en un calabozo, ó errante en un mundo de enemigos?-Esta idea le decidió á llevar á cabo su heróico sacrificio, al que se preparó con alegría; porque la dicha mayor para un ser que ama es la de inmolar su existencia, no diré á la existencia sino á una sonrisa, á una lágrima del objeto amado.

Ha sido pues cojido entre los rebeldes, llevado á presencia de los jueces que debian pronunciar la sentencia de Schumacker; ha llevado á cabo su generosa mentira, ha sido sentenciado, va á morir con una muerte cruel en un suplicio ignominioso, va á dejar una memoria infame..... pero qué le importa todo esto al noble mancebo?-Ha salvado al padre de su Ethel.

Sentado está á la sazon sobre sus cadenas en un húmedo calabozo en que apenas penetran la luz y el aire por sombríos respiraderos, y tiene junto á sí el alimento del resto de su existencia, un pan negro, un cántaro lleno de agua; un grillete de hierro pesa sobre su cuello; dogales y esposas oprimen sus manos y sus pies. Cada hora que pasa le quita á él mayor cantidad de vida que un año entero á los demas mortales.—El jóven medita deliciosamente.

—Puede que mi memoria no muera toda entera conmigo, al menos en uno de los corazones que

palpitan entre los hombres ¡acaso se dignará derramar una lágrima en cambio de mi sangre! ¡acaso consagrará alguna vez un pensamiento al que la sacrificó su vida! acaso en sus ensueños virginales, tendrá presente á veces la imágen confusa de su enemigo! ademas ¿quién sabe lo que hay detras de la muerte? quién sabe si libres las almas de su prision material no pueden á veces velar sobre las almas queridas, visitar misteriosamente á aquellas dulces compañerar cautivas todavía, y traerles en secreto alguna virtud de los ángeles y alguna alegría del cielo?....

Y sin embargo á estas consoladoras meditaciones se mezclaban algunas amargas ideas. El odio que Schumacker le habia manifestado en el momento mismo de su sacrificio, oprimia su corazon, el grito lastimero que llegó juntamente á sus oidos con su sentencia de muerte, le habia conmovido profundamente; porque él solo en el auditorio habia reconocido aquella voz y comprendido aquel dolor. Y ademas ¿nunca volverá á ver á su Ethel? pasará el infeliz sus últimos instantes en su prision, sin que pueda siquiera una sola vez tocar la dulce mano, oir la dulce voz de la mujer por quien va á morir?

Abandonaba así su alma nuestro Ordener á aquella vaga y triste distraccion que es al pensamiento lo que el sueño á la vida, cuando llegó de pronto el ronco son de los antiguos cerrojos mohosos ásperamente á sus oidos, atentos ya en cierto modo á los conciertos mágicos de la alta esfera adonde iba á volar su alma.– Producia aquel ruido la enorme puer-

ta de hierro que se abria rechinando sobre sus gonces. Pusóse en pie, sereno y casi alegre el jóven reo, porque creyó que venia á buscarle el verdugo, y ya habia renunciado á la existencia como á la capa que hollaba bajo sus pies.

Pero salió fallida su esperanza; una forma blanca y bella acababa de presentarse en la puerta de su calabozo, semejante á una vision luminosa. Dudaba Ordener de lo que veia y creyó hallarse en el cielo.—Ella era— ¡ella! su Ethel!

Cayó la hermosa niña sobre los brazos encadenados de su amante; cubria las manos de Ordener con lágrimas que enjugaban las largas trenzas de sus cabellos tendidos: besando las cadenas del reo, atarazaba sus puros labios sobre los infames grillos; y no hablaba pero la parecia que todo su corazon iba á exhalarse en la primera palabra que saliera entre sus sollozos.

Y él!—él gozaba la mas celeste alegría, que sintió jamás; estrechaba dulcemente á su Ethel sobre su pecho, y todas las fuerzas reunidas de la tierra y del infierno no hubieran bastado á arrancársela de entre los brazos. El sentimiento de su cercana muerte mezclaba algo de solemne á su éxtasis, y se apoderaba el jóven de su Ethel como si ya hubiera tomado posesion de ella para toda la eternidad.

No preguntó á aquel ángel como habia hecho para llegar hasta él; la tenia entre sus brazos, y... ¿podia acaso pensar en otra cosa? Ademas, no se admiraba de verla; no se admiraba de que aquella

niña débil, proscripta, abandonada, hubiese podido, á pesar de las triples puertas de hierro, de las triples hileras de soldados, abrir su propia prision y la de su amante. Todo esto le parecia muy natural porque tenia en su alma la conciencia íntima de lo que puede el amor.

¿Para que han de hablarse con la voz los que pueden hablarse con el alma? Por qué no han de dejar á los cuerpos escuchar en silencio el misterioso lenguaje de las almas? — Ambos callaban porque hay sentimientos que solo el silencio puede espresar.

Alzó en fin la hermosa niña su cabeza reclinada sobre el tempestuoso corazon de su amante.

— Ordener, le dijo, vengo á salvarte; y la infeliz pronunció esta palabra de esperanza con una dolorosa agonía.

Ordener meneó la cabeza sonrriendo.

— Salvarme, Ethel! Te engañas, es imposible huir.

— Sí, demasiado lo sé. Este castillo está lleno de tropas, y todas las puertas por donde he tenido que pasar para venir aquí estan guardadas por soldados y carceleros que no duermen.—Luego añadió haciendo un violento esfuerzo:— Pero te traigo otro medio de salvacion.

—No;—esa esperanza es ilusoria; no te alucines con vanas quimeras, Ethel; dentro de algunas horas el hacha del verdugo las disiparia harto cruelmente.

—Oh! calla, calla, Ordener!—tú no morirás! Oh! ocúltame ese horrible pensamiento—ó sino..... mas qué digo? preséntamele en todo su horror para darme fuerzas con que llevar á cabo tu salvacion y mi sacrificio.

Habia en el acento de la hermosa una espresion indefinible. Ordener la miró con dulzura.

—Tu sacrificio! qué quieres decir?

Ocultó Ethel el rostro entre sus manos, y sollozó diciendo con voz inarticulada:—Dios mio!

Pero poco duró este abatimiento; púsose al punto en pie... sus ojos brillaban, su boca sonreia. Estaba hermosa en aquel momento como un ángel que sube de los infiernos á la gloria.

—Escúchame, Ordener, tú no irás al cadalso; para que vivas basta que prometas dar tu mano á Ulrica de Ahlefeld....

—Ulrica de Ahlefeld! ese nombre en tu boca, Ethel!—

—No me interrumpais, prosiguió con la calma de un mártir que sufre el último tormento; vengo aqui enviada por la condesa de Ahlefeld, á prometeros que obtendreis vuestro perdon del rey, si consentis en cambio en dar la mano de esposo á la hija del gran canciller; vengo á pediros el juramento de que os casareis con Ulrica, y vivireis para ella. Me han elegido para mensagera, creyendo que mi voz tendria algun influjo en vuestra alma.

—Ethel, dijo el reo con voz helada; á Dios:

cuando salgas de este calabozo, manda venir al verdugo.

Levantóse Ethel y permaneció un momento delante de Ordener, pálida y temblando; cayó luego de rodillas sobre la piedra y exclamó cruzando las manos:

—Qué le he hecho yo? murmuró con voz doliente.

Ordener, silencioso, tenia los ojos clavados en las losas del suelo.

—Señor, señor! dijo arrastrándose hacia él, y no me respondeis?—No quereis hablarme?.... quereis dejarme morir?—

Una lágrima se asomó á los ojos del prisionero.

—Ethel, ya no me amas.

—Dios mio! exclamó la pobre niña estrechando entre sus brazos las rodillas del prisionero, que no le amo! Dices que ya no te amo, Ordener?—Es cierto que lo has dicho?

—Ya no me amas, pues me desprecias.

En el mismo instante se arrepintió de haber pronunciado aquella palabra cruel, porque fue dolorosísimo el acento de Ethel, cuando echó sus brazos adorados en torno del cuello, exclamando con voz sofocada por las lágrimas:

—Perdóname, Ordener mio, perdóname como te perdono yo! Yo despreciarte, Dios mio!—no eres tú mi bien, mi orgullo, mi idolatría? Díme, hay algo en mis palabras que no sea un amor profundo, una admiracion ciega hácia tí? Ah! tu len-

guaje severo me ha hecho mucho daño.—Ingrato! cuando vengo á salvarte, Ordener mio, sacrificándome por tí!

—Pero dime, respondió el jóven con dulzura, enjugando con sus labios el llanto de su querida ¿no me mostrabas muy poco aprecio proponiéndome para rescatar mi vida abandonar á mi dulce Ethel, olvidar como un infame todos mis juramentos y sacrificar mi amor?—y luego añadió, fijos los ojos en Ethel—mi amor, por el que derramo hoy toda mi sangre.—

Un largo gemido precedió á la respuesta de Ethel.

—Escúchame bien, Ordener, y no me azuces; yo tengo acaso mas valor de lo que era de esperar en una pobre mujer.—Desde lo alto de nuestra torre se ve construir en la plaza de armas el cadalso destinado para tí... Oh! Ordener! tu no conoces cuán horrible cosa es ver prepararse lentamente la muerte del que es toda nuestra vida! La condesa de Ahlefeld, junto á quien estaba yo cuando oí pronunciar tu terrible sentencia, ha ido á buscarme al castillo, donde estaba yo con mi padre, y me ha preguntado si queria salvarte, ofreciéndome este medio odioso.—Ordener! era preciso destruir toda mi suerte, renunciar á tí, perderte para siempre; dar á otra mi Ordener, toda la felicidad de la abandonada Ethel, ó dejarte morir en un suplicio; me daban á elegir entre mi infortunio y tu muerte,—y no he titubeado.—

Ordener besó con respeto la mano de aquel angel.

—Yo tampoco titubeo, Ethel; yo sé que no vendrias á ofrecerme la vida con la mano de Ulrica de Ahlefeld, si supieras por qué muero.

—Cómo? qué misterio?....

—Permíteme tener un secreto para tí, querida Ethel; quiero morir sin que sepas si me debes odio ó gratitud por mi muerte.

—Quieres morir! quieres morir, Ordener! Dios mio! y no hay duda! y ahora mismo estan levantando el cadalso, y ningun poder humano puede salvar á mi Ordener, á quien van á quitar la vida!—Mira—echá una mirada sobre tu esclava, sobre tu compañera, y prométeme, alma mia, escucharme sin cólera. Estás bien seguro—responde á tu Ethel como á Dios,—de que no podrias ser felíz con esa mujer, con esa Ulrica de Ahlefeld?.... estás bien seguro, Ordener?—puede que sea... y lo será—hermosa, buena, virtuosa... mejor que la desdichada por quien mueres.—No vuelvas la cabeza, Ordener, vida mia! Eres tan noble y tan jóven para morir en un cadalso! Cuando podrias ir á vivir con ella á alguna brillante ciudad, donde nunca mas volverias á pensar en el funesto castillo de Munckholm!—donde pasarias en paz tu vida sin acordarte de mí—porque consiento, Ordener, en que me destierres de tu corazon y aun de tu memoria.—Pero vive! déjame sola aquí—déjame—porque yo sola debo morir. Y—créeme—cuando sepa que es-

tás en brazos de otra—no tengas cuidado por mí... por mí que pronto habré dejado de sufrir!...

No pudo seguir porque las lágrimas ahogaban su voz; y sin embargo, se leia en sus ojos desolados el amargo deseo de alcanzar la fatal victoria que debia costarle la vida.

Ordener la dijo: —Ethel, no vuelvas á hablarme así; no salgan en este momento de nuestras bocas mas nombres que el tuyo y el mio.

—Con que en fin, repuso Ethel, con que estás decidido á morir?—

—Es preciso; iré con alegría al cadalso por tí; iria con horror al altar por cualquiera otra mujer.—No vuelvas á hablarme de eso;—me afliges y me ofendes.

La infeliz lloraba murmurando en su amargura:—Dios mio! va á morir, y con una muerte infame!

El reo la respondió con dulce sonrisa:

—Créeme, Ethel; menos infamia hay en mi muerte que en esa vida que tú me propones.

Y separando entonces los ojos de su afligida Ethel, vió á un anciano vestido de hábitos eclesiásticos que permanecia en pié en la sombra, bajo la bóveda de la puerta: —Que quereis? dijo con aspereza.

—Señor, aquí he venido con la enviada de la condesa de Ahlefeld; no me habeis visto, y estaba esperando en silencio á que cayesen vuestros ojos sobre mí.

En efecto, Ordener no habia visto mas que á su Ethel, y esta, viendo á Ordener, habia olvidado á su compañero.

—Soy, continuó el anciano, el ministro encargado.....—

—Os comprendo, dijo el jóven; estoy pronto.

El ministro dió un paso hácia él.

—Dios está pronto tambien á recibiros, hijo mio.

—Señor ministro, repuso Ordener, vuestro semblante no me es desconocido: estoy seguro de haberos visto no sé donde.

—Yo tambien os reconozco, hijo mio, respondió el sacerdote inclinando la cabeza: nos hemos visto en la torre de Vygla—y ambos probamos aquel dia cuan poco valen las palabras humanas. Vos me prometisteis el perdon de doce reos desdichados, y yo no creí en vuestra promesa no pudiendo adivinar que fuerais lo que sois, el hijo del virey; y vos, señor, que contabais con vuestro poder y con vuestro rango al prometérmelo.....

Ordener acabó el pensamiento que no se atrevia Atanasio Munder á completar.

—Yo no puedo obtener hoy ningun perdon, ni tan siquiera el mio; razon teneis, señor ministro. No respeté al porvenir, y él me ha castigado mostrándome que su poder es superior al mio.

El ministro bajó la cabeza.

—Dios es fuerte, dijo. Y luego alzó sus ojos llenos de dulzura evanjélica sobre Ordener, añadiendo —Dios es bueno.

Ordener, despues de un breve silencio, esclamó:

—Escuchad, señor ministro, quiero cumpliros la promesa que os hice en la torre de Vygla.—Cuando yo muera, id á Berghem á ver á mi padre, al virey de Noruega, y decidle que la última merced que le pide su hijo es el perdon de vuestros doce protejidos. Estoy seguro de que os lo concederá.

Una lágrima de ternura humedeció el venerable rostro de Atanasio.

—Hijo mio, preciso es que llenen ahora vuestra alma muy nobles pensamientos, para que podais en este trance terrible olvidar con valor vuestra propia suerte, y pensar con bondad en la de los otros. Porque he oido vuestras palabras; y aunque culpo en ellas los peligrosos escesos de una pasion humana, me han conmovido ,hijo mio, profundamente. Ahora digo yo para mí: —*Unde scelus?* Como es posible que un hombre que tan bien conoce la verdadera justicia se haya mancillado con el crímen porque va á morir.

—Padre mio, no se lo he dicho á este ángel y tampoco puedo decíroslo á vos; pero creed que la causa de mi muerte no es un crímen.

—Cómo? esplicaos, hijo mio.

—Es inútil, respondió el jóven con firmeza. Dejadme llevar al sepulcro el secreto de mi muerte.

—Este jóven no puede ser culpable, murmuró el ministro. Sacó entonces del seno un crucifijo negro que colocó sobre una especie de altar groseramente formado con una losa de granito arrimada á

la pared húmeda de la prision, puso junto al crucifijo una lamparita de hierro encendida que llevaba consigo y una biblia abierta.

--Hijo mio, rezad y meditad; dentro de algunas horas volveré. – Vamos, añadió dirijiéndose á Ethel que durante toda la conversacion de Ordener y de Atanasio habia guardado un silencio profundo, fuerza es dejar al prisionero. El tiempo pasa.

Levantóse Ethel radiente y serena; una espresion divina inflamaba sus miradas: –Señor ministro, dijo, todavia no puedo seguiros: es preciso que antes deis la bendicion nupcial á Ethel Schumacker y á su esposo Ordener Guldenlew.

Y luego dirigiéndose á su amante: –Si fueras aun, le dijo, poderoso, libre y feliz, Ordener mio, lloraría y separaria del tuyo mi fatal destino.–Pero ahora, que no temes el contagio de mi infortunio; que estas, como yo, cautivo, infamado, oprimido; ahora que vas á morir, vengo á tí con la esperanza de que te dignarás al menos, Ordener, señor mio, permitir á la que solo hubiera podido ser la compañera de tu vida, que sea la compañera de tu muerte... ¿por que me amas bastante, no es verdad, para no dudar ni por un momento de que yo moriré al mismo tiempo que tú?

Cayó el reo á sus pies y besó el borde de su falda.

--Vos, anciano, prosiguió, vos sereis para nosotros, familias y padres; este calabozo será el templo; esta piedra, el altar. Aquí teneis mi anillo; –ya

estamos de rodillas delante del Señor, y delante de vos. Dadnos vuestra bendicion y leed las santas palabras que van á unir á Ethel Schumacker con Ordener Guldenlew, su señor.

Y ambos se arrodillaron delante del sacerdote que los contemplaba con una admiracion llena de mansedumbre profunda.

—¡Cómo, hijos mios! ¿qué haceis?

—Padre mio, dijo Ethel; el tiempo urje: Dios y la muerte nos esperan.

Se hallan á veces en la vida inspiraciones irresistibles, voluntades á que involuntariamente cedemos como si hubiera en ellas algo mas que humanas voluntades. El sacerdote alzó los ojos al cielo suspirando.

—¡El señor me perdone si es culpable mi condescendencia!.... Os amais, hijos mios, y ya os queda muy poco tiempo para amaros en la tierra; no creo faltar á mis santos deberes lejitimando vuestro amor.

Celebróse la dulce y grave ceremonia. Levantáronse los dos amantes, pronunciada la última bendicion del sacerdote: ya eran esposos.

Brillaba en el semblante de Ordener una alegría dolorosa, como si empezara á sentir la amargura de la muerte, ahora que gustaba la felicidad de la vida: las facciones de su compañera eran en aquel momento sublimes de nobleza y de sencillez: parecia modesta como una vírjen y altiva como una recien casada.

—Escúchame, Ordener mio, le dijo: ¿verdad que ahora el morir es una felicidad para nosotros, pues que no podia reunirnos la muerte?

—Tú no sabes lo que yo haré, amigo mio: me pondré en la ventana de la torre de modo que pueda verte subir al cadalso, á fin de que nuestras dos almas vuelen juntas al cielo. Si espiro antes de que caiga la hacha, te esperaré, porque ya somos esposos, Ordener mio, y esta misma noche será el sepulcro nuestro lecho nupcial.

Estrechóla el jóven sobre su ardiente corazon, y no pudo pronunciar mas que estas palabras que eran la expresion de toda su existencia:

=¡Ethel! ¿con que eres mia?

—Hijos mios, dijo la voz enternecida del capellan, decios adios.—Ya es tiempo.

—¡Ah! exclamó Ethel; pero un momento despues recobró toda su fuerza de angel, y se prosternó delante del reo.

—Adios querido Ordener: Señor, dadme vuestra bendicion.

Hízolo asi el prisionero y se volvió luego para saludar al venerable Atanasio Munder: el anciano estaba igualmente arrodillado delante de él.

—¿Qué esperais, padre mio? preguntó atónito Ordener.

Miróle el anciano con humildad y dulzura:

—Vuestra bendicion, hijo mio.

—Bendígaos el cielo y os dé todas las felicidades que dan vuestras bendiciones á vuestros her-

manos los demas hombres, respondió Ordener con acento patético y solemne.

Pronto oyó la bóveda sepulcral las últimas palabras de despedida y los últimos besos; pronto se cerraron con estruendo los duros cerrojos, y la puerta de hierro separó á los dos jóvenes esposos, que iban á morir, despues de haberse citado para la eternidad!...

45.

Quien me diere vivo ó muerto
á Luis Perez, le daré
dos mil escudos....
CALDERON. — *Luis Perez, el gallego.*

—Baron Vœthaun, coronel de los arcabuceros de Munckholm, ¿cuál de vuestros soldados es el que ha peleado bajo vuestras órdenes en el Pilar Negro y hecho prisionero al famoso Han de Islandia? Decid su nombre al tribunal á fin de que reciba los mil escudos reales, prometidos por el gobierno.

Asi habla al coronel de los arcabuceros el presidente del tribunal. Este está reunido en sesion solemne, porque segun la antigua costumbre de Noruega, los jueces que fallan sin apelacion, deben permanecer en su silla hasta que se ejecute la sentencia que han pronunciado. Delante de ellos esta el gigante con la cuerda al pescuezo que debes ostenerle dentro de algunas horas.

El coronel sentado á la mesa del secretario íntimo, se pone en pié y saluda al tribunal y al obispo que ha vuelto á ocupar su trono.

—Señores jueces, el soldado que ha cojido á

Han de Islandia está en este recinto; llámase Toric Belfast, segundo arcabucero de mi rejimiento.

—Venga pues, dijo el presidente, á recibir la recompensa prometida.

Un jóven soldado, vestido con uniforme de arcabucero de Munckholm, se presentó ante el tribunal.

—¿Sois vos Toric Belfast? preguntó el presidente.

Por la gracia de Dios.

—¿Sois vos quien ha hecho prisionero á Han de Islandia.

—Sí, con la ayuda de san Belzebú, señor presidente.

Puso un alguacil sobre la mesa un enorme talego de dinero.

—Reconoceis en este hombre al famoso Han de Islandia? preguntó el presidente, señalando al gigante con la mano.

—Mejor conocia yo el cuerpecito de la linda Catti (1) que el de Han de Islandia, señor presidente; pero juro por la gloria de san Belfegor, que si Han de Islandia está en alguna parte, no puede ser mas que en el cuerpo de ese demonio colosal.

—Acercaos Toric Belfast, repuso el presidente. Hé aquí los mil escudos prometidos por el síndico mayor.

Acercábase ya el soldado precipitadamente hácia el tribunal cuando se alzó una voz entre la mu-

(1) Catalina.

chedumbre: — Arcabucero de Munckholm, tú nó has cojido á Han de Islandia!

— Por vida de todos los bienaventurados diablos! esclamó el soldado volviendo la cabeza: no soy dueño mas qué de mi pipa y de este momento en que estoy hablando; pero prometo dar diez mil escudos de oro al que eso acaba de decir si es hombre para probarlo.

Y cruzando los brazos paseó una mirada de confianza sobre el auditorio. — Ea! salga adelante el guapo que acaba de decirlo.

— Yo soy! dijo un hombre de pequeña estatura, que se abrió paso entre la muchedumbre.

Este nuevo personaje estaba embozado en una estera de junco y de piel de ternera marina, traje habitual de los groenlandeses que caia en torno de su cuerpo como el techo cónico de una choza. Su barba era negra, y foscos cabellos del mismo color ocultaban su rostro en el que era verdaderamente horrible lo poco que se veia. Llevaba metidas las manos y brazos entre los pliegues de la estera.

— Ah! tú por aqui? dijo el soldado echando una carcajada. ¿Y quién te parece á tí, chico mio, que ha tenido el honor de prender á ese diabólico gigante?

Meneó la cabeza el enano, y dijo con una especie de maliciosa sonrisa: — Yo!

Creyó el baron Vœthaun en aquel momento reconocer en aquel hombre singular al ente misterioso que le notició en Skongen la llegada de los re-

beldes; el canciller Ahlefeld, al huésped de la ruina de Arbar y el secretario íntimo á cierto minero de Oelmœ que llevaba una estera como aquella, y que le indicó la guarida de Han de Islandia. Pero como todos tres estaban separados no pudieron comunicarse su impresion fugitiva que pronto se disipó á vista de las diferencias de traje y de facciones de aquel hombre estraordinario.

—Con que eres tú? respondió irónicamente el soldado. —A no ser por tu traje de foca de Grœnlandia, creeria al ver los ojos que me echas que eras otro enano tan grotesco como uno que se atrevió á armarme camorra en el Spladjest hará como unos quince dias:—el dia en que llevaron el cadáver del minero Gill Stadt....

—Gill Stadt! interrumpió el enano con un estremecimiento involuntario.

—Sí, Gill Stadt, prosiguió el soldado con indiferencia, el amante pacato de una muchacha que era la querida de uno de mis compañeros, y por la cual se mató como un borrico.

El enano dijo con voz sombría:

—No estaba tambien en el Spladjest el cuerpo de un oficial de tu regimiento?

—Ni mas ni menos: como que nunca se me olvidará ese dia en que por haber vuelto tarde á Munckholm, estuve á pique de ser degradado.— Aquel oficial era el capitan Dispolsen.

Al oir este nombre, púsose en pie el secretario íntimo.

—Estos dos individuos abusan de la paciencia del tribunal, y suplicamos al señor presidente que ponga término á ese coloquio inútil.

—Por el honor de mi Catti que así lo deseo yo, dijo Toric Belfast, con tal que vuestras cortesías me adjudiquen los mil escudos prometidos por la cabeza de Han, porque yo soy el que le ha cogido prisionero.

—Mientes! esclamó el enano.

—Miserable! dijo el soldado echando mano á su sable; da gracias á Dios de que estamos delante de la justicia en presencia de la cual debe un soldado, aun cuando sea nada menos que todo un arcabucero de Munckholm, estar desarmado como un gallo viejo, porque sino....

—A mi me pertenece, dijo el enano con frialdad, ese dinero, porque á no ser por mí no estaria aqui Han de Islandia.

Furioso el soldado juró que él era quien habia cojido á Han de Islandia, cuando derrivado en el campo de batalla, empezaba á abrir los ojos.

—Puede ser muy bien, dijo su adversario que tú le hayas cogido; pero yo le herí en la cabeza, y á no ser por esto, no hubieras tu podido cogerle prisionero; luego los mil escudos me pertenecen.

—Es falso, replicó el soldado; quien le hirió fue un demonio vestido de pieles de animales.

—Yo fui!

—No, no.

Impuso silencio el presidente á las dos partes,

y luego preguntando de nuevo al coronel Vocthaun si era en efecto Toric Belfast quien habia cojido á Han de Islandia, declaró, oida su respuesta afirmativa, que la recompensa pertenecia al soldado.

Rechinó los dientes el enano y tendió las manos ávidamente el arcabucero para recibir el saco.

—Alto ahí! dijo el enano.—Señor presidente, esta suma, conforme al edicto del síndico mayor, no pertenece mas que al que coja á Han de Islandia.

—Claro está! dijeron los jueces.

El enano se volvió al gigante:

—Este hombre no es Han de Islandia.

Un murmullo de asombro corrió por toda la sala. El presidente y el secretario íntimo se ajitaban en sus sillones.

—No, repitió con enerjía el enano, este dinero no pertenece al arcabucero maldito de Munckholm, porque este hombre no es Han de Islandia.

—Alabarderos, dijo el presidente, que se lleven á ese energúmeno que ha perdido el seso.

El obispo levantó la voz:—Permítame el respetable presidente que le haga observar que se puede, quitándole la palabra á este hombre, romper la tabla de salvacion bajo los pies del reo que está presente. Pido por el contrario que continúe la confrontacion.

—Reverendo obispo, el tribunal vá á satisfaceros, respondió el presidente; y dirijiéndose al gigante:—Habeis declarado ser Han de Islandia ¿con-

firmais delante de la muerte vuestra declaracion?

El reo respondió:—La confirmo; yo soy Han de Islandia.

—Ya lo ois, señor obispo.

El enano decia al mismo tiempo que el presidente:

—Mientes, montañés de Kole!—Mientes! No te obstines en llevar un nombre que te pesa demasiado; acuérdate de que ya en otra ocasion te ha sido funesto.

—Yo soy Han de Klipstadur, en Islandia, repitió el gigante, clavados los ojos en el secretario íntimo.

Acercóse el enano al soldado de Munckholm que, como todo el auditorio, observaba con curiosidad aquella escena.

—Montañés de Kole, dicen que Han de Islandia bebe sangre humana;—si lo eres, bébela.—Aquí la tienes.

Y apenas pronunció estas palabras cuando, desembozándose de repente, hundió su puñal en el corazon del arcabucero, y arrojó el cadáver á los pies del gigante.

Prorumpió todo el auditorio en un grito de espanto y de horror; los mismos soldados que custodiaban al gigante retrocedieron involuntariamente. Pronto como el relámpago, lanzóse el enano sobre el montañés, y dándole otra cuchillada en la cabeza, hízole caer sobre el cuerpo del soldado. Entonces, quitándose la capa de estera, su caballera

postiza y su barba negra, mostró sus formidos miembros, asquerosamente cubiertos de pieles de fieras, y un rostro que inspiró aun mas horror á los circunstantes que el puñal ensangrentado, cuya hoja elevaba goteando sangre sobre su cabeza.

—Dónde está Han de Islandia, señores jueces?

—Soldados! prended á ese mónstruo! gritó aterrado el presidente.

Arrojó el bandido su puñal desdeñosamente:— Ya me es inútil, dijo, si no hay aquí mas arcabuceros de Munckholm.

Esto diciendo, entregóse sin resistencia á los alabarderos y á los arqueros que le rodeaban, preparándose á sitiarle como una plaza fuerte. Ataron al mónstruo en el banco de los acusados, y llevaronse en una litera á las dos víctimas, una de las cuales, el montañes, respiraba todavía.

Imposible seria pintar los diferentes movimientos de terror, de asombro y de indignacion que ajitaron, durante esta horrible escena, al pueblo, á los guardias y á los jueces. Luego que tomó su asiento en el banco fatal el bandido sereno é impasible, el sentimiento de la curiosidad impuso silencio á cualquier otra impresion, y la atencion restableció la calma.

El venerable obispo se puso en pié:

—Señores jueces, dijo.....

El bandidò le interrumpió:

—Obispo de Drontheim, yo soy Han de Islandia, con que es inútil defenderme.

El secretario íntimo se puso en pié:

—Noble presidente.....

El mónstruo le cortó la palabra:

—Secretario íntimo, yo soy Han de Islandia, con que es inútil acusarme.

Entonces, metidos en sangre los pies, paseó su mirada feroz é insolente sobre el tribunal, los arqueros y la muchedumbre, y casi parecia que todos aquellos hombres palpitaban de terror á vista de aquel otro hombre desarmado, solo y cubierto de cadenas.

—Escuchad, jueces, y noespereis de mí largas palabras. Yo soy el demonio de Klipstadur; mi madre es la vieja Islandia, la isla de los volcanes, que no formaba en otro tiempo mas que una montaña, y que fué aplastada por la mano de un gigante que se apoyó sobre su cima al caer del cielo. No necesito hablaros de mí; yo soy el descendiente de Ingolfo el Esterminador y el heredero de su espíritu. Mas asesinatos he cometido y mas incendios he causado yo solo que sentencias inícuas habeis pronunciado todos juntos vosotros en vuestra vida. Tengo ademas algunos secretos comunes con el canciller Ahlefeld.—Yo beberia con delicia toda la sangre que corre por vuestras venas. Mi naturaleza es aborrecer á los hombres, y mi mision en el mundo hacerlos daño. Coronel de los arcabuceros de Munckholm, yo fuí quien te dió parte de que los mineros pasarian por el Pilar Negro, seguro de que matarias á muchos hombres en aquellas malditas gar-

gántes; yo hè aniquilado á peñascos un batallon de tu regimiento, por vengar á mi hijo.—Ahora, jueces, mi hijo ha muerto y yo vengo tambien á buscar la muerte. El alma de Ingolfo me pesa, porque la llevo yo solo y no podré transmitírsela á un heredero: estoy harto de la vida, porque ya no puede servir de ejemplo y de leccion á un sucesor. Ya he bebido bastante sangre; ya no tengo sed.—Ahora, aquí estoy; podeis beber la mia.

Calló, y todas las voces repitieron sordamente cada una de sus horribles palabras.

El obispo le dijo:—Hijo mio, con qué intencion habeis cometido tantos crímenes?

El bandido se echó á reir:—Te juro á fé mia, reverendo obispo, que no fué, como tu compañero el obispo de Borglum, con inténcion de enriquecerme (1). Lo hice por inclinacion natural.

—Dios no reside siempre en todos sus ministros, respondió humildemente el santo sacerdote. Quereis insultarme, y yo quisiera poder defenderos.

—Tu reverencia pierde el tiempo.—Vete á buscar á tu otro compañero el obispo de Scalhot, en Islandia. Cosa estraña será, por el alma de Ingolfo, que dos obispos hayan cuidado de mi vida,

(1) Refieren algunos cronistas que en 1525 se hizo famoso por sus latrocinios y correrías un obispo de Borglum. Dícese que pagaba á algunos piratas que infestaban las costas de la Noruega. (*Nota del Autor.*)

el uno junto á mi cuna, el otro junto á mi sepulcro. — Obispo, eres un pobre tonto.

—Hijo mio ¿creeis en Dios?

—Y por qué no? quiero que haya un Dios para tener el gusto de blasfemar.

—Tenéos, infeliz, vais á morir y no besais los pies de Jesucristo!!

Han de Islandia se encojió de hombros.

—Si lo hiciera, habia de ser como el gendarma Rolf, que derribó al rey al besarle el pié.

El obispo volvió á sentarse, profundamente afligido.

—Ea, jueces, prosiguió Han de Islandia, qué esperais? Si yo estuviera en vuestro lugar y vosotros en el mio, no os haria esperar tanto tiempo la sentencia de muerte.

Retiróse el tribunal: despues de una breve deliberacion, volvió á abrirse la audiencia, y el presidente leyó en alta voz una sentencia que, segun las fórmulas, condenaba á Han de Islandia á *ser ahorcado por el pescuezo hasta que muerto quedara.*

—Bravo, dijo el bandido. Canciller Ahlefeld, bastantes noticias tuyas me sé yo para hacerte obtener otro tanto: — pero vive, pues que haces daño á los hombres. — Vamos; lo que es ahora, ya estoy seguro de no ir al Nysthiem (1).

Mandó el secretario íntimo á los soldados que

---

(1) Segun las creencias populares, el *Nysthiem* era el infierno de los que morian de enfermedades ó de vejez.

(*Nota del Autor.*)

se lo llevaron, que le encerrasen en la torre del Leon de Slesvig, mientras se le preparaba un calabozo donde esperara la ejecucion de su sentencia, en el cuartel de los arcabuceros de Munckholm.

—En el cuartel de los arcabuceros de Munckhol! repitió el mónstruo con una alegría de tigre.

46.

Y como el cádaver de Ponce de Leon, que se habia quedado junto á la fuente, estaba muy desfigurado por el sol, los moros de las Alpujarras se apoderaron de él, y se lo llevaron á Granada.

E. H. *El cautivo de Ochali.*

Antes de amanecer el dia en que estamos ya muy entrados, en la hora misma en que se pronunciaba en Munckholm la sentencia de Ordener, el nuevo conserje del Spladjest de Drontheim, el antiguo teniente y el sucesor actual de Benigno Spiagudry, Oglypiglap en fin fue de súbito despertado en su pobre lecho por varios golpes que resonaban con estruendo en la puerta del edificio. Levantóse refunfuñando, cojió su lámpara de cobre, cuyo débil resplandor heria sus ojos adormilados, y fue echando pestes contra la humedad de la sala de los muertos, á abrir á los que tan intempestivamente acababan de arrancarle á las dulzuras del sueño.

Eran los que llamaban unos pescadores del lago de Sparbo, que traian en una litera cubierta de juncos, de algas y de légamo de los pantanos, un cádaver hallado por ellos en las aguas del lago.

Depositaron su carga en el interior del fúnebre edificio, y Oglypiglap les dió un recibo del muerto, á fin de que pudiesen reclamar su recompensa.

Luego que se quedó solo en el Spladjest, empezó á desnudar el cádaver, que era por cierto muy notable por lo largo y por lo flaco. El primer objeto que se presentó á su vista, apenas hubo levantado el sudario que le cubria, fue una enorme peluca.

—En verdad, dijo para su coleto, que esta peluca de forma extranjera ha pasado ya por mis manos;..... como que era la de aquel jóven elegante francés..... Toma! prosiguió continuando sus operaciones, pues estas son las botas del pobre postillon Cramner... qué diablos quiere decir todo esto?.... El traje negro completo del profesor Syngramtax, aquel viejo sabijondo que se ahogó hace poco.—Quien es este pajarraco que viene con los despojos de todos mis antiguos conocidos?

Examinó atentamente, á la luz de la lámpara el rostro del muerto aunque inútilmente, porque las facciones, ya descompuestas habian perdido su forma y su color. Registróle muy bien todos los bolsillos, de los que sacó algunos pergaminos viejos, impregnados de agua y llenos de légamo; limpiólos cuidadosamente con su mandil de cuero, y logró leer sobre uno de ellos estas palabras incoherentes y medio borradas:— "Rudbeck, Sajon el gramático, «Arngrim, obispo de Holum.—No hay en Norue«ga mas que dos condados, Larvig y Jarlsberg, y «una baronía.....—Solo en Romsberg se hallan mi-

«nas de plata; iman y asfaltos, solo en Sund-moër; «amatistas, solo en Guldbranshal; calcedonias, aga-«tas y jaspe; en las islás Fa-roër—En Nouwbiva, «en años de hambre, los hombres se comen á sus «mugeres y á sus hijos.—Thormodo Torfoeus; Ys-«leif, obispo de Scalholt, primer historiador islan-«dés.— Mercurio jugó al aljedrez con la luna y la «ganó la septuagésima segunda parte del dia.— «Malhstorm, abismo.—*Hirundo*, *hirudo.*—Ciceron, «garbanzo; gloria, — Frode el sabio—Odin consul-«taba la cabeza de Mimer, sábio (Mahoma y su pa-«lomo, Sertorio y su cierva)—Cuanto mas el sue-«lo... menos cantidad contiene de gipso"...

—Sobre que apenas puedo creer lo que estoy viendo con mis propios ojos!—Esta es la letra de mi antiguo amo Benigno Spiagudry!...

Entonces, examinando de nuevo al cádaver reconoció las largas manos, los raros cabellos, y todo el cuerpo singular en fin, del desdichado Benigno.

—No sin fundamento, dijo para sí meneando la cabeza, han lanzado contra él una acusacion de sacrilegio y nigromancia: el diablo se le ha llevado para ahogarle en el Sparbo.—Para que se vea lo que somos! quién hubiera dicho que el doctor Spiagudry, despues de haber hospedado por tanto tiempo á los otros en esta posada de muertos, vendría él tambien á ser huésped en ellá!—

Levantó el enano lapon filósofo el cuerpo pára colocarle sobre una de las seis losas de granito, cuando advirtió que pendia del pescuezo del

muerto en una correa de cuero un objeto pesado.

—Será sin duda, murmuró entre dientes, la piedra con que le precipitó el demonio en el lago.

Pero se engañaba; aquel objeto era un cofrecillo de hierro, sobre el cual, mirándole de cerca despues de haberle limpiado muy bien, vió una ancha cerradura en forma de escudo.

—Algun secreto infernal debe haber en esta caja, dijo para su capote; este hombre era sacrílego y brujo. Llevemos esta caja á casa del señor obispo: puede que haya dentro de ella algun diablillo.

Entonces, desatándola del cádaver, que colocó en la sala de la exposicion mortuoria, salió á toda prisa encaminándose al palacio episcopal, y murmurando entre dientes algunas oraciones contra el espantable cofrecillo que llevaba en la mano.

47.

> ¿Quién habla así? ¿es un hombre ó un espíritu infernal? ¿qué demonio horrible te atormenta? Muéstrame el implacable enemigo que mora en tu corazon.
>
> MATURIN.

Han de Islandia y Schumacker están en la misma sala de la torre de Slesvig. El excanciller absuelto se pasea con lentos pasos, cubiertos los ojos de amargas lágrimas; el bandido sentenciado á muerte rie en sus cadenas, rodeado de guardias.

Los dos prisioneros se observaron por largo rato en silencio, como si por instinto se reconocieran mútuamente enemigos uno y otro de los hombres.

—¿Quién eres? preguntó al fin el excanciller al mónstruo.

—Te diré mi nombre, repuso el otro, para hacerte huir. Soy Han de Islandia.

Schumacker se acercó á él.

—¡Toma esa mano! le dijo.

—¿Quieres que la devore?

—Han de Islandia, repuso Schumacker, te amo porque aborreces á los hombres.

— Por eso te aborrezco yo.

—Escucha, yo aborrezco á los hombres como los aborreces tú, porque les he hecho bien y ellos me han hecho mal.

—Tú no los aborreces como yo; yo los aborrezco por que me han hecho bien, y yo les he hecho mal.

Estremecióse Schumacker al ver las miradas que le echaba el mónstruo: á pesar de todos sus esfuerzos, su alma no podia simpatizar con aquella alma.

—Sí, exclamó, aborrezco á los hombres porque son malos, ingratos, crueles. Yo les debo todas las desgracias de mi vida.

—Tanto mejor; yo les he debido toda la felicidad de la mia.

—¿Qué felicidad?

—La felicidad de sentir entre mis dientes carnes palpitantes, de regalar mi ardiente boca con caliente sangre; el deleite de romper criaturas vivas contra las puntas de los peñascos, y de oir el grito de la víctima mezclado al estallido de los miembros destrozados. — Estos son los placeres que me han procurado los hombres.

Retrocedió Schumacker aterrado delante del mónstruo á quien se habia acercado casi con el orgullo de parecerse á el. Lleno de vergüenza, ocultó con ambas manos su rostro venerable, porque sus

ojos estaban llenos de lágrimas de indignacion, no contra la especie humana, sino contra sí mismo. Su corazon noble y generoso empezaba á estremecerse del odio que profesaba á los hombres hacia tantos años, viéndole reproducido en el corazon de Han de Islandia como en un horrible espejo.

—Enemigo de los hombres, dijo el mónstruo riendose, te atreves ahora á blasonar de parecerte á mí?

Tembló el anciano con un estremecimiento involuntario.—¡Dios mio! mas quisiera amarlos que aborrecerlos como los aborreces tú!

Llegaron en esto los soldados para llevarse al mónstruo á un calabozo mas seguro. Schumacker pensativo quedó solo en la torre donde no habia ya ningun enemigo de los hombres.

48.

Cuando el malo me espía
¿me hareis, Señor, que caiga entre sus manos?
él tu senda rompia
debajo de mis pies...., no me castigues,
que mi crimen es suyo.

ALFREDO DE VIGNY.

La hora fatal era llegada; ya no se veia del sol mas que la mitad de su disco encima del horizonte. Se habian doblado las guardias en toda la fortaleza de Munckholm; delante de todas las puertas paseábanse silenciosos y sombríos los centinelas. El rumor de la ciudad llegaba mas tumultuoso y sonoro á las tristes torres del castillo, en el cual se advertia tambien una confusion extraordinaria. Oíase en todos los patios el lúgubre son de los tambores destemplados y cubiertos de negro crespon; el cañon de la torre baja tronaba de tiempo en tiempo; la enorme campana de la torre se balanceaba lentamente produciendo sonidos graves y pro-

longados, y desde todos los puntos del puerto salian con direccion á la terrible roca embarcaciones cargadas de un inmenso jentío.

Un cadalso enlutado, en torno del cual crecia á cada instante una turba impaciente, se alzaba en la plaza de armas del castillo, en el centro de algunas compañías de soldados formadas en cuadro. Paseábase encima del cadalso un hombre vestido de sarga roja, ora apoyándose sobre la hacha que tenia en la mano, ora arreglando con primor un tajo y una cadena que se veian en el fúnebre tablado; junto á él estaba preparada una hogera en que ardian algunas hachas de resina. Entre el cadalso y la hogera estaba clavado un jalon á que estaba suspendido este rótulo: *Ordener Guldenlew, traidor.* Veíase desde la plaza de armas ondear sobre la torre de Slesvig una gran bandera negra.

Presentóse en aquel momento ante el tribunal, que continuaba reunido en la sala de audiencia, el reo Ordener. Solo el obispo estaba ausente: ya habia cesado su ministerio de defensor.

El hijo del virey estaba vestido de negro, y llevaba pendiente del cuello el collar de Dannebrog. Estaba pálido su rostro, pero sereno y altivo: solo estaba tambien, porque habian ido á buscarle para el suplicio antes de que volviera á su calabozo el capellan Atanasio Munder.

Ordener habia ya consumado interiormente su sacrificio; sin embargo, el esposo de Ethel pensaba aun con alguna amargura en la vida, y acaso hubie-

ra querido elegir para la primera noche de bodas otra noche que la del sepulcro. Mucho habia rezado, mucho habia meditado en su prision: ahora estaba en pie delante del confin de todas las oraciones y de todas las esperanzas; pero sentia en su alma la fuerza que dan Dios y el amor.

Mas conmovida aun que el reo, considerábale la multitud con ávida atencion: — el esplendor de su rango, el horror de su destino, despertaban todas las simpatías y todas las compasiones: todos asistian á su castigo, sin comprender su crímen. Hay en el fondo del corazon humano un sentimiento singular que nos impele, como á los placeres, al espectáculo de los suplicios, cual si los hombres quisieran con horrible anhelo ver el pensamiento de la destruccion en las descompuestas facciones del hombre que va á morir; como si en aquel momento solemne debiera aparecer alguna revelacion del cielo ó del infierno en los ojos del miserable; como para ver qué sombra proyecta el ala de la muerte suspendida sobre una cabeza humana; como para examinar que es lo que queda de un hombre, cuando ya le ha abandonado la esperanza. Ese ser lleno de fuerza y de salud, que se mueve, que respira, que vive, y que, dentro de un momento habrá cesado de moverse, de respirar y de vivir, rodeado de seres semejantes á él, á quienes nada ha hecho, que le compadecen y que no le socorrerán; aquel desgraciado que va á morir y que no está moribundo; amagado justamente bajo una fuerza material y bajo un poder

invisible; aquella vida que la sociedad no ha podido dar y que va á quitar con lúgubre aparato, toda aquella ceremonia imponente del asesinato judicial, conmueve poderosamente los ánimos. Condenados todos á muerte con plazos indefinidos, es para nosotros un objeto de estraña y dolorosa curiosidad el miserable que sabe á punto fijo la hora en que acabará su plazo.

Sin duda se acordará el lector de que Ordener, antes de ser llevado al suplicio, debia comparecer ante el tribunal para ser degradado de sus títulos y dignidades. Apenas sucedió la calma al movimiento que escitó su llegada en la asamblea; hízose traer el presidente el libro heráldico de los dos reinos y los estatutos de la órden de Dannebrog.

Entónces, despues de haber invitado al reo á hincar una rodilla en tierra, intimó á los espectadores respeto y atencion, abrió el libro de los caballeros de Dannebrog y empezó á leer en voz alta y severa:

—"Christiern, por la gracia y misericordia del Todo-Poderoso, rey de Dinamarca y de Noruega, de los Vándalos y de los Godos, duque de Slesvig, de Holstein, de Stormaria y de Dytmarse, conde de Oldemburgo y de Delmeuhurst, hacemos saber que habiendo restablecido, oido el dictámen de nuestro gran canciller conde de Griffenfeld (tan rápidamente pasó sobre este nombre la voz del presidente, que apenas pudo oirse) la órden real de Dannebrog, fundada por nuestro ilustre abuelo San Waldemaro.

«Y considerado por nos que habiendo sido creada esta venerable órden en memoria del estandarte Dannebrog, enviado por el cielo á nuestro reino bendito.

«Y que seria hacer injuria á la divina institucion de la órden, que alguno de los caballeros pudiera impunemente faltar á las leyes del honor y á las santas leyes del de la iglesia y del estado.

»Mandamos y decretamos, de rodillas delante de Dios, que cualquiera, entre los caballeros de la órden, que entregue su alma al demonio por alguna traicion ó felonía, despues de haber sido públicamente acusado y convicto por un juez, quede para siempre degradado del rango de caballero de nuestra órden real de Dannebrog".

El presidente cerró el libro.

—Ordener Guldenlew, baron de Thorwick, caballero de Dannebrog, os habeis hecho culpable de alta traicion, crímen por el cual será cortada vuestra cabeza, abrasado vuestro cuerpo, y arrojadas al viento vuestras cenizas.—Ordener Guldenlew, traidor, os habeis hecho indigno de contaros entre los caballeros de Dannebrog, y por lo tanto mando que os humilleis, porque voy á degradaros públicamente en nombre del rey.

Puso la mano el presidente sobre el libro de la órden, y ya se preparaba á pronunciar sobre Ordener sereno é inmóvil la fórmula fatal, cuando se abrió de pronto una puerta lateral á la derecha de los jueces: presentóse en ella un hujier eclesiástico;

anunciando á su reverencia el obispo del Drontheimus.

El era en efecto: entró precipitadamente en la sala acompañado de otro eclesiástico que le sostenia.

—Deteneos, señor presidente! esclamó con una enerjía que no parecia compatible con su edad. Loado sea el señor! á tiempo llego.

Aumentó la atencion de toda la asamblea, preveyendo algun nuevo acontecimiento singular. El presidente se volvió al obispo con muestras de descontento.

—Permítame vuestra reverencia que le haga observar cuan inútil es su presencia en este sitio. El tribunal va á degradar al reo, que está ya á punto de sufrir el castigo de su culpa.

—Guardaos, dijo el obispo, de poner la mano en el que es puro delante del Señor. Este hombre es inocente.

Nada pudiera compararse al grito de admiracion que resonó en el auditorio, sino el grito de terror que exhalaron á la par el presidente y el secretario íntimo.

—Sí, temblad, oh jueces! prosiguió el obispo antes de que el presidente hubiese tenido tiempo de recobrar su sangre fria; temblad–porque ibais á derramar la sangre de un inocente!

Mientras se calmaba la agitacion del presidente, Ordener consternado se habia puesto en pié: el noble mancebo temia que se hubiese descubierto su

generoso ardid, y que se hubiesen hallado las pruebas de la culpabilidad de Schumacker.

—Señor obispo, dijo el presidente, parece que en este asunto quiere escapársenos el crímen, pasando de una á otra cabeza. No os fieís en vanas apariencias: si Ordener Guldenlew es inocente, ¿quién es el culpable?

—Vuestra gracia va á saberlo, respondió el obispo.–Luego, enseñando al tribunal un cofrecillo de hierro que llevaba un paje detras de él:–Nobles señores, dijo, habeis juzgado entre tinieblas; en este cofrecillo está la luz milagrosa que debe disiparlas.

Igualmente asombrados quedaron á vista del misterioso cofrecillo el presidente, el secretario íntimo y Ordener. El obispo prosiguió.

—Nobles jueces, escuchad. Hoy cuando volviamos á nuestro palacio episcopal, á fin de descansar de las fatigas de la noche, y de pedir á Dios por los pobres reos, nos entregaron esta caja de hierro sellada. Nos han dicho que el conserje del Spladjest la llevó esta mañana á nuestro palacio para que nos fuera entregada en mano propia, asegurando que encerraba sin duda algun misterio diabólico en atencion á que la habia hallado sobre el cuerpo del sacrílego Benigno Spiagudry, cuyo cadáver sacaron del Sparbo algunos pescadores.

Llegó á su punto la atencion de Ordener; todo el auditorio callaba religiosamente. El presidente y el secretario íntimo bajaban la cabeza confundidos como dos criminales, cual si uno y otro hubieran

olvidado su astucia y su impudencia. Hay un momento en la vida del malo en que desaparece su poder.

—Despues de haber bendecido esta caja, continuó el obispo, hemos roto su sello, en que estaban grabadas, como puede verse todavía, las antiguas armas abolidas de Griffenfeld.— En ella hemos hallado en efecto un secreto infernal,—como de ello podrá juzgar vuestra sabiduría, señores jueces. Prestadnos toda vuestra atencion, porque aqui se trata de la sangre de los hombres, y porque el señor la pesa gota á gota.

Entonces abriendo el formidable cofrecillo, sacó de él un pergamino en cuyo reverso estaba escrita la siguiente declaracion:

"Yo, Blastham Cumbysulsun, doctor, declaro en el momento de morir, que entrego al capitan Dispolsen, procurador en Copenhague del antiguo conde de Griffenfeld, el siguiente documento escrito en su totalidad del puño y letra de Turiaf Musdœmon, servidor del canciller conde de Ahlefeld, á fin de que el expresado capitan haga de él el uso que mas le convenga.—Y pido á Dios que me perdone mis crímenes.—Hecho en Copenhague, el onceno dia del mes de enero de mil seiscientos noventa y nueve.

Cumbysulsum."

Temblaba el secretario íntimo con un temblor convulsivo; quiso hablar y no pudo. El obispo en-

tregó el pergamino al presidente pálido y agitado.

—Qué veo? exclamó este luego que hubo desarrollado el pergamino.—*Nota pasada al noble conde de Ahlefeld para deshacerse judicialmente de Schumacker...*—Yo os juro, reverendo obispo...

Cayósele al presidente el pergamino de entre las manos.

—Leed, leed, señor, prosiguió el obispo; estoy seguro de que vuestro indigno servidor habrá abusado de vuestro nombre, como abusó del del desgraciado Schumacker. Pero considerad, señor conde, los efectos que ha producido el odio poco caritativo que profesais á vuestro antiguo predecesor; uno de vuestros cortesanos ha fraguado su pérdida en vuestro nombre, esperando sin duda hacerse de ello un mérito para con vuestra gracia.

Reanimaron al presidente estas palabras, haciéndole ver que las sospechas del obispo que conocia todo el secreto, no recaian sobre él: Ordener empezaba tambien á respirar, porque entreveia que al mismo tiempo iban á quedar patentes la inocencia del padre de su Ethel y la suya propia. Profunda admiracion le inspiraba aquel singular capricho de la suerte que le habia movido á buscar á un formidable bandido para encontrar el cofrecillo misterioso que llevaba sobre sí su anciano guia, Benigno Spiagudry, cofrecillo que le iba siguiendo mientras él le buscaba. Meditaba tambien la grave leccion de los sucesos que, despues de haberle perdido por aquella caja fatal, le salvaba por ella.—

Entonces el presidente recobrando toda su presencia de ánimo, leyó en alta voz y con muestras de una indignacion de que participaba todo el auditorio, una larga nota, en que esplicaba Musdœmon con todos sus detalles, el abominable plan que le hemos visto seguir en todo el curso de esta historia. Muchas veces quiso levantarse el secretario íntimo para defenderse; pero el rumor general le hacia siempre volver á sentarse confundido. Terminó por fin la odiosa lectura en medio de un murmullo de horror.

—Alabarderos, prended á ese hombre! dijo el presidente designando con el dedo al secretario íntimo.

El miserable, sin fuerzas para hablar y mucho menos para resistir, bajó de su asiento, y fue atado en el banco de los acusados entre los silbidos y gritas del populacho.

— Señores jueces, dijo el obispo, temblad y regocijaos! La verdad que acaba de penetrar en vuestras conciencias de nuevo va á seros confirmada por lo que el capellan de las cárceles de esta ciudad real, nuestro digno hermano Atanasio Munder, que está presente, va á deciros.

Atanasio Munder era en efecto el que acompañaba al obispo. Inclinóse el sacerdote delante de su pastor y del tribunal, y luego, habiéndole hecho señal el presidente de que hablára, hízolo en estos términos:

—Lo que voy á decir es la verdad: —castigue-

me el cielo si profiero aquí una sola palabra con otra intencion que con la de hacer bien á mis hermanos. Ya yo habia pensado en mi conciencia, despues de lo que ví esta mañana en el calabozo del hijo del virey, que este jóven no era culpable aunque vuestras señorías le han condenado á muerte por su propia declaracion. Hace algunas horas fuí llamado á dar los últimos auxilios espirituales al desgraciado montañés, que tan cruelmente ha sido asesinado á presencia del tribunal, y á quien habeis sentenciado, respetables jueces, creyendo que era Han de Islandia. He aquí lo que me ha dicho el pobre moribundo;—"Yo no soy Han de Islandia; bien me castiga el cielo por haber tomado este nombre. El que me ha pagado para hacer este papel es el secretario íntimo de la gran cancillería; llámase Musdœmon, y ha dirigido toda la rebelion bajo el nombre de *Hacket*. Yo creo que en todo esto él es el único culpable." Entonces me pidió su bendicion, y me suplicó que viniese sin perder un instante á repetir sus últimas palabras al tribunal.— Dios es testigo de lo que digo; ojalá pueda yo salvar la vida del inocente, y no hacer derramar la sangre del culpable.

Calló entonces el sacerdote, y de nuevo saludó á su obispo y á los jueces.

—Bien vé vuestra gacia, señor, dijo el obispo al presidente, que no sin fundamento halló uno de mis clientes tanta semejanza entre el supuesto Hacket, y vuestro secretario íntimo.

—Turiaf Musdœmon, preguntó el presidente al nuevo acusado, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

Fijó Musdœmon en su amo una mirada que le aterró, porque en aquel momento recuperó el malvado toda su impudencia. Despues de un momento de silencio respondió:

—Nada, señor.

—Luego os confesais culpable del crímen que se os imputa? repuso el presidente con voz débil y algun tanto balbuciente. ¿Os confesais autor de una conspiracion urdida contra el estado y contra un individuo llamado Schumacker?

—Sí señor, respondió Musdœmon.

El obispo se puso en pie:

—Señor presidente, para que no quede la menor duda en este negocio, pido que vuestra gracia pregunte al acusado si ha tenido cómplices en su crímen.

—Cómplices! repitió Musdœmon.

Quedó por un momento pensativo el secretario íntimo, mientras la mas horrible agonía se veia pintada en el rostro del presidente.

—Si he tenido cómplices! dijo el reo con voz sombría. —No, señor obispo.

Echóle el presidente una mirada de consuelo á que respondió el reo con otra.—No, no he tenido cómplices, repitió Musdœmon con mas enerjía. Yo solo he urdido toda esta trama por afecto á mi amo que la ignoraba, para perder á su enemigo Schumacker.

De nuevo se miraron con espresion de mútua gratitud el acusado y el presidente.

—Vuestra gracia debe conocer, repuso el obispo, que puesto que Musdœmon no ha tenido cómplices, el baron Ordener Guldenlew no puede ser culpable.

—Si no lo fuera, reverendo obispo, ¿cómo podia haberse declarado criminal?

—¿Y cómo, señor presidente, se ha obstinado ese montañés en sostener que era Han de Islandia con peligro de su vida? Solo Dios sabe lo que pasa en el fondo de los corazones.

Ordener tomó la palabra: —Señores jueces, ahora puedo decirlo, pues ya se ha descubierto quien es el verdadero culpable. Sí: me he acusado solo con el objeto de salvar al antiguo canciller Schumacker cuya muerte hubiera dejado á su hija sin protector.

El presidente se mordió los labios.

—Pedimos al tribunal, dijo el obispo, que proclame la inocencia de nuestro cliente Ordener Guldenlew.

Respondió el presidente haciendo una señal de adhesion; y luego á peticion del síndico mayor, se continuó el examen del terrible cofrecillo, que solo contenia el diploma y los títulos de Schumacker con algunas cartas del prisionero de Munckholm al capitan Dispolsen, cartas llenas de amargura segutamente pero no en manera alguna culpables, y que solo eran temibles para el canciller Ahlefeld.

Pronto se retiró el tribunal, y al cabo de una breve deliberacion, mientras los curiosos reunidos esperaban en la plaza de armas con tenaz impaciencia al hijo del virey sentenciado á muerte, y se paseaba el verdugo haciéndose el interesante sobre el cadalso, el presidente pronunció con voz casi ininteligible el fallo que condenaba á muerte á Turiaf Musdœmon, y rehabilitaba á Ordener Guldenlew, reintegrándole en todos sus honores, títulos y privilegios.

49.

—¿Por cuánto me vendes tu cuerpo, buena alhaja? A fe mia que no vale un ochavo.

SAN MIGUEL A SATANAS. *Misterio.*

Lo que quedaba del regimiento de los arcabuceros de Munckholm acababa de entrar en su antiguo cuartel, edificio aislado, en medio de un inmenso patio cuadrado, en el recinto de la fortaleza. Al caer la noche, barreáronse segun costumbre las puertas de aquel edificio adonde se habian retirado todos los soldados, á escepcion de los centinelas dispersos en las torres, y del piquete que estaba de guardia en la prision militar pegada al cuartel. Esta prision, la mas segura y mejor defendida de cuantas habia en Munckholm, contenía á los dos prisioneros que debian ser ahorcados al dia siguiente por la mañana, Han de Islandia y Musdœmon.

Han de Islandia está solo en su calabozo. Tendido se ha en el suelo, cubierto de cadenas, y apoyada la cabeza en una piedra; una luz moribun-

da llega hasta él por una ventanilla enrejada cuadrangular, abierta en la enorme puerta de encina que separa su calabozo de la estancia inmediata, donde oye á sus carceleros reir y blasfemar al choque de las botellas que apuran y de los dados que hacen rodar sobre un tambor. Ajítase el mónstruo silencioso en la sombra; sus brazos se retuercen y se separan, sus rodillas se contractan y se enclavijan, sus dientes muerden sus cadenas.

De repente levanta la voz, llama; un carcelero se presenta en la ventana enrejada: – Qué quieres? dice al bandido.

Han de Islandia se incorpora en el suelo: — Compañero, tengo frio; mi cama de piedra es dura y húmeda; dame un poco de paja para dormir, y un poco de lumbre para calentarme.

—Nada es mas justo, respondió el carcelero, que aliviar en lo posible las penas de un pobre diablo que va á ser ahorcado, aun cuando este sea el mismo demonio de Islandia. Voy á traerte lo que me pides.... ¿tienes dinero?

—No, respondió el bandido.

—Cómo! tú, el mas famoso ladron de la Noruega, todo un *tú* no tiene en la faldriquera alguno que otro miserable ducado de oro?

—No, repitió el bandido.

—Ni siquiera algunos escudos reales?...

—Ya te he dicho que no.

—¿Ni siquiera algun triste ascalino?

—No, no, nada: ni aun siquiera con que com-

prar la piel de una rata ó el alma de un hombre.

El carcelero mudó de tono inmediatamente.

—Eso es ya otra cosa: haces muy mal en quejarte; tu cobacha no es tan fria como la que tendrás mañana á la noche, sin que eches de ver, yo te lo juro, la dureza de la cama.

Dicho esto, retiróse el carcelero llevándose una maldicion del mónstruo, que continuó ajitándose en sus cadenas, cuyos eslabones expedian roncos sonidos intermitentes, como si se quebraran lentamente con reiteradas y violentas sacudidas.

Abrióse la puerta de encina; un hombre de alta estatura, vestido de rojo sayal y con una linterna sorda en la mano, entró en el calabozo, acompañado del sayon que habia rechazado las súplicas del preso. Este quedó inmóvil como una estátua.

—Han de Islandia, dijo el hombre vestido de colorado, yo soy Nycol Orugix, verdugo del Drontheimhus; mañana al rayar el alba tendré el honor de ahorcar á tu escelencia por el pescuezo, en un patíbulo nuevecito, en la plaza mayor de Drontheim.

—¿Estás seguro en efecto de ahorcarme? respondió el bandido.

El verdugo se echó á reir.

—Asi estuvieras tú tan seguro de subir derechito al cielo por la escala de Jacob, como lo estás de subir mañana á la horca, por la escalera de Nycol Orugix.

—¿De veras? dijo el mónstruo con una expresion de malicia.

—Repito, señor bandido, que soy el verdugo de la provincia.

—Si yo no fuera *yo*, quisiera ser *tú*, respondió el bandido.

—Siento no poder devolverte el favor, amigo mio, respondió el verdugo, y luego frotándose las manos con aire satisfecho é importante:—Tienes razon, añadió, vale mucho esta profesion que ejerzo.... ¡Ah! mi mano sabe lo que pesa la cabeza de un hombre.

—¿Has catado la sangre? preguntó el bandido.

—No, pero muchas veces he dado tormento.

—¿Has devorado alguna vez las entrañas de una criatura viva?

—No, pero he hecho rechinar huesos humanos entre los brazos de un caballete de hierro; he retorcido miembros entre los radios de una rueda; he mellado en cráneos pelados sierras de acero; he atenazado carnes palpitantes con pinzas enrojecidas en las ascuas; he quemado la sangre en venas entreabiertas, derramando en ellas arroyos de plomo derretido y de aceite hirviendo....

—Sí, dijo el mónstruo pensativo, no has dejado de tener tus placeres.

—En una palabra, continuó el verdugo, aunque seas Han de Islandia, creo que mas almas han salido de mis manos que de las tuyas, sin con-

tar la que te arrancaré mañana al rayar el dia.

—Suponiendo que yo la tenga. ¿Piensas acaso, verdugo del Dronthèimus, que podrás sacar el alma de Ingolfo el Esterminador del cuerpo de Han de Islandia, sin que de paso se lleve la tuya?

La respuesta del verdugo empezó por una carcajada.

—Vaya, vaya; mañana lo veremos.

—Lo veremos, dijo el bandido.

—Ea, dijo el verdugo, despachemos, que nó he venido aquí á hablarte de tu alma sino de tu cuerpo. Escúchame: tu cadáver me pertenece de derecho, despues de tu muerte, pero la ley te deja la facultad de vendérmele; dime sin andar en rodeos cuanto quieres por él.

—¿Cuánto quiero por mi cadáver? dijo el bandido.

—Sí, pero ten conciencia.

Han de Islandia se dirijió al carcelero.

—Dime, buen hombre, ¿por cuánto me venderás un poco de paja y otro poco de lumbre?

Despues de haberlo pensado bien, respondió el carcelero. —Dos ducados de oro.

—Dos ducados de oro. dijo el bandido al verdugo, me has de dar por mi cadáver.

—¡Dos ducados de oro, exclamó el verdugo. ¡Qué escándalo! dos ducados de oro por un miserable cadáver! A buen seguro que nó los daré.

—Pues en ese caso, respondió impasible Han, tampoco le tendrás.

—Y tú irás á pudrirte á un muladar, en vez de ser el ornamento del museo real de Copenhague, ó del gabinete de historia natural de Berghem.

—¿Qué me importa?

—Y al cabo de los años mil, despues de tu muerte, iria la jente á bandadas á examinar tu esqueleto, diciendo: *Estos son los restos del famoso Han de Islandia*! y limpiarian y pulimentarian tus huesos, y los sujetarian con clavijas de cobre, y te pondrian debajo de una bomba de cristal, y todos los dias la quitarian el polvo. En vez de estos honores y dignidades, piensa, infeliz, en lo que te espera, si no quieres venderme tn cadáver; iras á podrirte á un muladar, donde seras infaliblemente pasto inmundo de los gusanos y de los buitres.

—Quiere decir que me pareceré á los vivos, á quienes siempre roen los pequeños y devoran los grandes.

—¡Dos ducados de oro! repetia el verdugo entre dientes; ¡qué exorbitancia! Si no moderas tus pretensiones, amigo Han de Islandia, no haremos cosa de provecho.

—Esta es la primera, y será probablemente la última venta que he hecho en mi vida; quiero hacer un trato ventajoso.

—Ten presente que puedo hacer que te arrepientas de tu tenacidad: mañana has de caer entre mis uñas.....

—?Lo crees?

No comprendió el verdugo lo que querian decir estas palabras.

—Sí, hay un modo particular de apretar el nudo corredizo..., al paso que si eres hombre de bien, te ahorcaré mejor.

—Poco me importa lo que harás mañana con mi cogote, respondió el mónstruo con ironía.

Vamos que ya te contentarás con dos escudos reales.... ¿Para qué los quieres?

—Diríjete á tu compañero, dijo el bandido indicándole con la mano el carcelero; dos ducados de oro me pide por un poco de paja y de lumbre.

—Pues yo juro, exclamó el verdugo apostrofando al carcelero, yo juro por la sierra de san José, que es una iniquidad hacer pagar á peso de oro esa miseria. ¡Dos ducados! eso es no tener conciencia.

El carcelero respondió con aspereza:

—Demasiado hago en no pedir cuatro ducados!— Tú si que eres, Nycol, mas árabe que el número 2, no queriendo dar á este pobre preso dos ducados de oro por su cádaver, que te valdrá lo menos veinte ducados si se lo vendes á algun médico ó á algun sábio.—

—Nunca he dado por un cádaver mas de quince ascalinos, dijo el verdugo.

—Sí, por el cádaver de un triste ladron ó de un miserable judío, santo y bueno; pero yo sé muy bien que ganarás cuanto te dé la gana con el cuerpo de Han de Islandia.

Han de Islandia escuchaba con indiferencia.

—Y quién te mete á tí en eso? dijo Orugix con tono brusco; me meto yo en tus rapiñas, en los vestidos, en las alhajas que robas á los presos, en el agua puerca que les echas en el caldo, en los tormentos que les haces sufrir para chuparles dinero?— No! no daré dos ducados de oro.

—Ni yo daré paja ni lumbre, como no vengan los dos ducados de oro, respondió el testarudo carcelero.

—Ni yo daré el cádaver por un ochavo menos, repitió inmovil el bandido.

Despues de un momento de silencio, dió una patada en el suelo despechado el verdugo.

—Pues señor, no puedo perder un momento, tengo que hacer en otra parte.—Sacó entonces de la chaqueta un saco de cuero que abrió lentamente y de muy mala gana.—Toma, maldito demonio de Islandia, toma tus dos ducados; es seguro que no daría tanto Satanás por tu alma como yo por tu cuerpo.

Recibió el bandido las dos monedas de oro, y en el mismo instante alargó la mano el carcelero para recibirlas.

—Aguarda un poco, compañero, aguarda un poco; venga antes lo que te he pedido.

Salió el carcelero y volvió un momento despues trayendo un buen monton de paja y un escalfador lleno de ascuas que colocó al lado del reo.

—Así me gusta, dijo el bandido, entregándole los dos ducados: á lo menos podré calentarme esta

noche.—Una palabra, añadió con voz sombría:-No está contiguo este calabozo al cuartel de los arcabuceros de Munckholm?

—Cierto, respondió el carcelero.

—Y de dónde sopla el viento?

—Me parece que del lado del este.

—Bien, repuso el bandido.

—Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—A Dios, compadre, hasta mañana muy de madrugada.

—Sí, hasta mañana, repitió el bandido.

Y el chirrido de la enorme puerta, que giraba sobre sus goznes, impidió al verdugo y al carcelero oir el áspero y jovial gruñido que acompañaba á estas palabras.

50.

Esperabas morir de otra manera?
ALEJANDRO SOUMET.

Echemos ahora una ojeada en el interior del otro calabozo de la prision militar contigua al cuartel de los arcabuceros, que contiene á la sazon á nuestro antiguo conocido Turiaf Musdœmon.

Acaso admire al lector haber visto á aquel Musdœmon, tan profundamente malvado, tan profundamente cobarde, entregar con tanto candor el secreto de su crímen al tribunal que le ha condenado á muerte, y ocultar con tanta generosidad la parte que en ella tenia su ingrato patrono, el canciller Ahlefeld. Pero no juzguemos de lijero; Musdœmon no se ha convertido; aquel generoso candor era acaso la mayor prueba de destreza que dió jamás. Luego que vió tan inesperadamente descubierta y tan invenciblemente demostrada su trama infernal, quedó por un momento aturdido y aterrado; pero pasada aquella impresion, la suma perspicacia de su talento le hizo conocer que,

siéndole ya imposible perder á sus víctimas, solo debia pensar en salvarse. Para ello se le presentaban dos medios; echar la culpa de todo al conde de Ahlefeld que tan cobardemente le abandonaba, ó tomar sobre sí toda la responsabilidad del crímen en que habia ido á mitades con el conde. Un hombre vulgar hubiera preferido lo primero; Musdœmon elijió lo segundo. El canciller era canciller y poderoso, y ademas nada le comprometia directamente en aquellos papeles que tan de plano probaban el crímen del secretario íntimo. Habia fijado el conde algunas miradas de inteligencia en Musdœmon, y aquello bastó para decidir á éste á dejarse sentenciar, seguro de que el canciller facilitaria su evasion, no tanto por gratitud del servicio pasado como por necesidad de sus servicios venideros.

Paseábase, pues, en su prision, que alumbraba apenas una lámpara sepulcral, persuadido de que le abririan la puerta aquella misma noche. Examinaba la forma de aquel viejo calabozo de piedra construido por antiguos reyes, cuyos nombres sabe apenas la historia, admirándose solo de que tuviese un suelo de madera, bajo el cual resonaban sus pasos profundamente cual si cubriera alguna cavidad subterránea. Vió una argolla de hierro metida en la clave de la bóveda ojiva, y de la cual pendia un pedazo roto de cuerda negruzca. Y las horas pasaban, y el pobre diablo escuchaba con impaciencia los toques lentos y succesivos del reloj de la torre que

interrumpian con su lúgubre sonido el silencio de la noche.

Llegó por fin á sus oidos un lejano rumor de pasos que se acercaban al calabozo: su corazon palpitó de esperanza. Rechinó la enorme cerradura, ajitáronse los candados, cayeron las cadenas, y cuando vió abrirse la puerta, su frente brilló radiante de alegría.

Era el que venia el mismo personaje vestido de color de escarlata que acabamos de ver en el calabozo de Han. Traia debajo del brazo un rollo de cordeles de cáñamo, y entraba acompañado de cuatro alabarderos, vestidos de negro y armados de espadas y partesanas.

Llevaba aun Musdœmon su toga y su peluca de majistrado, traje que inspiró al hombre colorado un respeto involuntario, hijo sin duda de la costumbre.

—Señor, preguntó al prisionero con alguna turbacion, es acaso vuestra cortesía la persona á quien debo dirijirme?

—Sí, sí, respondió al punto Musdœmon confirmado en su esperanza de evasion por aquellas atentas razones, y no advirtiendo el sangriento color de los vestidos del que le hablaba.

—Os llamais por ventura, dijo el hombre, fijos los ojos en un pergamino que tenia desarrollado en la mano, Turiaf Musdœmon?

—Precisamente. Sin duda venis, amigos mios, de parte del gran canciller?

—Si señor.

—No olvideis, cuando hayais despachado vuestra comision, hacer presente á su gracia toda mi gratitud.

El hombre de lo colorado fijó en él una mirada atónita.

—Vuestra..... gratitud!

—Claro está, amigos mios; porque probablemente me será imposible manifestársela en persona por ahora.

—Probablemente, respondió el hombre con una espresion irónica.

—Y bien conoceis, prosiguió Musdœmon, que no debo mostrarme ingrato á tamaño servicio.

—Por la cruz del buen ladron, esclamó el otro con su risa bestial, que no parece, segun os esplicais, sino que el canciller hace cualquiera otra cosa por vuestra cortesía.

—Verdad es que en esto no me hace mas que rigorosa justicia!

—Rigorosa, santo y bueno! pero en fin, convenis en que os hace justicia, y esta es la primera confesion de esa naturaleza que he oido en los veintiseis años que hace que ejerzo la profesion. Pero el tiempo se pasa en palabras, y.... estais pronto?

—Pues no? dijo Musdœmon en el colmo de la alegría y dando un paso hácia la puerta.

—Eh, eh, alto ahí, —esperad un momento, gritó el hombre colorado, agachándose para dejar en el suelo su rollo de cordeles.

Paróse Musdœmon: —A qué fin toda esa cuerda?

—Razon tiene vuestra cortesía en hacerme esa pregunta: bien sabe Dios que tengo aquí mucha mas de la necesaria; pero sírvame de disculpa el que al principio de esta causa creí tener algunos parroquianos mas....

Y esto diciendo, el hombre desarrollaba el manojo de cuerdas.

—Ea, despachemos, dijo Musdœmon.

—Qué prisa tiene vuestra cortesía!....–No tiene algo mas que pedir?....

—Nada mas que lo que ya os he dicho; que deis las gracias en mi nombre al escelentísimo canciller.—Pero, por amor de Dios, despachemos, añadió Musdœmon; estoy muy impaciente de verme fuera de aquí.–Tenemos mucho que andar?

—Mucho que andar! repitió el hombre de los vestidos de escarlata, enderezándose y midiendo algunas brazas de cuerda; lo que nos falta por andar no cansará mucho á vuestra cortesía, porque todo lo vamos á despachar sin salir de aqui.

Estremecióse de pronto Musdœmon: —Qué quereis decir?

—Y qué quereis decir vos? preguntó el otro.

—Dios mio! esclamó Musdœmon, pálido y desencajado como si entreviera la horrible realidad: —quién sois?

—Soy el verdugo.

Tembló el miserable como una hoja seca movida por el viento.–No venís para facilitar mi evasion? murmuró con voz moribunda.

El verdugo soltó una estrepitosa carcajada: —Seguramente que sí! para facilitar vuestra evasion al pais de las almas, donde es seguro que nadie irá á cojeros.—Vaya, vaya!

Prosternóse Musdœmon tocando el suelo con la frente: —Perdon! tened compasion de mí!.... Perdon.

—A fé mia, dijo con frialdad el verdugo, que esta es la primera vez que me dirijen semejante súplica.—Soy yo acaso el rey?

El desgraciado se arrastraba de rodillas, manchando su toga con el polvo, golpeando el suelo con su frente, un momento antes tan radiante, y abrazando los pies del verdugo con sordos gritos y amargos sollozos.

—Ea, basta ya! dijo el verdugo. Todavía me quedaba por ver una cosa; la toga negra humillándose delante de la chaqueta colorada.—Y luego dando un empellon con el pie:—Compañero, añadió, reza á Dios y á los santos que te escucharán mejor que yo.

Quedó Musdœmon de rodillas, cubierto el rostro con las manos y llorando amargamente. Entre tanto el verdugo, empinándose sobre las puntas de los pies, pasó la cuerda por el anillo de la bóveda, y preparó un nudo corredizo en la estremidad que tocaba al suelo.—Ya acabé, dijo al reo terminados estos siniestros preliminares; —has acabado tú tambien con la vida?

—No, dijo Musdœmon, poniéndose en pie, no, no, es imposible! Aquí hay por fuerza una horrible equivocacion. El canciller Ahlefeld no es bastante

infame.... Le soy demasiado necesario.... Es imposible que os haya enviado por mí... Dejadme huir, ó temblad de la cólera del canciller.....

— No has declarado, replicó el verdugo, que eres Turiaf Musdœmon?—

El prisionero permaneció en silencio por un buen rato: —No— esclamó de repente, no, yo no me llamo Musdœmon; yo me llamo Turiaf Orugix.

—Orugix! esclamó el verdugo, Orugix!

Y arrancando precipitadamente la peluca que cubria el rostro del reo, lanzó un grito de asombro, diciendo: —Mi hermano!....

— Tu hermano! respondió el reo con un asombro mezclado de vergüenza y de alegría.—Seras tú?...

—Nycol Orugix, verdugo del Drontheimhus para servirte, hermano Turiaf.

Precipitóse el prisionero al cuello del ejecutor, llamándole *su hermano*, *su querido hermano*! pero es seguro que aquel reconocimiento fraternal no hubiera dilatado el corazon de quien le hubiera presenciado.—Turíaf prodigaba á Nycol mil caricias forzadas con afectada y tímida sonrisa, á que respondia éste con sombrías miradas de confusion, como lame el tigre al elefante en el momento en que la enorme pata del mónstruo estruja su vientre.

—Que felicidad, hermano Nycol! cuanto me alegro de verte!....

—Pues yo lo siento por tí, hermano Turiaf.

Hizo el reo como que no oia, y prosiguió con voz balbuciente. —Ya sé que te has casado..... Toma!....

como que ya tendrás hijos, no?... Es menester que me presentes á mi amable hermana y á mis preciosos sobrinitos.....

—Arrumacos del demonio! murmuró el verdugo.

—He de ser su segundo padre.... Has de saber, hermano mio, que soy poderoso, que tengo influjo en la corte.

El *hermano* respondió con voz siniestra: -Sé que lo has tenido!....—Pero por ahóra no pienses mas que en el que esperas tener con los santos....

Toda esperanza desapareció de la frente del reo: -Dios mio, que quieres decir, querido Nycol? Es seguro que ya estoy libre, pues he tenido la dicha de hallarte.—Acuérdate de que somos hijos de la misma madre, de que nos hemos criado á los mismos pechos, de que los mismos juegos han ocupado nuestra infancia; acuérdate, Nicol, de que eres mi hermano!

—Hasta ahora no te habias acordado de ello, respondió el bárbaro Nycol.

—No, yo no puedo morir á manos de mi mismo hermano!...

—Tú te tienes la culpa, Turiaf; tú me has cortado mi carrera; tú me has impedido ser ejecutor real de Copenhague; tú me has tenido en este miserable pais con el miserable título de verdugo de provincia. Si no te hubieras portado conmigo como mal hermano, no tendrias ahora que quejarte de mí; no estaria yo ahora en el Drontheimhus, y no tendria por consiguiente que apretarte el pescuezo.

Bastante hemos charlado hermano; ya tocan á morir.

La muerte es horrible para el malo, por el mismo sentimiento que la hermosea á los ojos del hombre de bien; uno y otro van á abandonar lo que tienen de humano; pero el justo se ve libre del cuerpo como de una prision, y el malo sale de él como de una fortaleza. En sus últimos instantes el infierno se revela al alma perversa que ha concebido el ateismo; esta alma llama con inquietud á la sombría puerta de la muerte, y una voz la responde!...

Arrastrábase Turiaf por el suelo, retorciéndose los brazos, con un clamor mas doloroso que los eternos lamentos de un condenado.-¡Misericordia de Dios! ¡Santos ángeles del cielo, si existis, tened compasion de mi!—Nycol, querido Nycol, en nombre de nuestra madre comun, ¡oh! déjame vivir!

El verdugo le enseñó su pergamino.

—No puedo; la órden está terminante.

—Esa órden no me concierne á mí, dijo con voz balbuciente el desesperado prisionero; es para un tal Musdœmon, y yo me llamo Turiaf Orugix.

—No te me vengas con chanzas, dijo Nycol encojiéndose de hombros; ya sabes tú que aquí se habla de tí. Ademas, añadió con dureza, bien sé yo que hayer no hubieras sido para tu hermano, Turiaf Orugix; hoy no serás para él mas que Turiaf Musdœmon.

—Hermano mio, querido hermano, repuso el miserable. Pues bien, espero hasta mañana.. es imposible que el gran canciller haya dado la órden de mi muerte: el conde de Alhefeld me aprecia mucho. Yo te lo pido, querido Nycol, concédeme la vida... Pronto volveré á recobrar mi favor, y entonces te pagaré con usura cuantos servicios....

—Ya no puedes hacerme mas que uno, Turiaf, interrumpió el verdugo. Ya he perdido las dos ejecuciones con que mas contaba, la del excanciller Schumacker y la del hijo del virey; siempre fui desgraciado. Ya no me quedais mas que Han de Islandia y tú: la tuya como nocturna y secreta, me valdrá doce ducados de oro; con que déjame despachar en paz. Esto es todo lo que te pido.

—¡Dios mio! dijo dolorosamente el reo.

—Este será el primero y el último servicio que puedes hacerme, pero en cambio te prometo que no sufrirás. Te ahorcaré como hermano. Resígnate.

Musdœmon se puso en pie: su nariz estaba inchada de rabia, sus labios verdes temblaban, rechinaban sus dientes, y arrojaba por la boca espumarajos de desesperacion.

—¡Satanás! ¡haber salvado al infame Ahlefeld! ¡haber abrazado á mi hermano! ¡y van á matarme! Y he de morir aqui, —de noche—en un oscuro calabozo, sin que el mundo pueda oir mis maldiciones, sin que mi voz pueda tronar sobre ellos desde un confin al otro del reino, sin que mi mano

pueda desgarrar el velo de todos sus crímenes! ¿Y por una muerte como esta he de haber envilecido toda mi vida? ¡Miserable! prosiguió, dirijiéndose á su hermano, ¡con que quieres ser fratricida!...

—Soy verdugo, prosiguió el flemático Nycol.

—No, exclamó el reo, y se arrojó á brazo partido sobre su hermano, y sus ojos lanzaban llamas y derramaban lágrimas, como los de un toro acribillado de heridas. ¡No, yo no moriré así!... No habré vivido como una serpiente formidable para morir como un vil gusano.

Dejaré la vida en mi postrer mordisco – pero será mortal!

Esto diciendo, apretaba como enemigo al que acababa de abrazar como á hermano: el zalamero y melifluo Musdœmon se mostraba en aquel momento tal cual era en su esencia. La desesperacion habia removido su alma como una escoria, y despues de haber rastreado como un tigre, mordia como tigre tambien.

Dificil hubiera sido decidir cual de los dos hermanos era mas horrible en aquel momento en que luchaban, el uno con la estúpida ferocidad de una fiera, el otro con el mañoso furor de un demonio.

Pero los cuatro alabarderos hasta entonces impasibles, no permanecieron inmóviles, antes bien ayudaron tan eficazmente al verdugo, que pronto Musdœmon, que no tenia mas fuerza que la que le daba su rabia, tuvo que rendirse desfallecido. Tendióse boca á bajo junto á una pared, lanzando

bramidos inarticulados y rascando la piedra con las uñas.

—¡Morir! demonios del infierno! ¡Morir sin que mis gritos atraviesen estas bóvedas, sin que derriben mis brazos estas paredes!...

Sujetáronle los alabarderos sin hallar resistencia alguna, porque sus inútiles esfuerzos le habian rendido. Quitáronle la toga para maniatarle mejor, y entonces se le cayó del bolsillo un paquete cerrado.

—¿Qué es eso? dijo el verdugo.

Una esperanza infernal brillaba en los ojos desencajados de Turiaf. —Cómo pude olvidarlo? murmuró con extraña alegría. —Escucha, hermano Nycol, añadió con voz casi amistosa; estos papeles pertenecen al gran canciller; prométeme que se los entregarás, y haz luego de mí lo que quieras.

—Una vez que te haces hombre de bien, te prometo cumplir tu última intencion, aunque acabas de portarte conmigo como mal hermano. A fé de Orugix que entregaré estos papeles al canciller.

—Haz por entregárselos en mano propia, repuso el reo sonriendo al verdugo que de suyo entendia poco de achaque de sonrisas. El placer que causarán á su gracia te valdrá acaso algun favor.

—De veras, hermano? dijo Orugix. Gracias. Puede que me dé el diploma de ejecutor real, verdad? Pues señor separémonos como buenos amigos. Te perdono los arañazos que me has pegado, perdóname tú el collar de cuerda que vas á recibir de mis manos.

—Otro collar me habia prometido el canciller, respondió Musdœmon con voz sombría.

Lleváronle entonces maniatado los alabarderos al centro del calabozo, y el verdugo le ciñó al cuello el terrible nudo corredizo.—Turiaf, estás pronto?

—Un instante! un instante por Dios!..... dijo el reo recobrando todo su terror; por amor de Dios, hermano mio, no tires de la cuerda hasta que yo te lo diga.

—No tendré necesidad de tirar de la cuerda, respondió el verdugo.

Un minuto despues repitió su pregunta: -Estás pronto?

—Un instante mas! Dios mio! con que voy á morir!...

—Turiaf, no tengo tiempo para esperar. Esto diciendo, hacia señal Orugix á los alabarderos de que se apartáran.

—Escucha una palabra hermano; no te olvides de entregar el paquete en mano propia al conde de Ahlefeld.

—No tengas cuidado, replicó su hermano. Y luego añadió por tercera vez; —Vamos, estás pronto?

Abria ya la boca el desgraciado tal vez para implorar un minuto mas de vida, cuando se agachó impaciente el verdugo y dió vuelta a una clavija de cobre que salía del suelo.—Faltóle de repente el piso al pobre paciente y desapareció en una trampa

cuadrada al sordo rumor de la cuerda que se tendia de pronto con sonoras vibraciones, causadas en gran parte por las últimas convulsiones del moribundo. Luego no se vió en el calabozo mas que la cuerda que se agitaba en la sombría abertura, por donde entraban en la estancia un viento frio y un rumor semejante al del agua corriente.

Los mismos alabarderos retrocedieron horrorizados. Acercóse el verdugo á la sima, asió con la mano la cuerda que seguia vibrando, y se suspendió sobre el abismo, apoyándose con ambos pies sobre los hombros del ahorcado. La fatal cuerda se tendió espidiendo un ronco sonido y quedó inmovil; un suspiro doliente acababa de salir por el escotillon.

—Bravo! dijo el verdugo entrando en el calabozo. Adios, hermano.

Y luego sacando un cuchillo de la cintura:

—Vé á servir de pasto á los pescados del golfo: sea tu cuerpo presa del agua, mientras lo es tu alma del fuego.

Dichas estas palabras, cortó la recia cuerda: lo que de ella quedó suspendido á la argolla de hierro sacudió botando la bóveda, mientras se oia saltar bajo el peso del cádaver el agua tenebrosa y profunda, y continuar luego hácia el golfo su curso subterráneo.

Cerró el verdugo la trampa como la habia abierto.—Apenas acabó esta operacion, vió el calabozo lleno de humo.

—Qué es eso? preguntó á los alabarderos? De dónde viene ese humo?

Pero los alabarderos lo ignoraban como él. Abrieron atónitos la puerta del calabozo, y vieron que los corredores de la prision estaban igualmente inundados de un humo espeso y nauseabundo. Una salida secreta los condujo, realmente sobresaltados, al patio cuadrado, donde los esperaba un horrible espectáculo.

Un inmenso incendio acrecido por la violencia del viento de este, devoraba la prision militar y el cuartel de los arcabuceros. Las llamas arrebatadas en rápido torbellino rastreaban alrededor de las paredes de piedra, coronaban los techos abrasados, y salian como por otros tantos boquerones, por las ventanas consumidas; y las negras torres de Munckholm ya se coloraban con siniestros reflejos, ya desaparecian entre densas nubes de humo.

Un carcelero que atravesaba el patio en su fuga, les dijo en pocas palabras que el incendio habia salido, mientras dormian los centinelas de Han de Islandia, del calabozo del mónstruo, á quien habian tenido la imprudencia de dar paja y lumbre.

—Nací desgraciado, exclamó Orugix al oir esta relacion; ahora me quedo seguramente sin Han de Islandia. El miserable se habrá quemado! y ni siquiera me quedará su cuerpo que me ha costado dos ducados de oro!

En tanto los desgraciados arcabuceros de Munckholm, despertados de súbito por aquel peligro

inminente, se apiñaban en tropel para salir por la puerta principal atascada con funestas barricadas; oíanse desde afuera sus clamores de agonía y desesperacion; veíaseles retorcerse los brazos en las ventanas incendiadas, ó precipitarse sobre las losas del patio, evitando una muerte con otra. Las llamas vencedoras ceñian todo el edificio; aun antes de que hubiese tenido tiempo, para acudir el resto de la guarnicion; pero todos los auxilios eran inútiles. Por fortuna el edificio estaba aislado; limitáronse, pues, los soldados á echar abajo á hachazos la puerta principal, pero llegaron tarde; porque apenas se abrió la puerta, derrumbóse todo el maderamen incendiado del techo del cuartel, cayendo con horrible estruendo sobre los infelices soldados, y arrastrando en su caida los techos y los pisos hechos ascua. Desapareció entonces el edificio entero en un torbellino de polvo inflamado y de humo ardiente, donde se distinguian algunos moribundos clamores.

Al dia siguiente por la mañana no habia ya en el patio cuadrado, mas que cuatro altas paredes maestras, negras y calientes todavía, en torno de un horrible monton de escombros humeantes, que continuaban devorándose unos á otros, como fieras en un circo. Luego que se enfriaron algun tanto todas aquellas ruinas, hiciéronse en ellas profundas escavaciones; debajo de una capa de piedras, de vigas y de cerraduras retorcidas por el fuego, yacia un monton de huesos blanqueados y de cadáveres des-

figurados; aquello, y como hasta unos treinta soldados, casi todos inválidos, era todo lo que quedaba del brillante regimiento de Munckholm.

Cuando, removiendo las ruinas de la prision, se llegó al fatal calabozo de donde habia salido el incendio, y en que habia habitado Han de Islandia, halláronse en él los restos de un cuerpo humano, tendidos junto á un escalfador de hierro, sobre pedazos de cadenas rotas. Pero se observó con admiracion que entre aquellas cenizas habia dos cráneos á pesar de no haber allí mas que un cádaver.

51.

SALADINO.

Bien, Ibrahim! preciso es confesar que eres un mensajero de buenas nuevas; gracias te doy por la que me traes.

EL MAMELUCO.

¿Y nada mas?

SALADINO.

¿Qué aguardas?

EL MAMELUCO.

¿No hay nada mas que eso para el mensajero de buenas nuevas?

LESSING. *Nathan el Sabio.*

Pálido y desencajado el conde de Ahlefeld se pasea á pasos gigantescos en su gabinete achuchando entre las manos un paquete de cartas que acaba de recorrer, y dando fuertes patadas de despecho en el lucido mármol del pavimento y en las alfombras con rapacejos de oro.

En el lado opuesto de la estancia está en pié, aunque en la actitud de una respetuosa sumision, Nycol Orugix, vestido de su infame púrpura y con su sombrero en la mano.



—Buen servicio me has hecho, Musdœmon, murmuró el canciller entre sus dientes apretados por la cólera.

El verdugo levantó tímidamente su estúpida mirada: —¿Está contenta su gracia?

—Qué quieres tú? dijo el canciller volviéndose bruscamente.

El verdugo ufano de haber logrado una mirada del canciller, sonrió de esperanza: —¿Qué es lo que quiero, Señor? El empleo de ejecutor real de Copenhague, si vuestra gracia se digna pagar con este alto favor las buenas nuevas que le traigo.

Llamó el canciller á los dos alabarderos que estaban de guardia en la puerta de su habitacion:

—Que prendan á ese villano que tiene la insolencia de provocarme.

Leváronse los dos soldados á Nycol estupefacto y consternado, que arriesgó una palabra mas: —Señor!

—Ya no eres verdugo del Drontheimhus! anulo tu diploma! te destituyo! repuso el canciller, cerrando de golpe la puerta.

Cojió las cartas el canciller, leyólas, volviólas á leer, embriagándose, por decirlo así, en su propia deshonra, porque aquellas cartas eran la antigua correspondencia de la condesa con Musdœmon. En ellas vé escrito del puño y letra de Elfega que Ulrica no es su hija, que aquel Federico tan llorado, acaso no era su hijo. El desgraciado se vé castigado por la causa misma de todos sus crímenes, por el

orgullo. No le bastaba haber visto escapársele de entre las manos su venganza; ahora vé desvanecerse todos sus sueños de ambicion, envilecida su existencia pasada, muerto su porvenir. Ha querido perder á sus enemigos, y no ha logrado mas que perder su crédito, su consejero, y hasta sus derechos de marido y padre.

Quiere el conde ver siquiera por última vez á la miserable que le ha vendido: cruza con rápidos pasos los inmensos salones, mudos testigos de su afrenta, y sacudiendo las cartas en sus manos como si en ellas hubiera tenido el rayo. Abre, en fin, furioso la puerta del cuarto de Elfega: entra....

Aquella culpable esposa acababa de saber de repente por el coronel Vœthaün la horrible muerte de su hijo Federico. — La pobre madre se habia vuelto loca.

CONCLUSION.

¿ Lo que hombre dice de burla
de veras vas á tomar?
ROMANCERO. *El Rey Alfonso á Bernardo.*

Quince dias hacia ya que los sucesos que acabamos de referir ocupaban todas las conversaciones de Drontheim y del Drontehimhus, juzgados bajo los diferentes aspectos que habian presentado á los ojos del vulgo. El populacho que en vano habia contado con el grato espectáculo de siete ejecuciones succesivas, empezaba á perder la espezanza de disfrutar este placer, y las viejas casi ciegas contaban aun que habian visto en la noche del lastimoso incendio del cuartel á Han de Islandia cabalgando en una llama, riendo entre el fuego, y derribando con los pies los abrasados techos del edificio sobre los arcabuceros de Munckholm; cuando, despues de una ausencia que habia parecido sobradamente larga á su Ethel, se presentó Ordener en la torre del Leon de Slesvig, acompañado del general Levin de Kund y del capellan Atanasio Munder.

Paseábase Schumacker á la sazon en el jardin,

apoyado en el brazo de su hija. Mucho trabajo costó á los dos jóvenes esposos no precipitarse el uno en los brazos del otro; pero tuvieron que contentarse con una mirada. Schumacker apretó la mano afectuosamente á Ordener, y saludó con afabilidad á los dos extranjeros.

—Mancebo, dijo el anciano cautivo, bendiga el cielo vuestra vuelta!!..

—Señor, respondió Ordener, en este momento llego. Acabo de abrazar á mi padre de Berghen, y vuelvo á abrazar á mi padre de Drontheim.

—Qué quereis decir? preguntó asombrado el anciano.

—Que me deis la mano de vuestra hija, noble señor.

—Mi hija! esclamó el prisionero, volviéndose á Ethel trémula y confusa.

—Sí señor: amo á vuestra Ethel, la he consagrado mi vida, y ya es mia.

Una nube sombría cubrió la frente de Schumacker.

—Ordener, le dijo, sois un noble y digno caballero, hijo mio; aunque vuestro padre me ha hecho mucho daño, se lo perdono en vuestro favor, y de buena gana consentiria en esta union. Pero hay un obstáculo....

—Y cuál, señor? preguntó Ordener casi azorado.

—Vos amais á mi hija; ¿pero estais seguro de que os ama ella?

Miráronse los dos amantes, mudos de sorpresa.

—Sí, prosiguió el padre. Mucho lo siento porque yo os amo, y hubiera querido llamaros mi hijo; pero Ethel se opone á ello. Hace pocos dias que me declaró la aversion con que os mira; desde la época de vuestra partida, no me responde cuando la hablo de vos, y todo me indica que no participa del afecto que yo os profeso. Renunciad, pues, á vuestro amor, Ordener.... qué importa? el hombre se cansa de amar como de aborrecer.

—Señor! dijo Ordener estupefacto.

—Padre mio! dijo Ethel, cruzando las manos.

—No tengas cuidado, hija mia, interrumpió el anciano; ese enlace me acomodaria, pero á tí no te agrada y esto basta; no violentaré tu corazon, Ethel. De quince dias á esta parte he variado mucho. Tu voluntad será la mia: eres libre.

Atanasio Munder sonreia. —Ya no lo es, dijo con dulzura.

—Os engañais, padre mio, dijo Ethel mas animada. Yo no aborrezco á Ordener.

—Cómo! esclamó el padre.

—Yo soy, repuso Ethel..... Pero no se atrevió á proseguir. Ordener se arrodilló delante del anciano.

—Es mi esposa, padre mio! Perdonadme como me ha perdonado ya mi padre y bendecid á vuestros hijos.

Schumacker en el colmo de la sorpresa, dió su bendicion á la amable pareja inclinada delante de él.

—Tanto he maldecido en mi vida, dijo, que ahora aprovecho á ojos cerrados todas las ocasiones de bendecir. Pero ahora, hijos mios, esplicadme.....

Esplicáronle todo. El pobre viejo lloraba de alegría, de gratitud y de amor.

—Me creia discreto, soy viejo y no he comprendido el corazon de una niña!...

—Ya me llamo Ordener Guldenlew (1), decia Ethel con infantil alegría.

—Ordener Guldenlew, repitió el venerable Schumacker, mejor sois que yo, porque es seguro que en la época de mi prosperidad, no hubiera yo prescindido de mi rango hasta el punto de unir mi suerte á la hija pobre y degradada de un desgraciado proscripto.

El general cojió de la mano al prisionero, y le entregó un rollo de pergaminos.

—Señor conde, no hableis así: aquí están vuestros títulos que ya os habia enviado el rey por conducto del capitan Dispolsen. Su magestad acaba de añadir á ellos el don de vuestro indulto y de vuestra libertad. Esta es la dote de la condesa de Danneskiold, vuestra hija.

—Indulto! libertad! repitió Ethel en el delirio de la alegría.

—Condesa de Danneskiold! añadió su padre.

—Sí, señor conde, prosiguió el general, reco-

(1) Sabido es que algunas señoras de alta categoría toman no solo el apellido, mas tambien el nombre de su marido.

brais en un solo dia todos vuestros biènes y todas vuestras dignidades.

—Y á quién se lo debo? preguntó el dichoso Schumacker.

—Al general Levin de Knud, respondió Ordener.

—Levin de Knud! Bien os lo decia yo, general gobernador; Levin de Knud es el mejor de los hombres. Pero ¿por qué no ha venido á anunciarme en persona mi felicidad? Dónde está?

Presentóle Ordener asombrado al general que sonreia y lloraba: —Aquí le teneis!

Patética en sumo grado fué la escena del reconocimiento de aquellos dos antiguos compañeros de poder y de juventud. El corazon de Schumacker empezaba por fin á dilatarse: conociendo á Han de Islandia, dejó de aborrecer á los hombres; conociendo á Ordener y á Levin, empezó á amarlos.

Pronto solemnizaron el sombrío himeneo del calabozo los dos jóvenes esposos con dulces y brillantes fiestas; desde entonces la vida empezó á sonreir á aquellas dos almas que habian sabido sonreir á la muerte. El conde de Ahlefeld los vió felices; este fué su mas terrible castigo.

Atanasio Munder tuvo tambien su alegría: el digno sacerdote obtuvo el perdon de sus catorce reos, al que añadió Ordener el de sus antiguos compañeros de infortunio, Kennybol, Jonas y Norbith, que volvieron libres y contentos á anunciar á los mineros que el rey los eximia de la tutela.

No gozó Schumacker por largo tiempo de la union de sus hijos Ethel y Ordener; la libertad y las dichas habian ajitado su alma demasiado; — pronto fué á gozar de otras dichas y de otra libertad. Murió en el mismo año de 1699, y aquella pena cayó sobre sus hijos como para hacerles saber que no hay felicidad cumplida sobre la tierra. Fué enterrado en la iglesia de Veer, hacienda que poseia su yerno en el Jutland, y su sepulcro le conservó todos los títulos de que le habia despojado el cautiverio. De la alianza de Ordener y de Ethel nació la familia de los condes de Danneskiold.

FIN.

En el próximo cuaderno principiará la célebre novela titulada *Nuestra Señora de París*.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

